

PERSPECTIVA BÍBLICA DE LA GUERRA

[o Teología de la Guerra]

Dr. Alberto R. Treiyer

www.tagnet.org/distinctivemessages

Cuando hace cerca de un cuarto de siglo me inicié en el mundo de las computadoras consulté cuál marca convenía comprar, y qué programa. El director del departamento de computación me dijo que la mejor era la McIntosh, y el mejor programa Word Perfect. Me invitó a una reunión semanal que tenía con un grupo de médicos y profesores de USA, en el que invitaban a un especialista de esa marca para explicar las bondades del sistema. Intervino a tiempo, sin embargo, un profesor colega del departamento de teología quien me instó a comprar una marca compatible con IBM, y el programa de Microsoft Word. El resultado fue que perdí en parte la amistad con el grupo de USA y el director del departamento, quien hasta me quitó el saludo por un tiempo.

Con dudas me acerqué al Decano del Colegio Antillano y me dijo que no les hiciera caso, que la gente se fanatiza con las computadoras y se vuelve como con la religión o la política. Esto lo podía entender porque como profesor y, anteriormente como pastor, sabía con qué facilidad la gente se cerraba cuando les mostraba los puntos débiles y erróneos de su fe. También en materia política es harto sabido que la gente se cierra bajo un líder favorito. Y si de zurdos y diestros se trata, a menudo se vuelve casi imposible razonar. Es más, a pesar de aclarar que yo no creo lo que se pretende que creo, algunos siguen encajonándose en una posición que no tengo porque así pueden seguir criticándome, y de esa manera evitar ver las cosas algo diferente de lo que las ven.

Esto es más palpable al tocar el tema de la guerra. Como ninguna otra cosa, la ira enceguece y las partes involucradas, directa o indirectamente, se enardecen con facilidad. Pocos hay que pueden mantener la mente fría al tratar un tema tal. Por ejemplo, algunos alumnos franceses se disgustaron cuando les pregunté si Hitler podía ser considerado “siervo” de Dios de la misma manera que lo fue el rey de Babilonia al destruir el reino de Israel, su ciudad y su templo, y tanta gente buena y mala del pueblo de Dios que en esa época vivía en apostasía. Tales alumnos no querían aceptar ninguna explicación sobre lo que Dios permite que suceda en manos de algunos hombres sanguinarios, debido a otro cuadro deplorable que a menudo se soslaya porque a la gente le resulta menos atroz. [Sobre Hitler e Irak volveremos más adelante].

Así también, con algunos casi no se puede tocar objetivamente el tema de la guerra en Irak, sus pro y sus contra, sin que se enciendan las pasiones. Hubo uno que hasta declaró abiertamente que no iba a leer un trabajo que hice sobre los principios morales y teológicos de la pena de muerte, simplemente por ciertos conceptos que vertí sobre la confrontación moderna contra el islamismo radical y fanático. Y otro me trató en privado de hipócrita y ni recuerdo cuántos epítetos despectivos más, que revelaban su incapacidad para tratar un tema fríamente.

Con respecto a los principios bíblicos que están involucrados en la pena de muerte y la destrucción del enemigo, puedo decir que los publiqué por primera vez en la revista *El Universitario Adventista* para la División Sudamericana, bajo el título, “Toda la Asamblea lo Apedreará” (Lev 24:14). De manera que los principios que vierto en esos temas no se consideraron como repulsivos para los estudiantes adventistas que estudian en las diferentes universidades no adventistas de Sudamérica. Lo mismo ocurrió luego en Europa cuando leí en una revista adventista que pedían que si alguien tenía material para explicar la pena de muerte en el Antiguo Testamento, a la luz de los evangelios, que lo enviase. Mi material ampliado del original mencionado más arriba fue leído en francés por el secretario de la División Sudeuropea, y vio en él un material muy útil para compartirlo con todos los pastores franceses (en la revista *Servir*), inclusive con todos los pastores alemanes por lo que se lo tradujo también a ese idioma y no sé si a algunos más.

El secretario de la División Sudeuropea para entonces era nada menos que el Dr. Jean Zurcher, un teólogo muy reconocido en nuestra iglesia por su tesis doctoral contra el dualismo presuntamente griego de alma y cuerpo en la Biblia, y por sus numerosos escritos y debates teológicos en los que participó. No de balde nació de él pedirme que enseñase en Collonges, poco tiempo más tarde, cuando pasaron por una crisis en esa institución. Todo esto me mostró que, a pesar de que hay gente que adopta posturas rígidas y hasta algo alérgicas con estos temas, otra gente es más abierta y puede siempre tratarlos con objetividad.

Posteriormente incluí ese material ampliado aún en mi libro *The Day of Atonement and the Heavenly Sanctuary* (720 pp). Siendo que el material de la pena de muerte era muy abarcante, mucho de lo que escribí lo

hice en relación con el santuario de Israel, en varios capítulos de ese libro. Creo que me quedo corto si digo que en total sumarán un medio centenar de páginas. Nuevamente incluí una lección en mi primer seminario sobre el santuario titulado *Las Promesas Gloriosas del Santuario*. Esa lección la titulé “La Contaminación del Santuario y la Pena de Muerte.” Ese seminario está traducido ya en por lo menos cinco idiomas (me pidieron traducir mis libros en Corea hace unos años, pero no les respondí y perdí el e-mail, por lo que no sé si hay más idiomas en los que se lo tradujo). El último en ruso, que recibí hace unas tres semanas. De manera que tampoco resultó nocivo para la gente que decidió publicar tales temas en esa sección tan importante del mundo. Se ve que en todos lados hay gente que puede pensar libremente, sin dejarse arrastrar por posturas políticas o teológicas (si no por marcas de computadora) coloreadas.

Por consiguiente, no me dirigiré a quienes se cierran, sino a los que se abren para aprender de la Palabra de Dios al iniciar esta serie sobre la guerra. No repetiré lo que publiqué antes, excepto en alguna que otra oportunidad donde picotearé algunos conceptos sobre los que valdrá la pena insistir, antes de proyectar la situación actual y su perspectiva profética. Mi enfoque se centrará en algunos aspectos que considero importantes en relación con el papel de Dios en las guerras de los hombres. Esto lo haré en la medida que logre juntar tiempo, ya que he estado ausente por dos semanas y varias cosas requieren mi intervención más inmediata.

1. El origen de la guerra

En mi primer año de ministerio encontré un hombre en Montevideo que se interesó en leer el libro *El Conflicto de los Siglos*. Cuando leyó el capítulo que cuenta el origen del pecado, y descubrió que Lucifer creaba la anarquía entre los ángeles para luego acusar al gobierno de Dios por esa anarquía, reaccionó diciendo: “¡Así que Lucifer fue el primer comunista que existió en el mundo!”

En realidad, muchos gobiernos y sistemas de gobiernos de la tierra podrían compararse con el carácter de Satanás, debido a que es él el originador del pecado y la anarquía en la tierra. Pienso que se divierte creando aquí cuadros semejantes a los que creó en el cielo. Es más, podemos decir que no es Dios, sino Lucifer el originador y padre de la guerra. Jesús lo desenmascaró diciendo que él fue “homicida desde el principio” de su rebelión en el cielo, y “padre de mentira” (Jn 8:44; cf. Apoc 12:7-9). De manera que no fuimos nosotros quienes iniciamos la guerra, sino que ésta nos precedió. Y cuando se nos la propuso envuelta en la mentira de Lucifer, caímos en la redada (Gén 3). De ahora en adelante estaríamos confederados con el ángel rebelde, y confrontados para siempre con Dios.

¿Cómo pelearon en esa etapa inicial en el cielo los ángeles, y qué armas utilizaron? Se nos dice que Satanás y sus huestes angelicales fueron expulsados del cielo (Apoc 12:8). ¿Cómo los expulsaron? ¿Fue una pelea cuerpo a cuerpo? ¿Usaron poderes magnéticos? ¿Fue una guerra de galaxias? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que la batalla comenzó al nivel de la mente. Lucifer inexplicablemente ambicionó el trono de Dios, y buscó apoyo en los ángeles procurando influir en sus pensamientos. “La influencia de la mente sobre la mente, un poder tan fuerte para lo bueno cuando está santificada, es igualmente fuerte para el mal en las manos de los que se oponen a Dios. Este poder Satanás lo usó en su obra de inculcar el mal en la mente de los ángeles” (1 MCP, 23).

Pero, ¿cómo facultó Dios a sus ángeles para poner en retirada las huestes invisibles de maldad, de tal manera que éstas les obedezcan aún de mala gana? Sabemos que eso ocurre, pero no se nos han rebelado los detalles acerca del cómo. También sabemos que ni el diablo ni sus ángeles murieron en la guerra inicial del cielo. No hubo bajas como las que se dan en las guerras humanas. Tanto los ángeles del bien como los del mal continuaron existiendo, y existen hasta hoy.

“Para bien del universo entero a través de las edades sin fin, era preciso dejar que el mal llegase a su madurez” (CS, 553; véase Sal 92:7). “Era el propósito de Dios colocar las cosas sobre una eterna base de seguridad, y en los concilios del cielo fue decidido que se le debía dar a Satanás tiempo para que desarrollara los principios que constituían el fundamento de su sistema de gobierno” (DTG, 707). Entonces se volverá “objeto de execración universal” (CS, 728), y la necesidad de su extinción será plenamente comprendida. “Su propia obra debía condenarle” (CS, 552).

No fue sino hasta que la guerra se extendió a este mundo que la muerte comenzó, toda una lección para el universo que ilustraba la suerte final del pecado y de los que lo asumían. Al hombre Dios le había advertido que moriría si desobedecía su ley, y esto fue lo que ocurrió (Gén 2:17; 3:3-4,22).

2. El propósito de Satanás al rebelar a nuestros primeros padres contra Dios

Los hijos de Benjamín y Rut fuimos tres. El único que se salvó de un sobrenombre fue Andrés, el mayor. A los otros dos nos terminaron llamando Beto y Mincho. Cuando de niños y jóvenes se armaba una discusión entre los dos mayores, típicas de hermanos (a menudo por ganas de discutir, como un juego), una de las primeras tácticas era buscar el apoyo del menor para juntos reírse del otro. El que lo lograba tenía más chances de salir airoso.

Esta tendencia se ve también a nivel internacional. Aunque el gobierno de los Estados Unidos, por ser el más fuerte, se las dio de guapo en determinado momento como para emprender la guerra contra Irak solo (si no contaba con el apoyo internacional), sintió luego más fuertemente la necesidad de contar con aliados. Por más poderoso que puedan creerse algunos gobiernos y algunos seres humanos, conviene ser más diplomáticos. Tiene más fuerza la causa que cuenta con mayor apoyo que la que se da en forma aislada. Aún el papado está procurando unir a las religiones para combatir el secularismo, creyendo que divididos no lograrán nada en esa guerra. La búsqueda de consenso en asuntos teológicos y políticos se vuelve muchas veces apasionada y desesperada.

Algo semejante procuró hacer el diablo cuando tentó a nuestros primeros padres. De manera que la guerra contra Dios comenzó en la tierra cuando Lucifer logró que el hombre se pusiese de su lado. ¿Qué se proponía lograr Satanás con la rebelión de esta creación? Por un lado pensó chantajear a Dios sobre la base de su amor. Por compasión Dios no quería destruir al hombre y a la mujer que habrían sido engañados por él. Y al perdonarlos a ellos—pensaba Satanás—iba Dios a tener que admitirlo con sus ángeles nuevamente en la compañía de los demás ángeles del cielo. Si esto no ocurría, pensó que podría acusarlo de ser injusto, y así lograr su desprestigio delante de todo el universo (véase *DTG*, 710). Y para ello contaría con el testimonio de las mismas víctimas humanas que ahora se complotarían con él contra el gobierno divino.

Ya cuando Lucifer fue enfrentado por Dios al descubrirse su maldad en las cortes celestiales, llegó a creer que “la única salida que les quedaba a él y a sus seguidores era declarar su libertad, y *obtener por medio de la fuerza* los derechos que no se les quiso otorgar de buen grado” (*PP*, 20). Ahora, al planificar la tentación de Adán y Eva, pensó que “si de alguna manera podía inducirlos a desobedecer, Dios haría algo para perdonarlos; entonces él y todos los ángeles caídos dispondrían de una buena oportunidad para compartir con ellos la misericordia de Dios. Si eso fallaba, podrían unirse con Adán y Eva, pues una vez que hubieran transgredido la ley de Dios estarían sometidos a la ira divina lo mismo que ellos. Su transgresión también los pondría a ellos en estado de rebelión, y *podrían unirse con Adán y Eva para tomar posesión del Edén y establecer allí su morada*. Y si lograban tener acceso al árbol de la vida que estaba en medio del jardín, su fortaleza sería, según ellos, igual a la de los ángeles santos, y ni Dios mismo podría expulsarlos de allí” (*La Verdad Acerca de los Angeles*, 54).

“El propósito del gran rebelde consistió siempre en justificarse, y en hacer aparecer al gobierno de Dios como responsable de la rebelión. A ese fin dedicó todo el poder de su gigantesca inteligencia” (*CS*, 728).

3. Una alternativa inesperada

Cuando terminé de dar seminarios sobre el santuario a los pastores del suroeste de Ucrania, el presidente de esa Asociación de los Adventistas del Séptimo Día, junto con el traductor y otro líder de esa Asociación, me invitaron a un centro de entretenimientos acuáticos con diferentes piscinas que no cerraba en invierno por estar cubierto. Su hijita estaba en el auto y se entusiasmó también con el plan. El padre se lo prohibió, haciéndola bajar del auto y mandándola a la casa. Me compadecí de ella y le dije al padre que yo iba a pagar por su hijita. Pero me respondió que si se enteraba después el otro hermano, iba a disgustarse porque no lo incluyó a él. Miré a la hijita que ya se había bajado y estaba llorando, y le dije: “Toma esto (el equivalente en dólares al costo de entrada de ella, de su hermanito, y de sus padres, y que no era gran cosa para el que venía de USA). Es para que tus padres te lleven otro día con tu hermanito a la piscina.”

Tanto los padres como los educadores y gobernantes buscan en lo posible ser equitativos con los que están bajo ellos. Cuando toman decisiones, deben pensar en las posibles consecuencias para el futuro. Si un padre da preferencias arbitrarias a uno de sus hijos, los demás se rebelan. Eso lo vemos en la historia de José y sus hermanos, con un padre que por ser viejo, se dejó llevar más fácilmente por sentimientos ciegos hacia el hijo de su mujer preferida.

¿Cómo iba a hacer el Padre de toda criatura hecha a su imagen en el universo, para salvar al hombre sin justificar al gran engañador? ¿Podría perdonarlo y deshonorar su trono permitiendo que el gran rebelde, que había seducido con mentiras a esa primera pareja ingenua, volviese a infestar su reino celestial? En el Rey del Universo no puede haber “acepción de personas” (Deut 10:17; 2 Crón 19:7; Rom 2:11; véase Deut 16:19; Sant 2:1,9). Su reino debía ser un reino de “equidad”, “justicia” y “verdad” (Gén 18:25; Sal 9:8; Sal 67:4; 96:13; 98:9, Isa 11:3-4).

“Pero aunque pecador, *el hombre estaba en una situación diferente de la de Satanás. Lucifer había pecado en el cielo en la luz de la gloria de Dios. A él como a ningún otro ser creado había sido dada una revelación del amor de Dios. Comprendiendo el carácter de Dios y conociendo su bondad, Satanás decidió seguir su propia voluntad egoísta e independiente. Su elección fue final. No había ya nada que Dios pudiese hacer para salvarle. Pero el hombre fue engañado*; su mente fue entenebrecida por el sofisma de Satanás. No conocía la altura y la profundidad del amor de Dios. Para él había esperanza en el conocimiento del amor de Dios. Contemplando su carácter, podía ser atraído de vuelta a Dios” (DTG, 710).

Lo que Satanás no sabía, ni podía imaginarse, era hasta qué punto podían llegar la grandeza del amor de Dios y su sabiduría combinadas, al idear un plan de redención tal que no atentase contra su carácter justo, y que le permitiese al mismo tiempo revelar su amor a un grado que jamás hubiera podido ningún ser creado sospechar. “El problema de cómo Dios podía ser justo y aún justificar a los pecadores, desconcertaba a toda inteligencia infinita.” “El poder de *un ángel no podía hacer expiación por nuestros pecados. La naturaleza angélica unida a la humana no podía ser tan costosa y elevada como la ley de Dios. Únicamente el Hijo de Dios podía presentar un sacrificio aceptable. Dios mismo se hizo hombre, y soportó toda la ira que el pecado había provocado.*” “*Sólo una persona divina podía mediar entre Dios y el hombre*” (YI, 08-31-87, 8). “*Únicamente mediante los méritos de Aquel que era igual con Dios podía restaurarse la raza caída*” (The Messenger, 04-26-93, 5).

Tengamos en cuenta que “*la perfección angélica fracasó en el cielo. La perfección humana fracasó en el Edén, el paraíso de felicidad*”. En un contexto tal no es difícil ver que “*todo aquel que desee seguridad ya sea en la tierra como en el cielo, debe mirar al Cordero de Dios*” (ST, 12-30-89, 4, véase Col 1:20). Cuando se anunció la redención de la humanidad, “*los ángeles se postraron a los pies de su Comandante y se ofrecieron para llegar a ser un sacrificio por el hombre*” (PP, 64). Aún “*Adán y Eva*” “*rogaron que se les permitiera morir o que sus descendientes experimentaran el castigo de su transgresión, antes que el amado Hijo de Dios hiciera un sacrificio tan grande*” (VAA, 64). Pero se les informó que “*la vida de un ángel no podía pagar la deuda; sólo Aquel que creó al hombre tenía poder para redimirlo*” (PP, 64). “*Ningún hombre o ángel del cielo podría haber pagado la penalidad del pecado. Jesús era el único que podía salvar la rebelión del hombre. En él, la divinidad y la humanidad se combinaron, y esto fue lo que dio eficiencia a la ofrenda de la cruz del Calvario*” (1 SM, 322).

4. El evangelio de la guerra (Gén 3:15)

Cierta vez vi una película de un pistolero bueno que se enamoró de una joven que pertenecía a una comunidad de gente pacífica que no respondía jamás a la violencia con la violencia. Esa joven lo curó de las heridas que le habían producido otros bandoleros al asaltar una diligencia. Estaba a punto de quedarse en esa comunidad porque había llegado a querer a su salvadora, cuando llegaron de nuevo los bandoleros en busca de él. Ninguno de esa comunidad aceptó traicionarlo, revelando su escondite, por lo que los bandoleros tomaron de rehenes a varios jefes de familia, y amenazaron con irlos matando de a uno, con cierto espacio de tiempo entre uno y otro, hasta que entregasen al fugitivo. A medida que escuchaba los tiros que mataban a esa gente inocente, el pistolero bueno no podía soportar más permanecer escondido. El hermano joven de la novia logró apoderarse de su revólver que habían recogido cuando lo encontraron herido, y se lo dio. En el tiroteo liquidó a los principales bandoleros, y logró salvar así a los demás líderes de esa comunidad. Pero luego sintió que debía irse, para su dolor y el de su novia, porque había violado las normas pacíficas de esa comunidad. Tampoco podía convivir con esos criterios pacifistas.

Si la guerra es contraria a la naturaleza de Dios, “una obra extraña” (Isa 28:21), ¿buscaría el Señor la paz a cualquier precio con los ángeles rebeldes, con tal de no entrar en guerra? Era obvio que, si alguna vez iba a acabar con el mal y la anarquía que éste introduce, no podía dejar caer los brazos. Debía expulsar al ángel rebelde con toda su cohorte infernal para defender el honor de su gobierno. “Y hubo una gran batalla en el cielo” (Apoc 12:7). “Pero” el dragón y sus ángeles “no prevalecieron, ni se halló más lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera ese gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás..., y sus ángeles fueron

arrojados con él” (v. 8-9). “Al echar a Satanás del cielo, Dios hizo patente su justicia y mantuvo el honor de su trono” (CS, 555).

Tarde o temprano debía provenir del cielo una declaración de guerra que indicase aquí en la tierra claramente el resultado de la rebelión y de todos los que se aliasen con Satanás. Y esa declaración de guerra la dio el Señor en el mismo Edén, poco después de haber consumado el diablo su obra de engaño. Dirigiéndose a Satanás le dijo: “Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia. Tú le herirás el talón, pero ella te aplastará la cabeza” (Gén 3:15). “Enemistad pondré”, esto es, guerra entre ti y aquellos a quienes has vencido. Los has vencido, pero se los capacitará para que te resistan y se desprendan de ti. Les causarás mucho daño, pero serás finalmente completamente derrotado y aniquilado.

Me imagino con qué sorpresa y admiración habrán recibido Adán y Eva ese evangelio divino de la guerra. Es como cuando un niño es amenazado por otro más grande y no tiene vía de escape, y está para largarse a llorar de impotencia, cuando de repente ve venir a su hermano mayor o a su papá para hacerle ver a su contrincante forzado y malo que no le va a ir bien al entrometerse con el pequeño. Así les pasó a los angustiados israelitas cuando escaparon del faraón de Egipto, y vieron cómo Dios destruyó todo el ejército enemigo. ¿Cómo se refirieron a Dios, en su cántico de alabanza, del otro lado del Mar Rojo? Como un niño al describir a su hermano mayor o a su papá más fuerte, que lo defendió del matón. “El Eterno, *Varón de guerra*, el Eterno es su nombre” (Ex 15:3). El mismo cántico de Moisés, hermozeado y hecho más glorioso aún con el cántico del Cordero, volveremos a entonarlo luego de vencer al diablo y a sus huestes demoníacas angelicales y humanas, en la última gran batalla (Apoc 15:2-3).

Dios se presenta en la Biblia como “Varón de guerra”. Una de las razones que iba a haber para darle loor era la de saber que en los conflictos que su pueblo tendría con sus enemigos, “el Eterno” saldría “como gigante”. “Como hombre de guerra... gritará, voceará, se esforzará sobre sus enemigos”, defendiendo a su pueblo (Isa 42:13). A menudo se referían a él como al “Eterno de los ejércitos”, el verdadero comandante y príncipe supremo de su pueblo para librar sus batallas (Deut 33:2; Jos 5:13-15; Mal 1:11; 2:2 [*Yahvé Zeba’ot*], etc). [En algunas versiones más recientes están traduciendo este término por “el Eterno Todopoderoso”. Pero esa palabra se la usa mayormente en contextos de guerra].

El Señor viene con sus ángeles desde antaño en carros de guerra para defender y salvar a su pueblo (2 Rey 6:16-17; Sal 68:17; Jer 4:13; Joel 2:11; Hab 3:8, etc). En su última batalla, la del Armagedón, se lo representa montado en un caballo blanco como un guerrero para combatir las naciones, acompañado de su ejército de ángeles igualmente montados sobre caballos blancos en los cielos (Apoc 19:11-21). Los pueblos y naciones del mundo, poseídos finalmente por los demonios, “pelearán contra el Cordero, pero el Cordero los vencerá, porque es Señor de señores y Rey de reyes; y los que están con él son llamados, elegidos y fieles” (Apoc 17:14).

Habría sufrimiento, sí. Habría muerte y terribles guerras donde perecerían millones de personas, ¡cuántas de ellas inocentes, hasta millones de pequeñas criaturas que no tendrían nada que ver con la maldad de los demás! ¿Debía culparse a Dios por ello? ¿Para qué entró en guerra, causando tanta desgracia y pérdida de vidas inocentes? ¿Qué? ¿Ahora resulta que Dios es culpable de toda la desgracia que iba a caer sobre la humanidad por entrar en guerra contra Satanás y sus ángeles, y salvarla de su destrucción total? Así razonan, en diferentes contextos, los que se ubican en el bando de la rebelión y la anarquía. “Los de tu pueblo dicen: ‘No es recto el camino del Señor’. Pero” Dios responde: “el camino de ellos no es el recto” (Eze 33:17).

La declaración de guerra que Dios hizo contra Satanás en este mundo fue la esperanza de redención que recibieron los engañados seres humanos. En lugar de guerrear contra Dios, podrían desprenderse de las garras de Satanás y volverse contra el gran ángel rebelde y todas sus huestes de maldad. Serían capacitados para luchar contra el ángel rebelde y vencerlo. ¿Cómo podría hacerse esto? Mientras que en el diablo “las semillas de la rebelión” se volvieron incurables (VAA, 51), en los seres humanos podrían curarse por la sangre del Cordero de Dios. ¿Qué en cuanto a los demás seres creados del universo que permanecieron fieles? Toda “duda” que hubiesen podido albergar “como mala semilla para producir su mortífero fruto de pecado y desgracia”, iba a desarraigarse completamente al desenmascarse totalmente al diablo en la conclusión de la contienda (DTG, 713).

“El anuncio de que habría enemistad entre Satanás y la simiente de la mujer fue muy mal recibida por el príncipe del mal; porque era la promesa de un Redentor. Satanás pensó inducir a los hombres, como lo había hecho con los ángeles, para que permaneciese de su lado y se uniese en rebelión contra Dios; y con los hombres como sus aliados planeaba controlar la tierra y hacer guerra contra el Rey del Cielo” (BEcho, 3-19-94, 6). Una

vez lograda su caída, podría hacer con ellos y a través de ellos lo que quisiese. “Porque el que es vencido por alguno, es esclavo del que lo venció” (2 Ped 2:19úp).

En efecto, “no hay enemistad entre los ángeles caídos y los hombres caídos. Ambos, por la apostasía, son malos [véase Mat 7:11], y dondequiera hay maldad, con ninguna disposición para arrepentirse, se ligará siempre con Satanás contra Dios. Los hombres caídos y los ángeles caídos se unen en una lucha desesperada para destruir la gran norma de justicia de Dios. Hay un lazo de simpatía entre los ángeles que Satanás logró atraer a la rebelión, y los hizo sus aliados en su esfuerzo por destronar a Dios y abolir su ley” (RH, 1-26-97, 8).

“Pondré enemistad entre ti y la mujer’. *La enemistad [contra Satanás] no existe como un hecho natural.* Tan pronto como Adán pecó, estuvo en armonía con el primer gran apóstata y en guerra con Dios; y si Dios no hubiera interferido a favor del hombre, Satanás y el hombre habrían formado una confederación contra el cielo, y habrían acarreado una oposición unida contra el Dios de los ejércitos. *No hay enemistad natural entre los malos ángeles y los hombres malos; ambos son malos por la transgresión de la ley de Dios, y el mal se ligará siempre contra lo bueno. Los hombres caídos y los ángeles caídos entran en un compañerismo desesperado.* La profecía de la enemistad entre la serpiente y la simiente de la mujer, fue la primera insinuación que Satanás tuvo de que Dios proveería una vía de salvación para la raza caída. *Satanás había hecho sus cálculos de que podría inducir a los hombres a aliarse con él como lo había hecho con los ángeles; y por esta confederación desesperada, no vacilaría en guerrear contra el cielo, y buscaría destronar al Señor de los ejércitos*” (YI, 10-11-94, 3; véase CS, 559).

Pero la guerra se volvería contra él. La espada de los que se aliasen con Dios se pondría contra Satanás y contra todos los que prefiriesen a Barrabás antes que al Señor (Mat 10:34-39; Luc 12:49-53; Ef 6:11,17). Hasta que llegase el día en que el Señor aplastase para siempre “a Satanás bajo” sus “pies” (Rom 16:20).

5. ¿Derecho a la vida?

Durante la Edad Media, tanto en el ámbito católico romano como en el musulmán se había perdido grandemente el respeto a la vida. Lo mismo encontramos en las viejas monarquías en las que el rey sentía que tenía derecho a quitar la vida de los demás. El apego a la vida propia y de los demás no parece ser tan sensible en la interpretación fundamentalista e integrista del Corán. Basta con considerar los atentados terroristas suicidas tan numerosos como para ver que la vida no es tan sagrada para mucha gente. Es con el surgimiento del protestantismo y la enunciación de los derechos del hombre—luego de las tremendas revoluciones de liberación protestante y secular—que la vida terrenal parece adquirir más valor.

Hoy el papado romano ha lanzado una campaña contra el aborto en defensa del niño por nacer, para luego quemarlo vivo. Digo esto porque muchos papas estuvieron involucrados activamente en la quema de herejes (en realidad nació en ellos una decisión tal), y esa institución religiosa se considera y los considera infalibles. Corremos el riesgo de hablar por un lado de la sacralidad de la vida, y luego por el otro profanarla en diferentes contextos.

Convengamos en que a causa del pecado del primer Adán la humanidad profanó la vida, y perdió todo derecho a ella. “Por un hombre entró el pecado, y por el pecado la muerte, y así pasó a todos los hombres, pues todos pecaron” (Rom 5:12). Ese derecho a la vida y sacralidad lo recobró, pero en forma condicional y virtual, por la muerte expiatoria del segundo Adán (Rom 5:15-19). Condicional porque pende de la misericordia de Dios que no es arbitraria (1 Tim 4:10; Tito 2:11), sino que se basa en la gracia de Dios que proveyó la vía de escape (Rom 9:16; 2 Tim 1:9-10; Heb 2:3), y en la fe y obediencia de sus criaturas quienes vuelven a tener una segunda oportunidad (Rom 2:6-7,13; Ef 2:8-10). Virtual porque aunque espiritualmente podamos tener ya la vida eterna (1 Jn 5:11-13), ésta no será completa y efectiva hasta el día de la resurrección final de los justos en la segunda venida del Señor (1 Cor 15:23). “Porque así como la muerte vino por un hombre, también por un Hombre vino la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, así en Cristo todos serán vueltos a la vida” (1 Cor 15:21-22).

Siendo que la oportunidad de ser salvos Dios la extiende a través de su Hijo a todos los hombres (Hech 17:30; 2 Ped 3:9), se puede decir con el apóstol Pablo que en Cristo, Dios nos predestinó a todos para salvación (Ef 1:4-5), y “especialmente a los que creen” (1 Tim 4:10; Rom 8:28-30). Y si esto es así, nadie tiene derecho a quitarle a otro esa misma oportunidad, o aún posibilidad, de ser salvo y vivir eternamente. Esto significa que todos por igual tenemos el mismo derecho a la vida.

El principio de que todos tenemos el mismo derecho a la vida que, después del pecado Dios nos otorga por gracia, aparece expresado claramente en el sexto mandamiento que dice “no matarás” (Ex 20:13). Ese principio refleja la voluntad de Dios de que nadie interfiera entre él y sus criaturas en su propósito de salvarlas. Porque Dios no se complace “en la muerte del impío, sino en que el impío se vuelva de su camino, y que viva” (Eze 33:11).

Esta voluntad de salvar y dar vida la reveló el Señor de nuevo, y de una manera asombrosa, en la parábola del buen pastor. Mientras que otros pasajes hablan de su venida para rescatar “a muchos” (Mar 10:45), en esta parábola se destaca que hubiera venido a guerrear con Satanás y su huestes demoníacas aunque hubiese sido sólo para arrebatarle una sola alma (Luc 15:1-7; véase Jn 10:11). ¿Podía haber habido una demostración divina mayor para mostrar el valor que el cielo atribuye a toda vida que puso en este mundo?

“En la parábola, el pastor va en busca de una oveja, la más pequeñita de todas. Así también, *si sólo hubiera habido un alma perdida, Cristo habría muerto por esa sola*” (PVGGM, 146). Una sola “alma es estimada por Dios como de más valor que un mundo” (16MR, 51). “Un alma es de más valor para el cielo que un mundo entero de propiedades, casas, tierras y dinero” (AUCR, 10-15-98, 13). “El alma que se ha entregado a Cristo es más preciosa a sus ojos que el mundo entero. El Salvador habría pasado por la agonía del Calvario para que uno solo pudiera salvarse en su reino. Nunca abandonará a un alma por la cual murió” (DTG, 446).

¿Cómo es posible que alguien valore tanto la vida de los demás, que esté dispuesto a dar la suya para redimirla, aunque fuese por una sola de entre las innumerables vidas a las que dio origen en el universo? Se trata del misterio de la piedad, del amor divino (1 Tim 3:16). Es un misterio porque es tan grande que no se lo puede comprender en su plenitud. Y es tan grande como Dios, porque “Dios es amor” (1 Jn 4:8). Lo que nos queda a nosotros es aceptarlo, porque Dios así lo reveló con la venida del Hijo de Dios en la carne humana, y con su muerte expiatoria.

Insistamos por unos momentos en la grandeza del amor de Dios, que valoró nuestra vida al precio de la cruz del Calvario, la mayor prenda que jamás podría haberse dado para nuestra redención. Se nos dice que la mayor manifestación de amor que se conoce es la de alguien que da su vida por sus amigos (Juan 15:13). Pero el amor de Dios va más lejos todavía, en el hecho de que dio su vida por sus enemigos con la esperanza de transformarlos en amigos en el conflicto entre el bien y el mal (Rom 5:10), y otorgarles así, de nuevo, la vida eterna (Rom 6:23; 1 Jn 2:25).

Esto nos lleva a otra reflexión inevitable. Siendo que el amor de Dios es tan grande, ¿vamos a cantar la canción popular francesa que dice que no importa lo que hagamos, “nous tous, nous irons au paradis”? ¿O decir, hagamos males para que vengan bienes? (Rom 3:8). ¿De ninguna manera! Este mundo pasó a ser un laboratorio de salvación y perdición, ya que en él luchan dos simientes en pugna. Hay una guerra, y los que reflejan los atributos de la serpiente procurarán, de una u otra manera, destruir a los que se les imparten los atributos del Descendiente de la mujer. De hecho, si Dios da la orden de no matar es porque la capacidad de matar está en el ser humano. Caín, el primer asesino, se enfureció y mató a Abel, el primer mártir de la tierra (Gén 4). Y desde allí en adelante ríos de sangre han corrido a lo largo de los siglos hasta hoy.

Hagámonos las siguientes preguntas. Siendo que el carácter del gran homicida se transfiere en mayor o menor grado a sus seguidores, ¿no haría Dios algo para impedir que el diablo y sus secuaces destruyan fácil y completamente su simiente santa? ¿Había de quedar el Señor sin voz ni voto en esta creación, es decir, sin poder revelarse a la humanidad, por hacersele fácil al diablo destruirla? ¿No tendrían también los de la simiente santa de la mujer el derecho de defenderse, siempre que esto les fuese posible, protegiendo la vida aún de los seres queridos a quienes Dios puso bajo su cuidado, y en general de los inocentes? ¿Cómo iba a hacer Dios para impedir que la simiente verdadera fuese aniquilada bajo un mundo cuyo principado había sido usurpado por el mayor homicida del universo? (Jn 8:44). En esencia, ¿no hay un límite para el mandamiento “no matarás”, y sus consiguientes consecuencias en relación con la sacralidad de la vida y el derecho a vivir? Y si esto es así, ¿quiénes tendrían derecho a intervenir y bajo qué circunstancias para frenar los atropellos criminales?

¡Sí, hay un límite para el mandamiento que dice “no matarás”! Está dado por el término hebreo *rasah*, que se usa siempre con el sentido de “homicida” o “asesino” (véase el mismo término en Núm 35:6,11-12,16-19,21,25-28,30, etc). Por esa razón, algunas versiones modernas rinden Ex 20:13 por “no cometerás asesinato”. Esto contrasta con el término *mot yumat*, “poner a muerte”, que se usa en contextos autorizados y requeridos por Dios (Ex 21:12,14-17, etc). De manera que el derecho a la vida que Dios nos da por gracia, puede perderselo por una actitud de abierta rebelión a la ley del cielo. También puede ocurrir que ese derecho les sea arrebatado a gente

inocente por gente malvada. Así, encontramos que la guerra entre el Señor y la serpiente, y entre los que los siguiesen, produciría bajas en ambos lados.

6. Tiempo de gracia

Los sociólogos modernos estudian el comportamiento de los pueblos, naciones e imperios, en el marco de la vida individual. Con esto quieren dar a entender que en su dimensión grupal, el ser humano revela un comportamiento semejante al de una persona. Todos pasan por un período de juventud, de vida madura y, finalmente, de senectud. Dios fue más allá y engolfó a toda la humanidad rebelde en la figura de una estatua que cae en el fin del mundo en forma definitiva, cuando el Ser Supremo impone su reino para siempre (Dan 2). Aunque el poder de los hombres parezca a veces fuerte e invencible como el oro, la plata, el bronce y el hierro, se puede ver que no podrán subsistir por sí mismos para siempre. Su apoyo es tan endeble como el hierro mezclado con barro.

Ese período que conocemos como nacimiento, niñez, juventud (véase Os 11:1), vida adulta y senectud (Ecl 3:1ss; 12:1-8), es el que Dios nos dio de prueba (Ecl 11:9; 12:13-14; Mat 16:26-28; Jn 9:24; Hech 2:40; 2 Cor 6:2; Heb 4:12-15), para que demos al mundo y al universo entero nuestra aptitud para la vida eterna (Hech 17:26-27,31; Rom 2:7-10; Ef 3:10-11; 1 Cor 4:9). También todo pueblo, nación y reino terrenales tiene su tiempo de oportunidad (Jer 51:33; Dan 2, 7; 9:24; véase 4:25,32). Y la humanidad como un todo tiene fijado igualmente un día de rendición de cuentas final, cuando llegará a su fin (Mat 24:3,14,36; Hech 17:31, 2 Ped 3:10-12).

La Biblia compara también ese tiempo de prueba con las estaciones. Comienza con la primavera cuando todo brota, y culmina en el otoño, luego de la cosecha del verano. Esto se ve claramente en el calendario litúrgico-profético de la Biblia que comenzaba con las fiestas de primavera, y culminaba con las fiestas del otoño (Lev 23). Daniel retoma y proyecta esta enseñanza que estaba entrelazada con la cosecha, hasta con fechas proféticas (Dan 8-9; 12; véase Hech 1:7: “estaciones”). El invierno es un período de latencia y muerte que sigue a la cosecha. Pensando en el invierno en forma figurada, declaró el profeta Jeremías patéticamente el cuadro de una nación que desaprovechó su tiempo de oportunidad. “Pasó la siega”, dijo él, “se acabó el verano, y nosotros no hemos sido salvos” (Jer 8:20; véase Mat 13:36-43; Apoc 14:14-16).

También comparó el Señor el tiempo de prueba con el día y la noche. En las palabras de Jesús, que se aplican a toda vida, sea individual como colectiva: “Tengo que hacer las obras del que me envió, mientras es de día. La noche viene cuando nadie puede obrar” (Jn 9:4). Así, “todo tiene su tiempo, todo tiene su hora. Tiempo de nacer y tiempo de morir” (Ecl 3:1-2). “En la mañana”, la hierba que representa la vida humana “florece y crece, y a la tarde es cortada y se seca” (Sal 90:6).

a) Individual. El castigo por el pecado entre los seres humanos fue la muerte que Dios dijo que ocurriría el día mismo en que pecaren (Gén 2:17; Rom 6:23). Sin embargo, Dios interpuso su gracia para darle una prolongación de vida. Toda la generación de Adán hasta el diluvio contó con casi mil años de gracia para revelar los atributos divinos o los de Satanás (Gén 5). Pero el resultado fue que la tierra se llenó de violencia (Gén 6:11). Esa situación llevó a Dios a intervenir para raer “a los hombres” y a toda esta creación de la faz de la tierra (Gén 6:7). Se comprobó así que, si Dios hubiera permitido al hombre alargar su mano al árbol de la vida, hubiera perpetuado su pecado y su miseria (Gén 3:22). La perpetuación de la vida en un contexto tal no hubiera contribuido a la felicidad de su creación.

“Al perdonar la vida a Caín, Dios había demostrado al universo cuál sería el resultado si se permitiese que el pecado quedara impune. La influencia que, por medio de su vida y ejemplo, él ejerció sobre sus descendientes condujo a un estado de corrupción que exigió la destrucción de todo el mundo por el diluvio. La historia de los antediluvianos demuestra que una larga vida no es una bendición para el pecador; la gran paciencia de Dios no los movió a dejar la iniquidad. Cuanto más tiempo vivían los hombres, tanto más corruptos se tornaban” (PP, 335).

Siendo que un período de tiempo tan largo empecinaba más a los hombres en su rebelión contra Dios, decidió entonces el Señor que de allí en adelante su tiempo de gracia rondaría en los 100 años (Gén 6:3; véase Isa 65:20). En los días de Moisés ya setenta años era el promedio de vida de la gente, y en los más robustos se llegaba a los ochenta, cargados de “fatiga y trabajo, porque pasan aprisa, y volamos” (Sal 90:9-10). Todo esto en términos generales porque, como autor y dueño de esta creación, Dios puede adelantar sus juicios o postergarlos

según la actitud que asumen los seres humanos, y el logro de sus fines de salvación para con la especie caída. Dicho en otras palabras, Dios no espera siempre a que todos los seres humanos mueran de viejos. Puede interrumpir la vida cuando lo considere necesario (Lev 10:1-2; 20:1-6; Núm 11:1; 16:31-33, etc).

“Aquel que pagó el precio infinito para redimir a los hombres lee con infalible exactitud todas las maquinaciones de la mente humana, y sabe exactamente cómo tratar con cada alma. Y al tratar con los hombres, manifiesta los mismos principios que se manifiestan en el mundo natural” (1 MCP, 181). “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gál 6:6-9).

b) Para naciones y pueblos. También Dios da a cada pueblo y nación un tiempo de oportunidad para revelar su carácter. Así como decidió raer de la tierra a los hombres antediluvianos, así también decidió en su momento raer de la tierra pueblos, naciones e imperios que no nos dejaron más que ruinas y desolación de ejemplo (Gén 19:12-17,24-25; Eze 25:7ss, etc). Y siendo que Dios es tan fiel para cumplir sus promesas de bendición como sus advertencias de maldición, sin acepción de personas, hubo un momento en el que estuvo por destruir aún a su propio pueblo (Ex 32:10, véase Sof 1:2-3). Dios demoró sus juicios entonces por la intercesión de Moisés. Pero toda esa generación rebelde, exceptuando Josué y Caleb, pereció igualmente en el desierto (Num 14:35).

“Raeré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo...”, declaró el Señor contra un pueblo que hizo guerra a su pueblo y, por ende, al Señor mismo. “Por cuanto la mano de Amalec se levantó contra el trono del Eterno, el Señor tendrá guerra contra Amalec de generación en generación” (Ex 17:14,16). “Efraín es dado a ídolos, ¡déjalo!” (Os 4:17). “Curamos a Babilonia, y no sanó. Dejádla, y vámonos cada uno a su tierra, porque ha llegado hasta el cielo su juicio” (Jer 51:9).

Todas estas expresiones nos permiten ver que llega el momento en que Dios abandona a personas, pueblos y naciones, al poder del destructor. Otras veces interviene en forma directa, como lo hizo a través de su pueblo para que la tierra vomitase a los moradores de Canaán. Pero advirtió a Israel de guardar su ley para que la misma tierra no terminase vomitándolo (Lev 18:24-30).

La tierra prometida primeramente a Abraham Dios no se la dio a su patriarca en sus días porque, según le explicó, “la maldad del amorreo aún no” había “llegado al colmo” (Gén 15:16). Esto nos habla de límites en la paciencia admirable de Dios, que él prevé con mucho tiempo de antelación para con personas, pueblos y naciones. 400 años antes, Dios ya sabía que llegaría un momento en la historia aún futura, en que la maldad del amorreo y de todos los que habitaban en Canaán llegaría al colmo de lo que Dios puede aceptar. Es que Dios conoce “la maldad de los padres en los hijos y los nietos, hasta la tercera y cuarta generación” (Ex 20:5; 34:7), y en casos especiales hasta la décima generación (Deut 23:2-3). También “les ha fijado” a los hombres “el orden de las estaciones, y los límites de su residencia para que busquen a Dios” (Hech 17:26-27).

Esta gran y dramática verdad quedó claramente enunciada en las palabras de Jeremías, al hablar de parte de Dios. “En un instante”, dijo el Señor, “puedo hablar contra una nación o un reino, para arrancar, derribar y destruir. Pero si esa nación se vuelve de su maldad, yo también desistiré del mal que había pensado hacerle. Y en un instante hablaré de esa nación o ese reino para edificar y plantar. Pero si hace lo malo ante mis ojos, y desoye mi voz, desistiré del bien que había determinado hacerle” (Jer 18:7-10). Ni su pueblo se salvaría de las consecuencias de no prestar atención a las leyes divinas. Por eso, antes que tomasen posesión de la tierra que les prometía, Dios les dio las bendiciones y las maldiciones, la vida y la muerte, para que ellos escogieran (Deut 28ss).

“Con infalible exactitud el infinito sigue llevando cuenta con las naciones. Mientras ofrece su misericordia y llama al arrepentimiento, esta cuenta permanece abierta; pero cuando las cifras llegan a cierta cantidad que Dios ha fijado, el ministerio de su ira comienza. La cuenta se cierra. Cesa la paciencia divina. La misericordia ya no intercede en favor de aquellas naciones” (PK, 269). “Con infalible exactitud el Infinito mantiene un registro de la impiedad de las naciones y de los individuos. Amplia es la misericordia que se extiende hacia ellos, con llamados al arrepentimiento; pero cuando la culpa de ellos llega a cierto límite que Dios ha fijado, entonces la misericordia cesa sus intercesiones, y comienza el ministerio de la ira” (LP, 318).

c) Para la humanidad. Las profecías de la Biblia anticipan la destrucción del mundo para cuando el mal se extienda por toda la tierra (Isa 24; Mat 24:12; 2 Tim 3:1ss). “Cuando brotan los impíos como la hierba y florecen todos los que hacen maldad, es para ser destruidos eternamente” (Sal 92:7).

En la actualidad vivimos entre dos macrocosmos de maldad. El primero llevó al mundo entero a perecer bajo las aguas del diluvio (2 Ped 3:3-7). El segundo llevará el mundo a perecer bajo el fuego del juicio final (2 Ped

3:10-12). “Porque como fue en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque en los días anteriores al diluvio la gente comía y bebía, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca. Y no conocieron hasta que vino el diluvio y llevó a todos. Así también será la venida del Hijo del hombre” (Mat 24:37-39; véase 1 Tes 5:2-3).

“Cuando el lujo del mundo se vuelva el lujo de la iglesia, cuando las campanas repiquen a bodas, y todos cuenten en perspectiva con muchos años de prosperidad mundana, entonces, tan repentinamente como el relámpago cruza el cielo, se desvanecerán sus visiones brillantes y sus falaces esperanzas” (CS, 681-2). Contemplando ese momento final en visión, E. de White declaró: “El ángel de la misericordia divina está plegando sus alas, preparándose para descender del trono, y abandonar el mundo al gobierno de Satanás” (RH, 5,13,1902, 9). “Se pierden porque rehusaron amar la verdad para ser salvos”, y “para que sean condenados todos los que no quisieron creer a la verdad, antes se complacieron en la maldad” (2 Tes 2:10-12). “Efraín”, [ahora el mundo], es dado a ídolos, ¡déjalo!” (Os 4:17).

Todos los juicios divinos individuales, familiares, comunales, nacionales e imperiales, no son sino microcosmos que ilustran lo que ocurrirá cuando las mismas condiciones degradantes y corruptas adquieran una dimensión universal. En todos ellos murieron gente malvada e inocentes que compartieron la suerte de los impíos por formar parte del mismo tejido social. Siempre hubo también mártires que dieron su vida, o ésta les fue arrebatada violentamente, esperando “mejor resurrección” (Heb 11:35).

Así, el tiempo de oportunidad que Dios da a todos puede acortarse justa o injustamente, según Dios lo permite o determina. ¡Cuán importante es, pues, que aprendamos a orar como Moisés quien dijo en su salmo: ¡Señor, “enseñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría”! (Sal 90:12)

7. Una guerra entre simientes

Hay animales que no van juntos, tanto en el mundo acuático, como en el terrestre y en el de las aves. El pez más grande se come al más chico, y el animal más fuerte al más débil o pequeño. Aún entre ejemplares de la misma especie, los machos se eliminan unos a otros para predominar en forma absoluta. De allí que los hombres hayan apostado entre ellos con “gallos de riña”. Hay que separar peces que no van juntos, así como gallos que no pueden estar en un mismo gallinero (sobretudo cuando éste es pequeño), y animales que se destrozarían unos a otros de estar en el mismo medio ambiente. Los leones, por ejemplo, están sueltos en el safari de la Florida, pero separados del resto de los animales porque, de lo contrario, se quedarían pronto sin otras especies.

También se da algo semejante entre los seres humanos. En algunos países de sudamérica, un duelo a muerte entre dos criollos con armas blancas, consistía en atarse una soga a una pierna de cada contrincante, para que en la pelea el que perdiese no pudiera escapar. El duelo a muerte más común entre los pistoleros del norte de América fue inmortalizado por Hollywood en sus películas del oeste. Luego de dar espalda con espalda, debían marcar cierto número de pasos para entonces darse vuelta y dispararse con armas de fuego. El más rápido era el que ganaba, dejando al otro tumbado para no levantarse más.

La guerra entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente sería, en cierto sentido, también un duelo a muerte. No podrían convivir, porque por naturaleza representaban dos reinos espirituales en pugna. Para que la simiente santa pudiese subsistir, el Señor iba procurar mantenerla separada de la otra simiente. De lo contrario, la simiente verdadera no iba a poder guardar su identidad, y este mundo quedaría completamente sometido al príncipe usurpador.

En ese duelo a muerte entre las dos simientes, vencería la simiente de la mujer, una vez que ésta le asestase un golpe mortal a la serpiente en su cabeza (Gén 3:15). “Las puertas del infierno” no prevalecerían contra la iglesia o simiente del Señor (Mat 16:18). O en las palabras del Apocalipsis, el diablo no triunfaría en su guerra airada contra el “resto de la descendencia de la mujer, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (Apoc 12:17). Es confortante saber que “muy pronto” el Señor “aplastará a Satanás bajo” nuestros “pies” (Rom 16:20).

a) En los comienzos. La confrontación entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente comenzó a hacerse patente ya entre los hijos de Adán, especialmente con el nacimiento de Caín, quien perpetró el primer asesinato de la historia (Gén 4). Allí pudo verse cuál iba a ser la verdadera intención de Satanás para con los que obedeciesen a Dios aferrándose a la promesa divina de redención, esto es, para con la simiente divina. Las dos simientes se desarrollaron y expandieron sobre la tierra, al principio bien distanciadas. La Biblia se refiere a

ellas como la simiente de “los hijos de Dios” (Gén 4:25-5:32; 6:2,4), y la simiente de “los hijos de los hombres” (Gén 4:16-24; 6:2-4). No fue sino cuando esta distinción se perdió que la tierra se llenó de violencia, y Dios debió destruirla mediante el diluvio (Gén 6).

La tierra entera estuvo otra vez a punto de unirse en rebelión contra Dios no mucho después del diluvio, cuando el mundo era joven todavía. Pero Dios dispersó ese imperio del mal confundiendo sus lenguas, para que no pudiesen ponerse de acuerdo. Es decir, hizo que se peleasen entre ellos para que no lograsen un acuerdo común, un consenso. De esta manera logró el Señor que la obra de suplantarse a Dios que se habían propuesto fracasase (Gén 11). Fue en aquella época que se fundaron los reinos de la Mesopotamia en la tierra de Sinar, sobre los cuales se iba a encarnar la simiente de la serpiente (Gén 11:1). Entre los descendientes de Cam, cuyo pecado quedó marcado para las generaciones futuras (Gén 9:25), Nimrod fue el primer hombre poderoso que fundó Nínive (la futura capital Asiria) y Babilonia. Esos reinos fueron fundados sobre el principio de la fuerza (Gén 10:8-11; véase Mat 20:25-28). Mediante esos reinos el diablo iba a tratar de destruir la simiente del Señor.

De entre los descendientes de Sem, Dios llamó a Abraham para hacer de él un pueblo separado y que lo representase ante el mundo. De su simiente provendría la bendición para toda la humanidad (Gén 12:1-3). Pero a medida que corrían los siglos, el árbol genealógico de la simiente del Señor perdía muchos gajos y ramas. El primero fue Ismael, quien provino de una mujer que no era la de Abraham, y que dio origen a los árabes. El segundo fue Esaú, quien tuvo en poco el privilegio de ser contado entre la simiente verdadera, y del que provino el reino de Edom que se transformó en otra simiente en pugna (véase Gál 4:29-30).

Hubo momentos en los que el diablo intentó mezclar la simiente de Abraham con otras simientes para impedir que se cumpliera el plan de Dios de formar un pueblo separado del mundo (Gén 34; véase especialmente el v. 16). La venganza salvaje efectuada por dos de los hijos de Jacob por la mancha moral efectuada contra Dina, llevó a toda la familia al borde de la aniquilación. Pero la intervención divina se hizo manifiesta ante la consagración de todos delante de él, cuando puso miedo en las ciudades de alrededor para que no destruyesen su casa (Gén 34-35). Así también volvió a intervenir Dios siglos más tarde, cuando su pueblo se consagró delante de él. Se nos dice que el Señor puso pavor entre los pueblos vecinos del reino de Judá para que no tocasen a su pueblo (2 Crón 17:10).

Desde entonces, la táctica de la guerra iba a consistir, de parte del diablo, en inducir la simiente del Señor a pecar y a atraerla con seducciones sexuales aberrantes e idolátricas hacia la simiente del mundo sobre la que él gobernaba. Sabía que Dios es un Dios justo, y que no iba a poder bendecir la corrupción y desobediencia a las leyes divinas. Al retirar Dios su mano protectora de su pueblo por causa del pecado, esperaba Satanás incitar luego a las naciones enemigas para venir y destruirlo.

Mientras el pueblo estuviese unido a su Dios, ninguna nación, ningún poder terrenal ni demoníaco iba a poder borrarlo de la tierra. Esto aparece nítidamente en el fracaso de Balac de lograr la maldición de Israel. El profeta comerciante contratado por Balac debió decir del pueblo de Dios: “No ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel. El Eterno, su Dios está con él, y júbilo de rey en él... Tiene fuerzas como de búfalo. Contra Jacob no hay agüero, ni adivinación contra Israel. Ahora será dicho de Jacob y de Israel: ¡Lo que ha hecho Dios! El pueblo se levantará como leona, como león se erguirá. No se echará hasta que coma la presa, y beba la sangre de los muertos” (Núm 23:21-24; véase 24:5-9).

Para entonces Israel poseía un ejército y contaba con leyes que le permitían operar como nación. Es notable ver en estos pasajes que pelearía contra las simientes enemigas con el poder que Dios le daba, pero en esencia se atribuiría a Dios mismo el éxito de esas guerras. Su éxito consistiría en obedecer al Señor, y cuidarse así de que Dios estuviese con ellos, de lo contrario serían abatidos por sus enemigos (Núm 14:39-45; Deut 1:41-42). Debían también sostener los brazos de su jefe escogido por Dios, para no debilitarse en la guerra (Ex 17:11-12). Antes que comprendieran esto vio Dios necesario evitar que fuesen directamente hacia Canaán. Hasta que no recibiesen las leyes divinas y entrasen en un convenio con Dios, no podrían ejercer plena fe en él, y podrían acobardarse al encontrarse con enemigos más poderosos que ellos como los filisteos (Ex 13:17).

b) La importancia de pertenecer al árbol genealógico de Israel. Antes de entrar a considerar los principios de la guerra, continuemos a grandes rasgos la historia de la lucha entre las dos simientes, la divina y la de la serpiente. Para evitar confundirse entre las demás simientes, debieron los descendientes de Jacob conservar su árbol genealógico (Núm 1-4; 26; véase Esd 2:62). Esto implicaba separación del resto del mundo, así como identidad. Los paganos que quisiesen formar parte de ese árbol genealógico, debían renunciar a la descendencia de su propio pueblo, y pasar a formar parte de una nueva descendencia. Debían ser asimilados al

verdadero árbol genealógico que provenía de Abraham y, bien definidamente, de los doce hijos de Jacob. Esto se ve claramente en la historia de Rut, la moabita, quien dijo definidamente a su suegra: “Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios” (Rut 1:16). Ella no sabía que su visión espiritual iba a transformarla en la madre del Hijo de Dios según el registro genealógico, como ya había ocurrido con su suegra Rahab quien reconoció que el Dios del cielo estaba con ese pueblo, y decidió formar parte de él (Mat 1:5; cf. Jos 2).

Algo semejante ocurría en el sentido inverso. Cuando la rebelión cundía entre el pueblo de Dios, suscitada por algunas familias, eran muertos y su descendencia cortada de entre su pueblo (Lev 20:4-5; Jos 7:24-26). Sus cuerpos no eran “reunidos a su pueblo”, una expresión que parece haberse referido al panteón de Israel (véase Gén 49:33; 50:25; Núm 20:24,26; 27:13; Deut 32:50). De allí que, exceptuando Josué y Caleb, los huesos de los demás que habían visto las señales divinas de liberación en Egipto no entraron en la tierra prometida (Núm 14:27-30). En casos excepcionales, algunos hijos del que se levantó con su familia para rebelarse abiertamente contra Dios fueron perdonados por no unirse con su padre en esa obra contenciosa. El caso más notable es el de algunos hijos de Coré, quienes pasaron a ser los cantores del templo del Eterno y compusieron algunos salmos (Sal 42-49; véase Núm 16).

c) Intentos de dejar trunco el árbol genealógico del Señor. Mateo trazó el árbol genealógico del Señor hasta Abraham, el padre de los creyentes, porque se dirigió a un público más bien judío (Mat 1). Lucas, en cambio, tuvo una audiencia gentil y trazó la descendencia del Señor hasta la creación, cuando no había aún judíos (Luc 3:23-38). Así se remontó hasta la promesa hecha por Dios a la mujer, de darle un Descendiente que aplastaría la cabeza de la serpiente (Gén 3:15). Con su triunfo mediante la resurrección de los muertos, nadie podría prevalecer contra él, puesto que se sentó a la diestra de Dios en el mismo cielo (Heb 1:1-3; Apoc 12:5).

Volvamos a la confrontación de Israel con los pueblos vecinos. Se ve en ella la intención de los pueblos enemigos de venir para destruir la simiente del Señor. Dios interviene entonces para proteger a su pueblo que se arrepiente de sus pecados y clama a Dios por liberación. Desde principio a fin encontramos al Señor viniendo para adquirir un pueblo para sí, conforme a la promesa hecha a los patriarcas, y esto lo hizo con guerra. “¿Intentó jamás algún dios venir a tomar para sí una nación de en medio de otra, con pruebas, señales, milagros y guerra... como lo hizo contigo el Eterno tu Dios en Egipto ante tus ojos?” (Deut 4:34). Más adelante expresan en salmos esta misma realidad. “Contra tu pueblo han consultado astuta y secretamente, han entrado en consejo contra tus protegidos. Han dicho: ‘Venid, *borrémoslos de entre las naciones, y no quede más memoria del nombre de Israel*. Por eso han conspirado unidos, contra ti han concertado alianza...’, dijeron: heredemos las moradas de Dios” (Sal 83:2-5,12).

Así también procuraron destruir la simiente de David, para que quedase trunca y no se levantase más ningún heredero al trono de Israel. “Yo soy pacífico”, dijo David, quien había sido pastor de ovejas. “Pero apenas hablo, ellos buscan la guerra”, y “hace mucho que vivo entre los que aborrecen la paz” (Sal 120:6-7). Por eso debió transformarse en guerrero, no de su propia voluntad, sino en razón de la necesidad. Bajo un contexto tal debemos leer los salmos imprecatorios. En cierta oportunidad David oró con respecto a esa gente que quería acabar con su dinastía destruyéndolo directamente a él, de la siguiente manera. “Su posteridad sea talada, y en la siguiente generación sea raído su nombre. Venga en memoria ante el Eterno la maldad de sus padres, y el pecado de su madre no sea borrado. Estén siempre ante el Señor, y él corte de la tierra su memoria. Por cuanto no se acordó de tener misericordia, sino que persiguió al afligido... para entregarlo a la muerte. Amó la maldición y le vino. No quiso la bendición, y ella se alejó de él” (Sal 109:13-17).

Es en este contexto que debemos ubicar también la orden divina de destruir por completo la simiente de algunos pueblos que habían rebasado la paciencia divina por levantarse abiertamente contra su gobierno. Amalec debió ser raído de la tierra, según ya vimos, porque se levantó abiertamente “contra el trono del Eterno” (Ex 17:14-16). Aunque eso ocurrió parcialmente en ese entonces con la victoria de Israel bajo Moisés, se cumplió más definidamente en los días de Saúl y Samuel (1 Sam 15). Esas guerras deben ser entendidas en el contexto de dos simientes en pugna, y en el marco de los juicios divinos que se llevaron a cabo sobre la simiente rebelde. Previendo las consecuencias futuras, Dios ordenó en ocasiones cortar su simiente entera, destruyendo aún a los niños (Núm 31:7,15-17; Deut 20:16-18; Jos 6:21; 1 Sam 15:1-3). De no cumplir con la orden de Aquel que puede leer en todo gene su obra futura, tales descendencias en pugna se levantarían contra la descendencia santa como “azote”. También les servirían de “trampa”, arrastrándolos a sus dioses para apartarlos del Dios vivo (Juec 2:3), y mezclando ambas simientes al punto de arriesgar la bendición de mantenerse separados del mundo como pueblo del Eterno (Juec 3:5-6).

Un remanente, representado por la tribu de Judá, quedó de la simiente verdadera cuando las diez tribus del norte apostataron (2 Rey 17:18; Os 4:17), y fueron arrasadas por el reino de Asiria. ¿Cómo hizo la simiente de la serpiente, representada ahora por el reino de Asiria, para dejar trunca la descendencia del reino de Samaria? Se nos dice que por apartarse de Dios y alejarse de su santuario, el Señor los cortó y arrojó de su presencia entregándolos a reinos más poderosos que los llevaron cautivos, donde fueron asimilados por la gente de tales reinos. En cuanto a su antiguo lugar de habitación, el rey de Asiria hizo traer “gente de Babilonia, de Cuta, Ava, Hamat y Sefarvaim, y los puso en las ciudades de Samaria en lugar de los israelitas” (2 Rey 17:20ss). De esa manera mezcló los restos de gente humilde de aquella simiente de la mujer, con la simiente de la serpiente, conformando un pueblo híbrido y bastardo que se llegó a conocer como “samaritanos”. Pero su descendencia como pueblo separado para Dios quedó trunca. Murió con ellos (Os 1:6,9; Is 7:8-9). Sólo en una dimensión espiritual que abarca a los gentiles que no eran pueblo de Dios pero que se convertirían al Señor, continuaría en pie una simiente tal (Rom 2:28-29; 9:24-26; Gál 3:16; véase Mat 21:43; Jn 8:39).

d) El intento final de borrar de la tierra la simiente del Señor. La última gran confrontación en esa guerra milenaria entre las dos simientes en pugna se daría al final, cuando el mundo entero se pusiese del lado de Satanás, y la simiente espiritual se reuniese en torno al Monte Sión, esta vez entendido exclusivamente en su realidad celestial, y en una conexión espiritual con ella (Dan 11:44-45; 12:1; Apoc 14:1ss; 21-22; véase Heb 12:18,22-24). Dios organiza al remanente que queda en el mundo para la batalla final, como lo hizo con el antiguo Israel al contar a su pueblo para librar las batallas del Señor y ocupar la tierra prometida (Núm 1-5; 26; Apoc 7:3-8). Esta vez, en cambio, se trata de un recuento que se lleva a cabo en la corte celestial, y en el que se determina qué nombres quedarán inscritos con la simiente santa para librar la batalla final (Apoc 21:27; véase Heb 12:22: “primogénitos inscritos en el cielo”; Ex 4.22-23: “Israel es mi hijo, mi primogénito”). El mundo que se coaligaría con los demonios para destruir “el resto de la descendencia de la mujer” (Apoc 12:17), no quedaría registrado entre los vivientes (Apoc 13:8; 17:8). La batalla sería de orden espiritual, y vencerían los que se uniesen al Mesías Cordero, siendo como el antiguo Israel “llamados, elegidos y fieles” (Apoc 17:14).

Concluamos destacando la naturaleza de esta guerra entre dos simientes en pugna. La historia de esta guerra de principio a fin, en historia y profecía, la encontramos en la Biblia. En ella vemos a Dios procurando unir un pueblo en torno a sí, y al diablo tratando de desbandar y dispersar ese pueblo, primeramente mediante la desobediencia, y luego instigando a las naciones enemigas para que viniesen a destruirlo. Es a través de esa simiente que Dios procura revelarse al mundo para que sepa que lo ama y que busca su salvación (Rom 3:2; 9:4-5), y es a través de las naciones enemigas que el diablo intenta destruirlo para impedir que se conozca la versión divina de la guerra entre Cristo y Satanás, y entre las simientes de ambas. Es en este contexto que debemos entender las palabras de Jesús cuando dijo: “El que no es conmigo, está contra mí; y el que conmigo no junta, desparrama [o dispersa]” (Mat 12:30).

“La línea de separación entre los que profesan ser cristianos y los impíos es actualmente apenas perceptible. Los miembros de las iglesias aman lo que el mundo ama y están listos para unirse con ellos; Satanás tiene resuelto unirlos en un solo cuerpo y de este modo robustecer su causa atrayéndolos a todos a las filas del espiritismo...” (PR, 136-137). “Satanás considera a los habitantes del mundo súbditos suyos; ha obtenido el dominio de muchos cristianos profesos; pero allí está ese pequeño grupo que resiste su supremacía. *Si pudiese borrarlo de la tierra su triunfo sería completo. Así como influyó en las naciones paganas para que destruyan a Israel, pronto incitará a las potestades malignas de la tierra a destruir al pueblo de Dios*” (PR, 431). ¿Por qué sería completo su triunfo? Porque de conseguirlo, lograría desprestigiar a Dios delante del universo quien se metió en una empresa de salvación que quedó trunca (véase Luc 14:29-30), sin herederos, sin representantes, con toda otra herencia maligna que triunfó sobre la simiente del Señor, y se alió con el diablo para acusar a Dios de ser injusto.

8. ¿Se puede evitar la guerra?

La mayor parte de la escuela primaria la hice en Buenos Aires, Argentina. Era tradicional que a la esquina de la calle donde estaba la escolita de la Iglesia de Florida, se diesen entre dos estudiantes algunas revolcadas con todo un cuerpo de espectadores que rondaban en la misma edad. El reto o desafío comenzaba en los recreos cuando uno ponía saliva en su dedo con el cual untaba la oreja del contrincante. La costumbre comenzó como una parodia del bautismo infantil de la Iglesia Católica, que consiste en mojarle la oreja al bebé. En el caso de

nosotros en la escuela, esa era una humillación que no se podía tolerar y, la advertencia era sobre lo que iba a pasar “en la esquina”, al terminar el día de clases. Pude entender más tarde lo que quiso decir el presidente Alfonsín, en un discurso político: “A mí nadie me va a mojar la oreja”. [Supe no hace mucho que en República Dominicana los niños marcan una raya horizontal, y el que saliva del otro lado obliga al otro a devolver no precisamente con saliva].

Los más grandes también se provocan, a menudo de una manera más sofisticada. Sin embargo, hay mujeres que siguen pegadas, aún siendo adultas, al estilo que aprendieron de niñas. Una de ellas, de origen ucraniano, me dijo un día en la iglesia de Salto, Uruguay: “Pastor, hable con mi cuñada porque el otro día la vi en el banco y cuando le hice una sonrisa, me sacó la lengua”.

a) Nace en el corazón. ¿Tonterías y triquiñuelas? ¡Por supuesto! Las más de las veces hay guerra sin causa, o porque hay ganas de hacer guerra. “¿De dónde vienen las guerras y contiendas entre vosotros? ¿No surgen de vuestras pasiones, que combaten en vuestros miembros? (Sant 4:1). Cargamos con una naturaleza que de una u otra manera nos empuja a combatir. Como las focas, que luchan prácticamente a muerte para ocupar el principal lugar como reina de la manada. “Codiciáis y no tenéis, matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar. Combatís y lucháis, y no tenéis lo que deseáis... ¡Adúlteros! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad con Dios? El que quiere ser amigo del mundo, se constituye en enemigo de Dios”. Pero el que se hace amigo de Dios, resiste al diablo de tal manera que éste debe huir de él (Sant 4:2-4,7).

Por esa razón hay guerra en el mundo, y continuará habiéndola hasta el mismo fin. Porque “no hay paz para los impíos” (Is 48:22). Aunque adquieran modales y expresiones refinadas, si no se convierten al Señor poseerán el mismo veneno de la serpiente. “Ablandan sus dichos más que mantequilla, pero *guerra hay en su corazón*. Suavizan sus palabras más que el aceite, pero *son espada desenvainada*” (Sal 55:21).

Es en este contexto que podemos entender las bienaventuranzas del Señor. “Dichosos los mansos, porque ellos heredarán la tierra” (Mat 5:5). “Dichosos los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (v. 9). “Dichosos los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mat 5:8). Y Pablo fue categórico al decir, “seguid la paz con todos [en lo que está de vuestra parte], y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Heb 12:14), eliminando toda “raíz de amargura” para no contaminar a otros en su corazón también (v. 15). “Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios y las calumnias. Esto contamina al hombre” (Mat 15:19-20).

b) Tratar de evitarla. A menudo se manifiesta un espíritu combativo en cosas más serias. Recuerdo un colega que gustaba dar conferencias. Era la época en que usaban carpas. Ese pastor vivía haciendo del evangelismo un drama. Se peleaba constantemente con el diablo, y cuando las cosas no le salían bien hasta se enojaba con él. Cuando se enteraba que habían venido uno o dos espiritistas a escucharlo, derivaba su conferencia a un ataque frontal contra el espiritismo, lo que producía apagones de luz y la gente se asustaba, perdiendo público para los siguientes temas. Cierta vez un delincuente acuchilló a otro frente a su carpa, y tuvo que suspender su conferencia porque en ese momento, era el único que tenía un auto para llevarlo al hospital (solía dar conferencias en los barriales). La gente tuvo miedo y no vino más. Otra vez le quemaron la carpa, y él daba su testimonio entre los pastores y hermanos, destacando la furia del diablo contra la predicación de la Palabra. En ese entonces, el evangelista de la División Sudamericana terminó concluyendo que a tal pastor le gustaba ir a agarrarle la cola al diablo (provocarlo).

De manera que, ¿se puede evitar la guerra? Con el diablo no. Subsistirá hasta el mismo fin. Pero no tenemos por qué meternos con él, o enfurecernos con él, o sentir que somos Quijotes espadachines de duendes. “Someteos a Dios. Resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Sant 4:7). Después de resistirlo e irse del Hijo de Dios, dice la Biblia que “lo dejó por un tiempo”, esperando encontrar otro momento mejor para hacerlo caer (Luc 4:13). Así también hace con nosotros.

¿Qué decir de la simiente de la serpiente? ¿Podemos evitar entrar en guerra con ella? A veces sí, aunque el principio de la guerra entre las dos simientes subsistirá hasta el fin. Isaac se evitó mayores problemas cumpliendo por adelantado con el mandato del Señor de caminar una segunda milla, en su caso, al hacer otros posos de agua (Gén 26:14-22; Mat 5:41).

c) Necesidad de aceptar la realidad de la guerra. Recuerdo cuando cierta vez encontré llorando a mi esposa, porque sus dos hijos varones, aún pequeños, se habían peleado y debió intervenir para separarlos. “¿Por

qué tiene que ser así, que mis hijos se peleen, cuando podrían pasarlo tan bien sin pelearse?” Como este cuadro lo encontré más de una vez, terminé diciéndole que dejase de llorar, porque no iba a lograr tocar el corazón de sus hijos con esa señal de debilidad. “Al contrario, pueden terminar repudiándote porque captan un rechazo de tu parte hacia ellos. Tienes que aceptar la realidad de que tus hijos son de carne y hueso, como debió aceptarla Rebeca al escuchar la explicación divina de tener dos pueblos en su vientre (Gén 25:22-23). Conténtate con saber que tus dos hijos, si no generan pueblos por vivir en el fin de un mundo ya superpoblado, servirán para algo. Cuando ellos capten que no los rechazas por pelearse entre ellos, sino que intervienes para separarlos dándoles una buena reprimenda a cada uno, te van a respetar y someterse a tu arbitraje”.

¡Gracias a Dios que aceptó nuestra situación de guerra, y se metió sin llorar lastimeramente en nuestras peleas, para poner las cosas en su lugar! “Con castigos por el pecado corriges al hombre, y haces consumirse como polilla su grandeza” (Sal 39:11). Cuando se dio el terrible crimen que se cometió en Gabaa, con toda la tribu de Benjamín defendiendo a los criminales para que escapasen a la justicia, el pueblo vio que tenía que ir a la guerra y trató de evitarla. Primero procuró que la responsabilidad de hacer justicia cayese sobre una tribu, cuya suerte le tocó a Judá, la más numerosa. Hasta que no dejaron de llorar, y decidieron prepararse aún con ayuno para todos juntos combatir la tribu de Benjamín, aceptando la realidad de la guerra, Dios no les dio la victoria (Juec 20).

Hay ocasiones, pues, en las que ni Dios ni nosotros podemos evitar la guerra, y debemos hacer preparativos para no ser tomados por sorpresa. Vivimos en un mundo en guerra, y no podemos dormirmos en medio de la batalla, so pena de morir. “Al toro hay que agarrarlo por las guampas” (cuernos), reza un dicho en mi tierra. Y aunque podemos hacer todo lo posible por evitarlo, a veces alguien tiene que pararlo.

Una ciudad descuidada como Lais, con gente que “vivía segura, ociosa y confiada... sin que les faltara nada y sin que nadie los perturbase”, fue fácilmente abatida y destruida por el ejército de Dan (Juec 18:7,10,27-29). Esto contravenía las órdenes divinas de la guerra que exigían primero intimar a los habitantes de una ciudad para la paz (Deut 20:10). ¿Habría sido esa una de las razones por las que Dios no quiso contar con gente como Dan en su último ejército, el de los 144.000, para que no manchase su campamento santo? (véase Apoc 7:4-8; 14:5). Lo que importa aquí es destacar el hecho de que debemos estar preparados, “velando en todo tiempo”, para que no nos encuentren dormidos (Luc 21:36; Apoc 16:15).

Aún Salomón, quien heredó un reino de paz que le regaló un “varón de guerra” como su padre al abatir a todos los enemigos (1 Sam 16:18; 2 Sam 17:8), contaba con setenta valientes, diestros en la guerra, que rodeaban su litera para protegerlo de “los temores de la noche” (Cant 3:8). Nunca debemos olvidar que lo queramos o no, “Satanás y sus ángeles están en guerra con nosotros, y estarán en guerra con nosotros hasta el fin del mundo” (RH, 7-19-92, 3). Tendremos que enfrentarnos, tarde o temprano, con gente que “hasta en tierra de rectitud comete iniquidad, y no respeta la majestad del Eterno” (Isa 26:10).

9, ¿Quiere Dios la guerra?

Recuerdo que Juan Carlos Nissen, un amigo y compañero de estudios, me dijo una de las veces que lo visité cuando vivía en Alemania. “Acá, predicar el mensaje adventista es para producirle serios problemas a la gente que vive bien y no le falta nada” (pensaba en la perspectiva material, familiar y social). “Si quiere guardar el sábado va a conseguirse problemas, si quiere dejar la cerveza va a perder sus amigos”, cuando todo era para él una vida tranquila. Respondamos admitiendo que eso es verdad, pero desde cierta perspectiva. Porque ni Dios ni los que son de él quieren dejarle al diablo llevar su gente al infierno bien gorditos, dormidos con los típicos sedantes pasajeros, y cómodos en sus sofás mirando shows de TV.

Dios no acepta la paz “como el mundo la da” (Jn 14:27), porque es una paz efímera. La paz que se da bajo corrupción es cruel, porque significa aceptar un estado de cosas que no puede hacer realmente feliz a las personas. Y a menos que se sacudan las cosas, la gente no se va a mover. Por eso dijo el Señor: “No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a volver al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la madre contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa”. Todo esto sucede como consecuencia de aceptar al Señor, y darle la primacía en los afectos (Mat 10:34-39). Tenemos un cielo que ganar, y un infierno que perder.

a) Cuando Dios prefiere la guerra. ¿Nos extrañaría, expuestas las cosas así, que Dios llamase a sus profetas de antaño para proclamar la guerra? “Los profetas pasados que fueron antes de mí”, dijo Jeremías, “profetizaron

guerra, aflicción y peste sobre muchas tierras y grandes reinos” (Jer 28:8). De esta manera reveló Dios su clara intención de no dejarle al diablo gobernar este mundo bajo principios de injusticia y maldad. Tales reinos no iban a perpetuar impunemente un sistema abusivo y corrupto. Cuando su tiempo de gracia expiraba por haber sobrepasado la cuota de maldad que Dios permitía a una nación o imperio, el Señor de esta creación irrumpía en escena y hacía justicia. “La hija de Babilonia es como parva. Tiempo es de trillarla. De aquí a poco le vendrá el tiempo de la siega” (Jer 51:33).

“Cuando la sentencia sobre un crimen no se ejecuta enseguida, el corazón de los hombres se llena para hacer el mal” (Ecl 8:11). “Aunque se muestre favor al impío, no aprende justicia. Hasta en tierra de rectitud comete iniquidad, y no respeta la majestad del Eterno”. Pero “cuando hay juicios tuyos en la tierra”, prosiguió el profeta, “los habitantes del mundo aprenden justicia”. “Oh Señor, tu mano está levantada, pero ellos no la ven. Al fin verán tu celo por tu pueblo, y se avergonzarán; y el fuego reservado para tus enemigos los consumirá” (Isa 26:9-11).

Dios mismo vino a producir una turbulencia en el imperio egipcio como jamás reino alguno la había tenido. Se trataba de un imperio poderoso y, fuera de las luchas intestinas que se producen en cada reino, no corría grandes riesgos del exterior. Tenía sometido como esclavo al pueblo hebreo, y ningún poder iba a trastornar la paz que ese orden de cosas producía desde la perspectiva egipcia. Pero al Señor no le gustaba esa paz que consistía en tener subyugados a sus hijos bajo un régimen opresor. Por lo cual se dirigió al faraón exigiéndole que dejase ir a su pueblo en libertad para que lo reconociera a él, el gran “Yo Soy”, como su supremo gobernante (Ex 3:13-15; 5:1). Vino para buscarse un pueblo, y vino en tren de guerra (Deut 4:34), para conmocionar todo orden de cosas con mortandad, pestilencia, y destrucción (Ex 5-15).

En Zacarías vemos de nuevo que el Señor se disgusta al recibir el informe de que la tierra está “reposada y quieta” (Zac 1:11). Había muchos cautivos todavía en Babilonia, y debían agitarse las naciones para permitir que volvieran los cautivos, y se reconstruyese su templo y su ciudad en Jerusalén que yacía aún en ruinas (v. 12-17). De manera que hay veces en las que es Dios mismo quien quiere la guerra, no porque se complazca en ella, sino porque no puede aceptar las condiciones para la paz que el mundo ordena. Y los que predicán en tales contextos la paz, son falsos profetas que “curan la herida de mi pueblo con liviandad”, diciendo “Paz, paz, cuando no hay paz” verdadera (Jer 6:14; véase 4:10; 14:13; 23:17).

“La paz que Cristo legó a sus discípulos, y por la cual nosotros oramos, *es la paz que nace de la verdad*, y que no puede ser erradicada por ninguna división producida por la verdad. Sin ella pueden haber guerras y peleas, celos, envidias, odio, lucha; pero esto no afecta la paz de Cristo, porque se trata de algo que el mundo no puede dar ni quitar... La paz *no se la puede obtener poniendo a un lado los principios*, y Cristo no buscó ni por un momento comprarla por una traición a sus cometidos sagrados. Su corazón rebosaba de amor hacia cada ser humano que él había hecho; pero *ese amor profundo no lo condujo a exclamar, ‘paz y seguridad,’ cuando no había seguridad para el pecador*” (Bible Echo and Signs of the Times, 04-09-94, 1).

b) ¿Quién se deleita en la guerra? Entre los videojuegos más comunes para entretener tanto a niños como a jóvenes y aún adultos, el tema principal es la guerra. Desde pequeños se acostumbra esta nueva generación a hacer la guerra en sus computadoras. Mientras que cualquiera se dormiría viendo volar suavemente las aves en el firmamento, con un fondo musical delicado y clásico, nadie podría dormirar viendo una pelea de leones, o una guerra atroz, con un trasfondo musical de rock. Es por tal razón que reviste un atractivo más espectacular el juego que hace correr sangre o destruye a los demás.

¿Quiere Dios la guerra? ¡Por supuesto que no! “Vivo yo que no me complazco en la muerte del impío, sino en que se vuelva el impío de su camino, y que viva. ¡Volveos, volveos de vuestros malos caminos! ¿Por qué moriréis?”, dice el Señor (Eze 33:11). Los hijos de Coré cantaban en su salmo: “Venid a ver las obras sorprendentes que el Eterno ha hecho en la tierra. *Hace cesar las guerras* hasta los fines de la tierra. Quiebra el arco, corta la lanza, y quema los carros en el fuego. *Estad quietos, y conoced que Yo Soy Dios*” (Sal 46:8-11). Cuando “había paz en la tierra”, era “porque el Eterno le había dado reposo” (2 Crón 14:6). Porque Dios es un “Dios de paz” (Rom 15:33; Heb 13:20).

Tampoco los hijos de Dios se complacen en la guerra. El salmista pedía a Dios que disperse “a los pueblos que se complacen en la guerra” (Sal 68:30). Por eso exhortó a orar “por la paz de Jerusalén” (Sal 122:6). David decía, “yo soy pacífico”, pero lamentaba tener que vivir entre quienes “aborrecen la paz”, y le hacían “la guerra” (Sal 120:6-7). Pablo exhortó a buscar la paz con todos (Heb 12:14), y vivió en permanentes confrontaciones con los de su nación, aún con gente que se apartaba del evangelio o producía problemas en las iglesias que levantaba

(Hech 23:3; 1 Cor 4:21; Gál 1:11-14; véase Mat 23:33). También exhortó a orar por los gobernantes para que todos pudiesen tener paz (1 Tim 2:2-4), como ya lo había aconsejado hacer el profeta Jeremías (29:7).

¿Quién quiere la guerra entonces? Es “Satanás” quien “se deleita en la guerra, que despierta las más viles pasiones del alma, y arroja luego a sus víctimas, sumidas en el vicio y en la sangre, a la eternidad. Su objeto consiste en hostigar a las naciones a hacerse mutuamente la guerra; pues de este modo puede distraer los espíritus de los hombres de la obra de preparación necesaria para subsistir en el día del Señor” (CS, 646).

Dijo el cronista: “Satanás se levantó contra Israel, e incitó a David a que contara a Israel” para la guerra, cuando ya había paz en toda su extensión (1 Crón 21:1). Al retirar Dios su Espíritu del rey y de su pueblo, dio lugar a que el diablo pudiese endurecer el corazón de David (1 Sam 24:1), como lo hizo cuando endureció el corazón del faraón (Rom 9:17-18).

“Dios lleva cuenta con las naciones... En esta era más que un desprecio común se ha mostrado a Dios. Los hombres han llegado a un punto en la insolencia y la desobediencia que muestra que la copa de su iniquidad está casi llena... *El Espíritu de Dios se está retirando de la tierra*. Cuando el ángel de la misericordia pliegue sus alas y parta, Satanás hará sus malas obras que por largo tiempo quiso hacer. Tormentas y tempestad, guerra y derramamiento de sangre—*en estas cosas él se deleita*, y así junta para su cosecha. Tan completamente serán engañados los hombres por él que declarará que tales calamidades son el resultado de profanar el primer día de la semana...” (*That I May Know Him*, 355).

10. Llamados divinos a la guerra

Llama la atención en la Biblia, que a menudo es Dios quien “despierta el espíritu de los reyes” para la guerra (Jer 51:11), aún entre reinos que no lo reconocen a él como su Dios. Ordena matar y destruir en la guerra cuando el día de su venganza llega (Jer 50:21-22). Cuando el día aciago llegó a su propio pueblo, fue Dios mismo quien apareció detrás de los pueblos paganos contra Israel (Jer 21:5-6; véase 6:4-8; 18:21). “¿Quién dio a Jacob en presa, y entregó a Israel a saqueadores? ¿No fue el Eterno, contra quien pecamos? Y no quisieron andar en sus caminos, ni oyeron su Ley. Por eso, derramó sobre ellos su encendido enojo, y la fuerza de la guerra. Les puso fuego por todas partes, y no entendieron; los consumió, y no hicieron caso” (Isa 42:24-25; cf. Deut 29:24-28).

“Preparad escudo y pavés, e id a la guerra”, dice el Señor a los babilonios para que suban contra Egipto (Jer 46:3-4). “Haré oír clamor de guerra en Rabá de Amón, y será un montón de ruinas. Sus ciudades serán puestas a fuego... Haré encender fuego en el muro de Damasco, y consumiré las casas de Ben Hadad” (Jer 49:2,27).

“Babilonia, tú eras martillo para mí, y arma de guerra. Por medio de ti quebranté naciones, y deshice reinos. Por tu medio quebranté caballos y jinetes, carros y carreteros. También por tu medio quebranté hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y doncellas” (Jer 51:20-23). Y de Nabucodonosor, rey de Babilonia, declaró que era su “siervo” para que viniese a destruir la tierra de Palestina, junto con sus moradores, algo que Dios mismo había decretado (Jer 25:9; cf. 27:6).

Pero el día de la venganza se acercaba sobre Babilonia, por lo que hizo como “martillo” y “arma de guerra” en las manos del Señor. Ese día iba a venir a través de Ciro, rey de Persia, quien también es llamado por Dios “mi pastor”, y “su mesías” (“ungido”), porque representó al Mesías futuro al traer liberación a su pueblo que estaba cautivo en Babilonia (Isa 44:28; 45:1). “Aquí estoy contra ti, monte destructor—dice el Eterno” a través de Jeremías refiriéndose a Babilonia (v. 25). “Alzad bandera en la tierra, tocad trompeta en las naciones, preparad pueblos contra ella” (v. 27). “Yo juzgo tu causa, y ejecuto tu venganza. Secaré tu mar, y se agotará su corriente... Los traeré como corderos al matadero, como carneros y cabritos” (v. 36,40). “Aunque Babilonia suba hasta el cielo, y se fortifique en lo alto, de mí vendrán a ella los destructores—dice el Eterno” (v. 53).

Lo mismo había ocurrido con el imperio Asirio, al que Dios le permitió levantarse para que ejecutara su juicio. Ese imperio era, en palabras del Señor, “vara de mi enojo”, puesto que “en su mano” Dios puso su ira (Isa 10:5). “Lo mandaré contra una nación impía, y contra el pueblo objeto de mi ira, para que tome despojos, arrebaté presa, y lo pisotee como lodo de las calles” (v. 6). Pero luego de terminar su terrible castigo sobre su propio pueblo, le llegaría el turno a ese mismo reino, “¡Ay de Asiria!” (v. 5), exclama el Señor. “Castigaré la soberbia del rey de Asiria, y la altivez de sus ojos. Porque dijo: ‘Con el poder de mi mano lo hice, y con mi sabiduría’” (v. 13). “¿Se jacta el hacha ante el que corta con ella? ¿Se ensoberbece la sierra contra el que la mueve? ¿Como si el bastón levantara al que lo levanta; como si la vara alzara a quien no es de madera” (v. 15).

En todos estos pasajes, y en muchos más, Dios se representa como quien quita y pone reyes, “y manda sobre el reino de los hombres, y a quien él quiere lo da” (Dan 4:17,25,32), aunque tales reyes y reinos no lo sepan ni lo

reconozcan. De Asiria, por ejemplo, dice el Señor que es su vara para destruir reinos, “aunque ella no lo pensará así, ni su corazón lo imaginará de esta manera; sino que su pensamiento será destruir y cortar a muchas naciones” (Isa 10:7). De Babilonia dice Miqueas que sus gobernantes “no conocen los planes del Eterno, ni entienden sus designios”, aunque los cumplan y se cumplan en ellos (Miq 4:12). Dios llama posteriormente a Ciro también para destruir el reino de Babilonia, aunque ese rey pagano no lo conocía (Isa 45:4-5). En todas estas expresiones vemos a Dios más bien como árbitro de todos los destinos, dejando al diablo obrar a su gusto cuando la gente colmaba su cuota de culpabilidad, y contraponiendo los reinos impíos los unos a los otros para que no se precipitase el mal antes de tiempo, ni se perpetuase el reino de impiedad entre las gentes.

¿Quiso Dios que todo eso ocurriese, que se diesen tantas guerras y masacres, aunque se tratase de sus juicios? Recuerdo cuando en una clase de maestros se dio cierta vez una discusión sobre si Jesús murió con gusto por nosotros, o dio su vida a pesar de que no quería darla. Algunos discutían de que no murió con gusto, porque de lo contrario, ¿por qué clamó a Dios que pasase la copa de amargura? Si murió de todas maneras fue porque no le quedó más remedio que tragar ese sabor amargo para poder salvarnos. Otros decían que aunque la copa fue amarga, murió con gusto porque nos amaba.

Así también ocurre con el papel que Dios juega en las guerras de los hombres. Dios quiere y no quiere. A diferencia del Corán, que pinta a Dios como resultándole fácil quemar en el infierno (Sura 4:166-167), en la Biblia encontramos que lo hace con ira sí, pero una ira dolorosa para él (Eze 33:11). La obra de destruir es “una obra extraña” para Dios (Isa 28:21-22). No obstante, debe hacerla si quiere salvar esta creación.

11. La intervención divina en un contexto pos-teocrático

Muchos piensan que las intervenciones divinas en las guerras antiguas pertenecen a otra época, y que hoy el cuadro es diferente. Pero lo que Dios hizo durante la teocracia israelita continúa haciéndolo hoy. Tal vez no nos explique muchas cosas como lo hizo en el pasado a través de los profetas, pero podemos entenderlas a la luz de lo que hizo entonces. Tal vez no entendamos todo en determinado momento, y nuestras apreciaciones no sean en algunos casos más que estimativas. Pero hay mucha luz que se nos ha dado sobre cómo Dios actúa, para que podamos entender los designios divinos para esta época con claridad, y qué es lo que él favorece.

“Las bendiciones así aseguradas a Israel [Deut 4:6; 32:47]... *son prometidas, en las mismas condiciones y en el mismo grado, a toda nación y a todo individuo* que existe debajo del amplio cielo” (Ed, 170). “El poder que ejerce todo gobernante terrenal en la tierra es impartido por el cielo, y su éxito depende del uso que hace del poder así otorgado... La fuerza de las naciones, lo mismo que la de los individuos... se mide por la fidelidad con que cumplen el propósito de Dios” (Ed, 170-1). “Hoy, los hombres y las naciones son medidos por el nivel que tiene en la mano Aquel que no se equivoca. Todos deciden su destino por propia elección, y Dios dirige todo para la ejecución de sus propósitos” (Ed, 174). “Aunque las naciones rechazaron los principios de Dios y provocaron” así “su propia ruina, quedó manifiesto que el propósito divino predominaba y obraba en todos sus movimientos” (Ed, 173).

a) En el Nuevo Testamento. Aunque el Nuevo Pacto que Dios hizo con su Iglesia trajo algunos cambios que veremos más adelante (especialmente al liberarla de un sistema de gobierno teocrático), en lo que respecta a la intervención divina en las confrontaciones de las naciones el cuadro no cambia. En las profecías que el Señor dio a su iglesia en los evangelios, en las epístolas, y especialmente en el Apocalipsis, vemos que el procedimiento divino es el mismo en su trato con pueblos e imperios. El sigue teniendo todo bajo control, y con la misma libertad de obrar que siempre tuvo como “soberano de los reyes de la tierra” (Apoc 1:5). No encontramos tantos detalles como los que Dios dio en el Antiguo Testamento, y en muchas ocasiones no tenemos una revelación especial que nos explique todo lo que quisiéramos. Pero a la luz de los mensajes y advertencias de los profetas podemos entender sus designios.

“Debemos ver en la historia el cumplimiento de la profecía... *para comprender el progreso de los eventos en el ordenamiento de las naciones para el conflicto final*” (ST, 307). “Aquellos que se coloquen bajo el control de Dios, para ser guiados por él, *captarán el paso continuo de los eventos que él ha dispuesto que ocurran*” (7 T 14 (1902)).

En las trompetas del Apocalipsis encontramos, por ejemplo, los juicios divinos contra el imperio romano en su fase pagana y cristiana apóstata. Esos juicios provienen del santuario celestial, de la presencia del trono mismo de Dios, y en respuesta al clamor de los santos (Apoc 8:2-5; cf. 6:9-10). Las figuras literarias que Juan

usa para describir tales juicios son tomadas de los profetas del Antiguo Testamento que describieron los juicios de Dios contra diferentes naciones y reinos, los que fueron ejecutados en sus guerras por otros pueblos e imperios.

El tiempo de la siega le había llegado al imperio romano pagano, y las invasiones *bárbaras* fueron para ese imperio lo que su nombre terminó proyectando en el vocablo de las lenguas modernas. Poblaciones enteras con decenas de miles de habitantes fueron arrasadas con sus niños y sus mujeres. Las masacres espantosas que sucedieron entonces siguen siendo espeluznantes para todo historiador que se pone a repasar los hechos, y para los que estudian el cumplimiento de las cuatro primeras trompetas.

Y, ¿qué decir de las invasiones islámicas representadas en las dos trompetas siguientes, que no se quedaron atrás en sus guerras de conquista y juicio contra un mundo cristiano apóstata, sembrando el terror por doquiera? Aunque atormentaron a toda Europa durante todo el medioevo en el que predominó el papado romano (Apoc 9:5,13-15,18), se nos informa que el tormento provino, al mismo tiempo, de los dos testigos (la Palabra de Dios) que lo habían anunciado (Apc 11:4-6,10). Esos juicios de trompetas fueron castigos que Dios infligió a Roma en sus diferentes fases, por hacer “guerra contra los santos” (Dan 7:25; Apoc 13:7). [Véase A. R. Treiyer, *The Seals and the Trumpets. Biblical and Historical Studies* (2005), 420 pp].

b) En plena Edad Media. También en el medioevo encontramos la intervención de los ángeles en la batalla que emprendieron los bohemios para protegerse de las invasiones papales. La guerra que ellos emprendieron en defensa de su libertad fue *una guerra justa*. “*Confianza en la ayuda de Dios y en la justicia de su causa*, aquel pueblo resistió a los más poderosos ejércitos que fueron movilizados contra él...” En una cruzada impresionante que las fuerzas católicas lanzaron contra los Husitas, “repentinamente un terror misterioso se apoderó de ellos. Sin asestar un solo golpe, esa fuerza irresistible se desbandó y se dispersó como por un poder invisible”. Como en la época de Josué, cuando Dios peleaba junto a Israel, “las tropas husitas persiguieron a los fugitivos y mataron a gran número de ellos, y un rico botín quedó en manos de los vencedores, de modo que, en lugar de empobrecer a los bohemios, la guerra los enriqueció” (CS, 124-5).

Por segunda vez, con promesas de indulgencias y perdones eclesiásticos, y todos los otros incentivos blasfemos y de baja moral que ofrecía el papado en esa época a los que fueran a la guerra, se formó otra tremenda cruzada europea contra Bohemia. Los bohemios se retiraron hacia el interior, y luego se volvieron para arremeter contra la cruzada. Aún antes de ver el ejército que venía contra ellos, “el pánico volvió a apoderarse de los cruzados... La derrota fue completa y otra vez un inmenso botín cayó en manos de los vencedores... *Era una manifestación del poder divino*. Los invasores fueron heridos por un temor sobrenatural. El que anonadó a los ejércitos de Faraón en el Mar Rojo, e hizo huir a los ejércitos de Madián ante Gedeón y los trescientos, y en una noche abatió las fuerzas de los orgullosos asirios, extendió una vez más su mano para destruir el poder del opresor. ‘Allí se sobresaltaron de pavor donde no había miedo; porque Dios ha esparcido los huesos del que asentó campo contra ti: los avergonzaste, porque Dios los desechó’ (Sal 53:5)” (CS, 125-6).

c) En la guerra de secesión. No voy a entrar en detalles, porque el material es bastante extenso sobre la naturaleza de esa guerra. Los que quieran leer ese material pueden entrar en mi página web, bajo el título: “La Iglesia Adventista durante la Guerra de Secesión”. www.tagnet.org/distinctivemessages

Aquí diremos que, en esencia, Dios se propuso castigar el pecado extremadamente grave de los EE.UU. en relación con la esclavitud, y vino a liberar a los negros tan ciertamente como cuando vino a liberar mediante Moisés a los esclavos hebreos del yugo egipcio. Siendo que primaba en el Norte el deseo de mantener la Unión aún a expensas de la afirmación de la esclavitud, el enojo de Dios fue todavía mayor y decidió castigar al Norte por tolerar ese terrible crimen. Hasta hubo un ángel que intervino en la batalla de Manassas, produciendo gran mortandad y pérdidas para los ejércitos del Norte, porque era el propósito divino castigar más duramente a la nación, tanto al Norte como al Sur, por sus pecados.

Tenemos que tener en cuenta que había deslealtad, traición, también acuerdo y determinación entre los estadistas y generales de usar la guerra para sus logros personales y supremacía. Por tal razón no podían tener un propósito realmente unido que les permitiese lograr una rápida victoria. También había una influencia espiritista de malos ángeles que guiaban a algunos de los generales en sus tomas de decisiones y estrategias.

A pesar de eso, y de recomendar E. de White de no ir a la guerra por tales motivos, su uso de expresiones tales como “nuestros rangos”, “nuestros líderes en el Congreso”, revela que se identificaba con los del Norte y anhelaba que cumplieran su deber de abolir la esclavitud. “Dijo el ángel: ‘Escuchad, oh cielos, el clamor de los

oprimidos, y dad doble pago a los opresores según sus hechos.’ Esta nación será aún humillada hasta el polvo.” (1 T, 259).

Las siguientes citas de E. de White las tomaremos del volumen II de su historia, preparada por su nieto Arturo White.

Dios “*movió los corazones de los hombres* para trabajar en favor de los que fueron tan cruelmente oprimidos. *Muchos cayeron muertos, dando sus vidas para proclamar libertad a los cautivos*, y apertura de la prisión a los que fueron sometidos. ***Dios habló con respecto a la cautividad del pueblo de color tan ciertamente como lo hizo con respecto a los cautivos hebreos***, y dijo: ‘He visto la aflicción de mi pueblo..., y he escuchado su clamor en mano de sus amos; porque conozco sus penas, y he venido a librarlos.’ ***El Señor obró para liberar a los esclavos del Sur.***”

“Tuve una visión de la desastrosa batalla de Manassas, Virginia; fue la escena más penosa e impresionante... Los hombres del sur fueron cediendo y en poco rato hubieran tenido que retroceder aún más. Los del Norte seguían adelante con furor aunque sus pérdidas eran muy grandes. ***Y en ese preciso momento descendió un ángel y con la mano hizo la señal de retroceder.*** Instantáneamente hubo confusión en las filas. A los hombres del Norte les parecía que sus tropas estaban retrocediendo, cuando en realidad no era así; e inmediatamente empezó una precipitada retirada. Esto me pareció asombroso. Entonces me fue explicado que Dios tenía a esta nación en sus manos y ***no permitiría que se ganaran victorias más rápidamente de lo que él dispusiera...***”

“Dios está castigando a esta nación por el alto crimen de la esclavitud. El tiene el destino de la nación en sus manos. Castigará al Sur por el pecado de la esclavitud, y al Norte por tolerar durante tanto tiempo su influencia excesiva y despótica” (34). “Me fue mostrado el pecado de la esclavitud que ha sido una maldición por tanto tiempo para esta nación” (34). “El azote de Dios está ahora sobre el Norte porque se han sometido por tanto tiempo a los avances de poder sobre el esclavo. El pecado pro-esclavitud de los hombres del Norte es grande. Han fortalecido al Sur en su pecado al sancionar la extensión de la esclavitud; han tenido una parte prominente en llevar a la nación a esta condición de angustia presente” (35). “Me fue mostrado que muchos no se dan cuenta de la extensión del mal que ha venido sobre nosotros. Se vanaglorian de que las dificultades nacionales serán arregladas pronto y que la confusión y la guerra terminarán también pronto, pero todos se convencerán de que hay más realidad en el asunto que lo que se anticipó...”

“El cuidado de Dios se manifiesta a favor de los más débiles de sus hijos. Ningún acto de crueldad u opresión hacia ellos se pasa por alto en el cielo. La mano de Dios se extiende como un escudo sobre todos los que le aman y le temen; cuídense los hombres de no herir esa mano, porque ella blande la espada de la justicia” (PP, 307).

d) ***“Es necesario”***. ¿Qué quiso decir el Señor cuando anunció que en el fin del mundo habría guerras y rumores de guerras (Mat 24:6), y advirtió a sus seguidores de no turbarse por el hecho, diciendo que *“es necesario que esto suceda”*? (Mar 13:7). “Cuando oigáis hablar de guerras y revoluciones, *no os alarméis. Es necesario que estas cosas sucedan primero*”, antes que venga el fin (Luc 21:9).

“Es necesario”, “no os turbéis”, “no os alarméis”. ¿Fueron necesarias las revoluciones ateas que convulsionaron al mundo y dieron el golpe de muerte al poder despótico medieval del papado romano y de los reyes que lo apoyaban? ¿Convenía que se diese la guerra de secesión en el S. XIX, para liberar a los esclavos negros de la opresión blanca? ¿Debíamos alarmarnos, desorientados, por la primera y segunda guerra mundiales, con todos los destrozos y millones de muertos causados por un hombre sicótico como Hitler que ostentó el poder en Alemania? ¿Era necesario también que USA y sus aliados se metiesen en Afganistán y en Irak, en una guerra cuya salida no se puede ver bien todavía debido al miedo que infunde en occidente el terrorismo islámico radical? ¿Tiene algo que ver Dios con todo eso? ¿Sigue siendo Dios todavía el árbitro de todos los destinos? ¿Por supuesto que sí!

Para los que creemos en las profecías bíblicas, todas esas señales nos muestran que se acerca el fin. Al mismo tiempo procuramos entender qué papel juegan esas guerras en el cumplimiento de los propósitos divinos para este mundo, antes que llegue el fin. No somos nosotros los que determinamos que tales guerras ocurran, ni corresponde que las fomentemos porque esa no es nuestra misión. Pero buscamos entender el papel de Dios en esas luchas y pasiones humanas, y para ello contamos con todos los ejemplos que nos dejó en su Revelación en los conflictos anteriores.

“Estamos en el umbral de la crisis de las edades. En rápida sucesión se seguirán los *juicios de Dios*—fuego, diluvio, terremoto, *con guerra y derramamiento de sangre*. *No debemos sorprendernos* en esta época por los eventos grandes y decisivos, *porque el ángel de la misericordia no puede permanecer mucho más tiempo para proteger al impenitente*”(PK, 278).

e) *Apreciaciones personales.* Jesús anunció, por ejemplo, que el evangelio sería predicado “en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones”, y entonces vendría el fin (Mat 24:14). A nosotros nos levantó para dar el último mensaje de amonestación “a toda nación, tribu, lengua y pueblo” (Apoc 14:6). ¿Será que en el manejo de los hilos de este mundo, Dios está preparando el terreno para que pueda predicarse el evangelio en los países musulmanes, que constituyen casi el único baluarte del enemigo en toda la tierra que tiene amedrentada a toda su población contra la posibilidad de aceptar una fe no oficial? ¿Se requerirá [recordemos, “es necesario”] que haya más guerras en esa zona del mundo, para que se quiebre el poder del islamismo extremo y fanático, y haya libertad para predicar y para que cada cual pueda tomar su propia decisión por el Señor, o rechazarlo? ¿Se propondrá Dios castigar a las naciones más poderosas con el terrorismo, porque se niegan a cumplir con el designio que les trazó y que tiene que ver con la justicia que Dios requiere de todas las naciones?

Creo que no se trata de que queramos o no queramos la guerra, sino de saber que a Dios no le place la paz que muchos buscan para sí en condiciones de opresión y corrupción. También se trata de saber que a menudo la guerra “es necesaria” para sacudir el yugo opresor que impide la predicación del evangelio, sin que tengamos nosotros algo que ver en su promoción. Pero como los judíos que recibían las nuevas del avance de los ejércitos persas que iban a liberarlos de Babilonia, bien podemos simpatizar con aquellos que luchan para garantizar nuestra libertad para predicar el evangelio. Y aunque no estemos de acuerdo en todo lo que hacen, y en los intereses creados que hay siempre en cada guerra, nuestro interés mayor se da en todo lo que pueda servir para completar la tarea que Dios nos ha dado, y la manera en que Dios dirige los movimientos de las naciones y sus corrientes ideológicas, para la prosecución de sus fines.

f) *Cuándo se habrá pasado el límite de la paciencia divina.* “Los EE.UU. han sido un refugio para los oprimidos. Se ha hablado de ellos como el baluarte de la libertad religiosa. Dios ha hecho más por este país que por cualquier otro país sobre el cual brilla el sol. Ha sido maravillosamente preservado de la guerra y del derramamiento de sangre” (*Advent Review*, 12-17-1895, “An Example in History,” 3). Sin embargo, las bendiciones no son incondicionales. Y este país tan extraordinario se caracterizó en la mayor parte de su historia por dos clases de gente. La que vino a plantar el árbol de la libertad hasta verlo echar profundas raíces, y la que vino atraída e impulsada “por motivos muy distintos...” como el de guiarse “sólo por la esperanza de ventajas terrenales” (CS, 341).

Aún así, la bendición y protección divinas sobre el suelo norteamericano lo ha hecho un país próspero y de relativa paz dentro de sus fronteras. Hasta que sus convicciones de protección divinas se vieron tremendamente sacudidas con la destrucción de las dos torres gemelas. Éste es un país religioso, y en las cortes gubernamentales se ora hasta hoy antes de sesionar, como si fuera un culto. Por lo cual, lo que todo norteamericano no puede evitar preguntarse es, ¿qué pasó entre ellos y Dios de tal manera que esta vez, la mano protectora de Dios no se dejó ver con la destrucción de los dos edificios más grandes del mundo!

Lo que muchos norteamericanos no parecen poder ver es esa contradicción entre lo que se cree y lo que se practica entre los dos tipos de gente que hemos mencionado y que, refleja, en esencia, la contradicción del cordero que habla como dragón (Apoc 13:11). Otros sí captan esa contradicción, y han hecho ver que es justamente en Nueva York donde cada año desfilan más de cien mil homosexuales y lesbianas. También mueren cada año víctimas del cigarrillo en esa ciudad más personas de las que murieron víctimas del terrorismo musulmán en ese fatídico 11 de septiembre. Incredulidad, pornografía, prostitución, vicios, abundan en la capital económica del mundo. ¿Podría la mano de Dios seguir extendiéndose piadosamente mucho tiempo más sobre un lugar tal?

E. de White describió cómo se edificaban los edificios más soberbios de Nueva York ya a principios del S. XX, y declaró que continuarían edificándose. Ninguno de ellos buscaba la gloria de Dios, sino la grandeza humana. Por tal razón “el Soberano del mundo sólo” veía “locura en sus planes e invenciones. Una gran parte del dinero así empleado había sido obtenido injustamente, explotando al pobre. Olvidaban que en el cielo toda transacción comercial es anotada, que todo acto injusto y todo negocio fraudulento son registrados. El tiempo vendrá cuando los hombres llegarán en el fraude y la insolencia a un punto que el Señor no les permitirá

sobrepasar y entonces aprenderán que la paciencia de Jehová tiene límite. Los hombres continuarán levantando costosos edificios que valen millones; se dará especial atención a su belleza arquitectónica y a la firmeza y solidez con que son construidos. Pero el Señor me ha hecho saber que a pesar de su insólita firmeza y su costosa imponencia, esos edificios correrán la misma suerte del templo de Jerusalén” (5 CBA 1074 (1906)).

“Dios está retirando su Espíritu de las ciudades impías, que han llegado a ser semejantes a las del mundo antediluviano y a Sodoma y Gomorra... Las costosas mansiones, maravillas arquitectónicas, serán destruidas sin previo aviso cuando el Señor vea que sus ocupantes han traspasado los límites del perdón. La destrucción causada por el fuego en los imponentes edificios que se suponen son a prueba de incendios, es una ilustración de cómo, en un momento, los edificios de la tierra caerán en ruinas” (*Cada día con Dios*, 152 (1902)).

“He visto las más costosas estructuras de edificios construidos supuestamente a prueba de fuego, pero así como Sodoma pereció en las llamas de la venganza divina, así estas orgullosas estructuras se convertirán en ceniza. Los deleitables monumentos de la grandeza de los hombres se harán polvo aun antes que venga la última gran destrucción sobre el mundo”, 3MS, 478-479 (1901).

“Se me ha instruido en el sentido de que, cuando venga el tiempo del Señor, si no ha ocurrido un cambio en los corazones de los hombres orgullosos y de los ambiciosos seres humanos, *hallarán que la mano que ha sido poderosa para salvar será poderosa para destruir*. Ningún poder terrenal es capaz de detener la mano de Dios. Ningún material puede ser usado en la erección de edificios que los preserve de la destrucción cuando llegue el tiempo señalado por Dios para mandar retribución a los hombres por su insolencia y el descuido de su ley”.

“La extravagancia que se ve en la erección de edificios, en la gratificación del yo, en los mercados, en gestiones injustas, crea pobreza y angustia. Los guardianes de los emporios comerciales tendrán que rendir a Dios una temible cuenta cuando el Juez de la corte más alta tomará cada caso individual en su mano” (*Sermons and talks*, II, “God’s Judgments on the Cities”, 280). “El Señor no intervendrá para proteger la propiedad de aquellos que transgreden su ley, quebrantan su pacto y pisotean su día de reposo, aceptando en su lugar un día de descanso espurio”. Dios “permite” tales tragedias “para que el mundo preste atención, para que los pecadores le teman y tiemblen ante él” (3MR, 311 (1902)). “Cuando la mano restrictiva de Dios se retire, el destructor comenzará su trabajo. Entonces ocurrirán en nuestras ciudades las mayores calamidades” (3MR, 314 (1897)).

El colmo de la maldad, el límite de la paciencia divina sobre toda esta nación, vendrá sin embargo, como consecuencia de implantar por ley un día que no es el del Señor y, por consiguiente, no lo honra. Y como esa ley se implantará en todo el mundo, siguiendo el ejemplo de los EE.UU., la maldición caerá sobre toda la tierra con las plagas finales. Esa será la marca final de la apostasía nacional y mundial, ya que toda la tierra le pertenece al Señor. “A la apostasía nacional seguirá la ruina de la nación” (7CBA 988 (1888), 137). “La apostasía nacional es la señal para que ocurra la ruina nacional” (2 MS, 428 (1891)).

“En ese tiempo [de angustia previo] cuando se esté terminando la obra de la salvación, vendrá aflicción sobre la tierra, y las naciones se airarán, aunque serán mantenidas en jaque para que no impidan la realización de la obra del tercer ángel” (PE, 85). “Aunque ya se levanta nación contra nación y reino contra reino, no hay todavía conflagración general. Todavía los cuatro vientos son retenidos hasta que los siervos de Dios sean sellados en sus frentes. Entonces las potencias ordenarán sus fuerzas para la última gran batalla” (JT, II, 369). “Él [Dios] refrenará las fuerzas de las tinieblas, hasta que se de al mundo la amonestación y todos los que quieran escucharla estén preparados para el conflicto” (JT, II, 153).

“En los anales de la historia humana, el desarrollo de las naciones, el nacimiento y la caída de los imperios, parecen depender de la voluntad y las proezas de los hombres; y en cierta medida los acontecimientos se dirían determinados por el poder, la ambición y los caprichos de ellos. Pero en la Palabra de Dios se descubre el velo, y encima, detrás y a través de todo el juego y contrafuego de los humanos intereses, poder y pasiones, contemplamos a los agentes del que es todo misericordioso, que cumplen silenciosa y pacientemente los designios y la voluntad de él” (PR, 366).

12. Propósitos de la guerra del pueblo de Dios

Durante muchos siglos los papas de Roma lanzaron cruzadas evangelizadoras que procuraban imponer la religión por la fuerza. El que no se bautizaba era torturado, degollado, descuartizado por perros y caballos, decapitado y quemado. Todo esto lo aplicaban “tribunales de extirpación de idolatrías”, con el propósito de forzar la gente a adoptar la idolatría católica romana. Durante la Segunda Guerra Mundial resucitó en el acto ese espíritu salvaje y demoníaco del romanismo cuando en Croacia iba un general con el obispo católico exigiendo a

las ciudades ortodoxas a adoptar la fe romana so pena de muerte. Cientos y miles de personas y de poblaciones fueron muertas a cuchillo, enterradas vivas en fosas comunes que les obligaban cavar antes de morir, y hasta en el caso de una comunidad judía fue abandonada en una isleta del mar sin agua y sin comida.

Los musulmanes fueron al principio más liberales con los pueblos vencidos y no les imponían la religión, aunque ciertas presiones más los incentivos económicos que les daban lograban muchas conversiones. Eso ocurrió con la primera invasión islámica conocida como invasiones sarracenas. Sin embargo, en la segunda ola invasora que propiciaron los turcos otomanos, se vio más definidamente el carácter del destructor. No obstante, su sueño era y sigue siendo el mismo. Creen que no tendrán paz hasta que hayan vencido a todos los enemigos en toda la tierra. De allí su carácter belicoso que comienza agitando y convulsionando los lugares donde se meten, para luego justificar su intervención militar y establecer su *jihad* (guerra santa vengativa), con la presunta ayuda de Aláh.

Las guerras de la Biblia se diferenciaron en que no tuvieron un propósito misionero. No procuraron imponer su religión a las demás naciones. Tampoco encontramos en las leyes divinas las terribles torturas que infligieron los sacerdotes católico romanos para extraer confesiones, y para buscar la retractación de las personas y de los pueblos vencidos. Ni fueron guerras expansivas sino que se circunscribieron a la tierra que Dios les dio. No estaba en sus sueños llegar a dominar el mundo entero, sino desde esa tierra que Dios se había escogido, la de Palestina, ejercer una influencia de alcances universales (Gén 12:1-3). ¿Cuál fue el propósito que las caracterizó?

a) Fueron guerras de juicio. “Pero de las ciudades de estos pueblos que el Eterno tu Dios te da en herencia, ninguna persona dejarás con vida” (Deut 20:16). “Las destruirás del todo. No harás con ellos alianza, ni les tendrás compasión” (7:2). En otras palabras, no fueron con espada en mano para imponerles su religión, sino para ejecutar el juicio que Dios había determinado sobre ellas. “Los hombres deben precaverse de cómo en su ceguedad humana juzgan y condenan a sus semejantes; pero cuando Dios les ordena ejecutar su sentencia sobre la iniquidad, deben obedecer” (PP, 384). “El Señor comunicó... su propósito de destruir a los enemigos de Israel” (2 BC, 1002).

Tomemos como ejemplo la expedición que Dios ordenó en los días de Saúl para destruir a Amalec. Esa “expedición no se había de emprender con un objeto de engrandecimiento personal; los israelitas no habían de recibir ni el honor de la conquista ni los despojos de sus enemigos. Debían emprender aquella guerra únicamente como un acto de obediencia a Dios, con el propósito de ejecutar el juicio de él contra los amalecitas. Dios quería que todas las naciones contemplaran la suerte funesta de aquel pueblo que había desafiado su soberanía, y que notaran cómo era destruido por el pueblo mismo que habían menospreciado” (PP, 681).

En su corrupción y maldad esas naciones no sólo habían colmado la copa de la paciencia divina, sino que de haberlas dejado en pie, habrían arruinado el plan divino de revelarse a través del pueblo de Israel. Aún después de haber sido destruidas, su culto sexual-demoníaco podía ejercer un atractivo tal en el pueblo de Dios que el Señor debió advertirles sobre tal peligro. “Cuando el Eterno tu Dios haya destruido ante ti las naciones que vas a poseer, y las heredes y habites en su tierra, guárdate de tropezar imitándolas, después que sean destruidas ante ti... Porque ellos hicieron a sus dioses todo lo que el Eterno abomina, lo que él detesta, pues quemaban aun a sus hijos e hijas en honor de sus dioses” (Deut 12:29-32). La inmoralidad sexual estaba a la base de todos sus crímenes, hasta en su culto, según se ve en las ordenanzas que dio a su pueblo el Señor en Lev 18. Y siempre que hay corrupción moral se pervierte el juicio y se levanta violencia y muerte (Gén 6:4-5,12; véase Os 4:11; 7:4-7).

Hoy estamos en una época que puede catalogársela como la del “destape” por TV, computadora, internet, campos de nudismo, casas de prostitución con grandes anuncios en las grandes rutas de EE.UU. (“we bare all”), y todo tipo de pornografía. Es el comercio más rentable. ¿Qué es lo que todo esto trae aparejado? La infidelidad y el rompimiento de tantas parejas aún del pueblo de Dios, crímenes de todo tipo, violencia y maldad como lo fue en los días antes del diluvio. Todo esto nace en una caja cuadrada que transmite imágenes pornográficas y de todo tipo de maldad como si fuera en vivo. Eso mismo ocurría en las naciones paganas que Dios decidió destruir, cuyos espectáculos públicos aberrantes atraían a mucha gente, aunque no contasen con un sistema de difusión etéreo como el nuestro.

Antes de entrar en la tierra prometida y destruir tales pueblos, Dios advirtió a su pueblo sobre las consecuencias de ver la desnudez de la mayoría de la gente (Lev 18:6-17). El hechizo del “fruto prohibido”, su contemplación, apetencia y codicia representado ahora en el sexo, son el primer paso para terminar cogiéndolo.

“Además”, dijo Dios, “no tendrás acto carnal con la esposa de tu prójimo, contaminándote con ella” (v. 20), ni “sacrifiques a ninguno de tus hijos”, ni seas homosexual ni lesbiana (v. 21-22), ni tampoco te ayuntes con bestia alguna (v. 23). Véase Deut 28:11-26.

Cuando esas costumbres lograron penetrar poco a poco en el pueblo de Dios (la iglesia de aquellos días), éste perdió su poder espiritual, y la misma maldición que cayó sobre esas naciones paganas que debieron destruir, les llegó a ellos también. Tengamos en cuenta que tales juicios, por más crueles que nos puedan parecer, representaban el juicio final de Dios en donde toda la humanidad perecerá, exceptuando un remanente que se habrá apartado del mundo y sobre el cual el Señor habrá escrito su ley en sus corazones. “La descendencia de los impíos será destruida” (Sal 37:28).

- **Malinterpretación del carácter de Dios.** Al decidir Dios establecer una nación y un gobierno en Canaán que fuese “una manifestación de su reino en la tierra” para “difundir sus principios por todos los ámbitos del mundo”, “era necesario limpiar la tierra de lo que con toda seguridad habría de impedir que se cumplieran los bondadosos propósitos de Dios” (PP, 525). Todas las imágenes y recintos idolátricos debían perecer con sus habitantes (Ex 23:24; Deut 12:3). Esas naciones habían colmado la copa de su iniquidad, y la vida miserable que vivían debía llegar a su fin también. Tales ordenanzas de destrucción fueron, por consiguiente, “dictados por la sabiduría y bondad infinitas” (PP, 525).

“Muchos consideran que el Señor fue cruel al requerir que su pueblo guerreara contra otras naciones. Afirman que tal cosa es contraria a su carácter benevolente. Pero Aquel que hizo el mundo y formó al hombre para que morara sobre la tierra, ejerce un control ilimitado sobre la obra de sus manos, tiene el derecho de hacer como le plazca y lo que él quiera con la obra de sus manos. El hombre no tiene derecho de decir a su Hacedor, ¿por qué haces tú esto? No hay injusticia en su carácter. Él es el gobernante del mundo, y una gran parte de sus súbditos se ha rebelado contra su autoridad y ha pisoteado su ley... Dios los soportó hasta que colmaron la medida de su iniquidad, después de lo cual envió sobre ellos una rápida destrucción. Empleó a su pueblo como el instrumento de su ira para castigar a las naciones impías que los habían perseguido y hecho caer en la idolatría” (2 MS, 384).

“Se me mostró una escena familiar” en la que el padre debe soportar a algunos hijos desobedientes e irrespetuosos. “Con el tiempo esos hijos rebeldes avanzan un paso más, y procuran inducir a rebelión a los miembros de la familia... que habían permanecido fieles. Entonces se pone en acción toda la dignidad y la autoridad del padre, y éste expulsa de la casa a sus hijos rebeldes... Por amor a los pocos que permanecen leales... el padre aleja de su familia a sus hijos desobedientes, mientras que al mismo tiempo se esfuerza por acercar hacia sí mismo a los que han permanecido fieles y leales. Tal es la forma como Dios ha tratado a sus hijos” (2 MS, 385).

“El castigo que se le impuso” al blasfemo “había de advertir a los demás que el nombre de Dios debe reverenciarse. Pero si el pecado de este hombre hubiese quedado impune, otros se habrían desmoralizado; y como resultado eventual habría sido necesario sacrificar muchas vidas” (PP, 432-3). Así también, “por obra de la misericordia de Dios sufrieron miles de personas para evitar la necesidad de castigar a millones. Para salvar a muchos había que castigar a los pocos” (PP, 335).

“Pero el hombre, en su ceguera, pasará por alto las abominaciones de los impíos y no verá la ingratitud y la rebelión continua y los pecados desafiantes de los que pisotean la ley de Dios y desafían su autoridad... Algunos pueden ver sólo la destrucción de los enemigos de Dios, y consideran que Dios no tiene misericordia y es severo. No contemplan el otro lado. Pero agradezcamos eternamente porque el hombre impulsivo y mudable, con todo su alarde de benevolencia, no es el que dispone los acontecimientos ni quien los controla. ‘Las compasiones de los inicuos son crueles’ (Prov 12:10, VM)” (2 MS, 385-6).

- **¿Les dio tiempo para arrepentirse?** Llama la atención que Dios avanzó de a poco con los egipcios, requiriendo primero que dejase salir a su pueblo en libertad. El endurecimiento del faraón y de su pueblo reveló que no habría ningún cambio. ¡Les propinó diez castigos terribles que no los llevaron al arrepentimiento, sino a endurecer más aún el corazón! ¿No estaba más que justificado el Señor en abandonar esa nación a una bancarrota total? En esa oportunidad los israelitas no contaban con ningún ejército, y la liberación fue exclusivamente divina.

Pero cuando invadieron Canaán, el juicio divino fue puesto por Dios en las manos de su pueblo. Esta no fue una decisión arbitraria de parte de Dios. “Dios podía emplear sólo aquellos medios que fuesen compatibles con

la verdad y la justicia. Satanás podía valerse de medios que Dios no podía usar: la lisonja y el engaño” (PP, 22; véase CS, 552). “El gobierno de Dios es moral, y la verdad y el amor han de ser la fuerza que lo haga prevalecer” (DTG, 707). Por consiguiente, “la rebelión no se había de vencer por la fuerza” “arbitraria” (DTG, 706-7; véase 712).

“A los habitantes de Canaán se les habían otorgado amplias oportunidades de arrepentirse. Cuarenta años antes, la apertura del mar Rojo y los juicios caídos sobre Egipto habían atestiguado el poder supremo del Dios de Israel. Y ahora la derrota de los reyes de Madián, Galaad y Basán, había recalcado aún más que Jehová superaba a todos los dioses. Los juicios que cayeron sobre Israel a causa de su participación en los ritos abominables de Baal-peor, habían demostrado cuán santo es el carácter de Jehová y cuánto aborrece la impureza... Eran muchos los que, aunque se negaban a obedecerla, participaban de la convicción de Rahab, de que Jehová, el Dios de Israel, era ‘Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra’. Como los antediluvianos, los cananeos vivían sólo para blasfemar contra el Cielo y corromper la tierra. Tanto el amor como la justicia exigían la pronta ejecución de estos rebeldes contra Dios y enemigos del hombre” (PP, 525).

Para las naciones más lejanas el trato iba a ser diferente. Debían ofrecerles paz como primer paso (Deut 20:10,15). Si aceptaban, debían hacerlas tributarias para que sirviesen al pueblo de Dios (v. 11). Debemos recordar, en este contexto, que cualquier ciudadano de cualquier país, inclusive de Israel, debía pagar sus impuestos. La tierra era del Señor y la había dado a los israelitas, de manera que los que quisiesen vivir en ella debían reconocer la autoridad de sus gobernantes y magistrados, y contribuir a su sostenimiento. Así lo hicieron los gabaonitas, y convivieron pacíficamente por siglos en medio de Israel, sirviéndoles como aguateros. Cuando Saúl faltó al pacto hecho con ellos y mató un buen número de ellos, debió vengarse su sangre para hacer justicia y detener los juicios de Dios que ya habían comenzado a caer sobre Israel (2 Sam 21).

Algunas diferencias aparecen en relación con las naciones más lejanas de Canaán. Si negaban la paz que los israelitas les ofrecían, debían ser destruidos. En ese caso, y a diferencia de los pueblos más cercanos, podrían tomar sus mujeres y su niños como botín de guerra (Deut 20:14). Pero “no hubo ciudad que hiciese paz con Israel, salvo los heveos, que habitaban en Gabaón”. Por consiguiente, debieron conquistar esas ciudades mediante la “guerra”. “Porque el mismo Eterno endurecía el corazón de ellos para que resistiesen a Israel con guerra, para destruirlos sin misericordia, y desarraigarlos, como el Eterno lo había mandado a Moisés” (Jos 11:19-20). No los endurecía Dios en forma arbitraria, sino retirándoles su Espíritu cuando resistían a su influencia (Mat 12:32; Mar 3:29-30; Heb 10:26-27; véase Sal 51:10-12). Recordemos que el Espíritu Santo es el único agente divino que puede dar arrepentimiento, y no fuerza la voluntad ni disposición de nadie para ello (Jn 16:8; Hech 2:38; Gál 5:22-26; Ef 4:30).

Un principio semejante de advertir mediante castigos con el propósito de evitar la destrucción de un pueblo, lo vemos de nuevo en la enumeración que Amós dio de los juicios que Dios había ejecutado sobre su pueblo, procurando llevarlos al arrepentimiento (Am 4:5-11). Pero por empecinarse en la rebelión y no escuchar su mensaje, ni las advertencias de sus juicios mitigados con misericordia, debían finalmente beber la copa de la ira de Dios ya sin compasión divina (véase Os 13:14). “Por eso, esto te haré oh Israel. Y porque he de hacerte esto, prepárate para encontrarte con tu Dios” (Am 4:12).

- La trascendencia divina en la ejecución humana del juicio. También corresponde destacar aquí el hecho de que los pueblos paganos que ejecutaran el juicio divino no quedarían necesariamente libres de culpa por el hecho de haber sido los instrumentos divinos del castigo. La crueldad con la que los llevasen a cabo iba a ser a menudo el fruto de un corazón cruel y degenerado, razón por la cual deberían luego ser castigados por Dios, cuando el turno les llegase a ellos. En su momento, Dios iba a hacer caer sobre ellos su juicio por ese mismo carácter despótico que habrían tenido al cumplir inconscientemente, con la ejecución decretada por él.

En otras palabras, la intervención divina a través de diferentes pueblos no afecta la trascendencia de Dios. El está por encima de las pasiones humanas con las que a menudo los hombres ejecutan sus juicios. Gracias a eso, cuando Dios le dio a elegir a David entre más de un castigo, pudo el rey distinguir perfectamente la diferencia entre ser castigado por Dios y ser castigado por los hombres. Pidió a Dios, “caiga yo en la mano del Eterno, que es grande en misericordia, y no caiga en mano de hombres” (1 Crón 21:13).

Así también castigó Dios más tarde a Jehú por los juicios que efectuó sobre la casa de Acab, a pesar de haberlo levantado para vengar la sangre que ese rey había derramado de los profetas, y para destruir toda su descendencia (2 Rey 9). El carácter de Jehú era el de un “loco” (2 Rey 9:11). Hasta en su “andar” se reconocía quién era, porque dirigía su caballo “ímpetuosamente” [con furiosa locura] (2 Rey 9:20). Dios no es loco ni

arrebatado en sus juicios (Amo 7:7-8; Rom 9:28; 2 Ped 3:9), ni tampoco recurre a los métodos del diablo para hacer su obra, como pretendió hacerlo Jehú (2 Rey 10:18-29). Jehú hizo “bien” en los ojos de Dios (v. 30), pero no se convirtió plenamente a él (v. 31), y la forma de ejecutar los juicios divinos no lo libraron de culpa tampoco. El profeta Oseas debió mostrar que, aunque Dios aprobó su obra, no se identificó del todo con su manera de ejecutar el castigo divino (Os 1:4).

El principio involucrado en estos juicios quedó enunciado por el profeta Semaías, quien habló a Roboam y a sus príncipes en Jerusalén de la siguiente manera: “Así dice el Eterno: ‘Vosotros me habéis dejado. Yo también os he dejado en manos de Sisac,’” faraón de Egipto (2 Crón 12:5). Vemos aquí que Dios toma distancia de su pueblo (eso es en esencia la “trascendencia”), se aleja de ellos. Es Dios quien lleva a cabo el juicio al quitar su protección a un pueblo o nación. Y como su decisión no es arbitraria, no es él la causa real del problema.

Llama la atención también cómo Dios puede regular la intensidad del castigo de un reino sobre otro. Al escuchar el mensaje divino y frente al peligro de la invasión egipcia, Roboam y los príncipes se humillaron y pidieron perdón a Dios. El Señor los perdonó pero decidió no darles una liberación completa. “Se han humillado”, dijo Dios, “no los destruiré. Los salvaré en breve, y no derramaré mi ira contra Jerusalén por mano de Sisac. Pero serán sus siervos, *para que sepan la diferencia entre servirme a mí, y servir a los reyes de otras naciones*” (2 Crón 12:8). Algo semejante hizo Dios, de una manera más severa, cuando *permitió* que el rey de Babilonia llevase cautivo a su pueblo para que lo sirviese en la tierra de los caldeos. Cuidó que los que fuesen fieles de entre su pueblo no perdiesen su identidad, y los protegió aún en medio de un imperio más poderoso que les era hostil.

Muchos que juzgan las obras de juicio divinas ven a Dios como severo e implacable. No distinguen tampoco la diferencia entre lo que era para entonces servir a Dios y servir a los reyes paganos. Algo semejante ocurre a menudo hoy. Un gran amigo en la adolescencia quien toda la vida vivió en los suburbios de la “Nueva Jerusalén”, me decía siempre que había vivido en el mundo, y que la gente de afuera era mejor que la de la iglesia. Parecía no desprenderse de los resentimientos típicos de los que están en un medio espiritual más elevado sin haberse convertido de corazón. Cuando años más tarde lo vi regresar casado al mismo ambiente religioso, parecía cambiado. Las había pasado bien mal con la gente “de afuera”, y ahora reconocía la diferencia valorando el medio espiritual que había detestado anteriormente.

b) Para ejecutar la venganza divina. Este punto está ligado al anterior. Lo diferencia el hecho de que los pueblos cananeos no habían hecho nada contra los israelitas. El castigo que Dios les daba era simplemente un juicio por haber rebosado la cuota de paciencia que Dios había tenido para con ellos como soberano del universo. Ante la llegada del pueblo sobre el cual Dios había derramado su poder de una manera única en el mundo de aquel entonces, no se convirtieron, sino que se atrincheraron en sus ciudades para resistir el gobierno divino. Participaban del espíritu que más tarde revelaron los filisteos cuando Dios coronó a David. “¡Rompe sus lazos”, dijeron, “librémonos de sus cuerdas!””, no permitamos que el Dios del cielo y de la tierra reine sobre nosotros ligándonos a él con sus leyes (Sal 2:1-3).

Distinto iba a ser el caso de las naciones que maltratasen al pueblo de Dios sin causa. En su momento iban a tener que pagar por ello. Así, vemos que Dios ordena a Moisés ya en el desierto: “Haz la *venganza de los israelitas* contra los madianitas”. Cumpliendo con el mandato divino, Moisés dio la orden al pueblo: “Armaos algunos de vosotros para la guerra, e id contra Madián, para ejecutar *la venganza del Eterno* contra ellos... Pelearon contra Madián, como el Eterno mandó a Moisés, y mataron a todo varón” (Núm 31:2-3). La protección divina fue tal que en esa guerra no hubo bajas israelitas. Siendo que por orden de Balac, sus mujeres habían corrompido a los israelitas en Peor, produciendo una gran mortandad como castigo (Núm 25), también debieron morir, exceptuando las que no habían conocido varón (Núm 31:14-18).

Un cuadro semejante lo encontramos en relación con el imperio babilónico. Dios lo llamó para que castigase a su pueblo, y luego debió castigar a sus habitantes por lo que hicieron con él y con el templo de Dios. Por el hecho de morar Dios en la tierra de Palestina, todo ataque de cualquier nación enemiga contra su pueblo, era un atentado contra el Señor y Dios de esa tierra. La severidad del castigo se medía a menudo por la proximidad del santuario donde Dios habitaba (Núm 35:34; Sal 79:1). [Véase A. R. Treiyer, *The Day of Atonement and the Heavenly Judgment...*, chap 3]. El castigo divino contra Babilonia, así, tendría esencialmente que ver con esa actitud de menosprecio al Dios de Israel y su santuario (Dan 5:22-23).

“Sobre Babilonia caiga la violencia que hizo contra mí y mi carne”—dirá el morador de Sión. ‘Y mi sangre caiga sobre Caldea’—dirá Jerusalén. Por eso, así dice el Eterno: ‘Yo juzgo tu causa y ejecuto tu venganza’ (Jer

51:36). Es la “venganza de Babilonia”, contra ella. Por la procedencia del castigo es también “la venganza del Eterno, venganza de su templo”, al que Babilonia había destruido (Jer 50:28; 51:11). “Porque venganza es del Eterno. Vengaos de ella, hacedle como ella hizo” (Jer 50:15). “El Eterno sacó a luz nuestra justicia. Venid, contemos en Sión la obra del Eterno nuestro Dios” (Jer 51:10).

A veces la venganza no se ejecutaba enseguida, sino después de un tiempo, cuando la actitud hostil hacia el pueblo de Dios maduraba y llegaba el momento en que Dios debía desarraigar la nación rebelde. Cuando un acto acorde con el espíritu inicial hostil contra el pueblo de Dios volvía a manifestarse, se le echaba en cara a ese pueblo su comportamiento uniformándolo e identificándolo con su actitud final. Este principio o lógica divina empleada en su juicio está expresado en Eze 33, en donde se aclara que la actitud final decide la suerte de una persona. Dios va más allá aún, y afirma que aunque el pasado haya merecido la condenación, un cambio ulterior podía transformarlo en bendición. Lo mismo en sentido inverso (v. 12-16,18-19). Esa lógica no le agradaba a mucha gente, pero Dios fue enfático al declarar que tal proceder era “recto” (v. 17,20; véase Mat 20:1-16).

Esto nos muestra que la historia no sólo de una persona, sino también de una nación, cuenta a la hora del juicio (Juec 11:14-27; cf. Núm 20-21; Am 1-2). Al llegar al colmo de su apostasía, los dos reinos de Israel recogieron sobre sí lo peor de la historia de ambos pueblos y debieron pagar por ello (Eze 16; 23; Hech 7:42-43). En el mensaje final que el Señor dirigió a la nación de Israel le hizo ver que al asumir el mismo espíritu de la rebelión de Caín se hacía reo de “toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo, hasta la de Zacarías”, a quien esa última generación había matado “entre el templo y el altar” (Mat 24:35).

Llama la atención el hecho de que el pago de la injusticia cometida por la nación que había pactado con Dios de ser su pueblo, debía ser doble (Jer 16:18; 17:18; véase Apoc 18:6). A mayor luz, mayor responsabilidad. Ellos sabían que Dios había castigado en lo pasado una actitud semejante, y por lo tanto, merecían un mayor castigo. Contaban, además, con la presencia de Dios en el santuario, en medio de ellos, lo que acrecentaba su culpabilidad porque eran portadores de su gloria. En las demás naciones, sin embargo, el castigo debía ser proporcional a la obra de maldad que efectuasen (Jer 51:24; Joel 3:4,7-8).

Vemos así que, en el Nuevo Testamento, el mismo principio de la venganza subsiste para con los que rechazan la gracia de Dios y oprimen a sus semejantes. Es cierto que a los antiguos Dios les mandó aborrecer a los enemigos (Mat 5:43), en el sentido de no consentir al mal que estos buscaban (Sal 1:1-3). Pero la ley ya ordenaba, tanto como lo confirmaría luego el evangelio, amar al prójimo y a los enemigos (Lev 19:17-18; Mat 5:44). Se nos exhorta también, en ambos testamentos, a no asumir nuestra propia venganza, dada nuestra percepción limitada de las cosas, sino devolver bien por mal (Ex 23:4-5; Prov 24:17-18; Mat 5:44). En las manos de Dios, sin embargo, que conoce con exactitud lo que hay en cada corazón, la venganza es sinónimo de justicia, y estaba representada por la ley del talión (Ex 21:24). También estaba representada por la ley de la siembra y la cosecha. Por eso dijo el apóstol Pablo: “Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gál 6:7-9).

Dios usará el principio del talión para aplicar su justicia en forma completa y definitiva en el fin del mundo, ya que se basará en nuestros hechos (Apoc 18:6). Esto lo saben los mártires del quinto sello cuando claman a Dios: “¿Hasta cuando, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre de los que moran en la tierra?” (Apoc 6:10). El veredicto final traerá consigo la venganza divina contra los opresores (Isa 61:2). “El Señor dará “a cada uno según fuere su obra” (Apoc 22:12). “Por cuanto ellos derramaron la sangre de los santos y los profetas, también tú les das a beber sangre, pues lo merecen” (Apoc 16:6). El hecho de que se nos exhorta a no tomar la venganza en nuestras manos no cambia la realidad de la venganza divina, porque la venganza es de Dios (Deut 32:35; Rom 12:19). “Dios es justo al retribuir con tribulación a los que os atribulan, y al daros reposo a vosotros que sois atribulados” (2 Tes 1:6-8).

Las leyes sobre la pena de muerte en el antiguo Israel, y las leyes de la guerra, nos muestran que el evangelio no es cosa de poca monta. Hay que tomarlo en serio. Moisés puso delante del pueblo la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Al pueblo le tocaba escoger la vida y la bendición (Deut 30:19-20). También Jesús puso delante de su pueblo la vida y la muerte, dando a entender que de la decisión que tomasen en ese momento dependería el destino de cada cual, si la muerte eterna o la vida eterna (Jn 5:24,29,39-40; véase Dan 12:2).

c) Para liberar a su pueblo. Otra diferencia entre las guerras que Dios encomendó a los israelitas cuando les dio la tierra de Canaán por herencia, y las cruzadas papales medievales, tiene que ver con la liberación. Las cruzadas del medioevo para presuntamente “liberar los santos sepulcros” no tienen nada que ver con la

liberación que Dios dio a su pueblo, porque Dios “no es Dios de muertos, sino de vivos” (Marc 12:27). Las antiguas batallas de liberación se dieron cuando Israel se vio vez tras vez amenazado por potencias extranjeras que vinieron para destruirlo. Ellos no estaban defendiendo sepulcros, sino la subsistencia nacional.

Las cruzadas papales al país de los “Amigos de Dios” en el sur de Francia (mal llamados “cátaros”), tampoco tuvieron algo que ver con una liberación, porque tanto católicos como amigos de Dios vivían en paz y libertad, y se oponían a la invasión extranjera que convocaron los papas de entonces. Lo mismo sucedió con las cruzadas contra los valdenses y, en general, con las guerras que iniciaron contra el protestantismo siglos más tarde. Allí vemos más bien una lucha desesperada del papado por mantener su supremacía aún por encima de la voluntad divina, y contra gente humilde que buscaba vivir en armonía con la Palabra de Dios. Europa no le fue dada a Roma por Dios, ni siquiera por Constantino según pretendieron por siglos en lo que fue uno de los fraudes más grandes conocidos en la historia. Por lo tanto no tenían ni tienen nada que reclamar con respecto a ese continente.

¿Qué hizo Abraham cuando vinieron los cuatro reyes de la Mesopotamia para pelear con los reyes de la llanura, al enterarse que se habían llevado cautivo también a su sobrino Lot con toda su familia? (Gén 14). ¿Qué hacen nuestras instituciones educativas y médicas para protegerse a sí mismas, en muchos países de la tierra? Pienso especialmente en Medellín, Colombia, donde tienen dos guardianes de noche, y una entrada a la institución con gente armada. Pienso en nuestro hospital Silvestre en Río de Janeiro, y en otros lugares más. Hasta en nuestra villa adventista en Libertador San Martín, antes que hubiese policía, me tocó reemplazar al sereno durante sus tres semanas de vacaciones, para cuidar el hospital y el colegio durante las noches. Siendo que no acepté llevar armas, un pastor y teólogo se enojó conmigo diciéndome: “¿Qué clase de protección vas a darnos, si no llevas armas?”

Algunos podrán llamar “guerras defensivas” a las guerras de liberación. Pero no estuvo totalmente equivocado el que dijo que “la mejor defensa es el ataque”. Todos los que participaron en las guerras bíblicas de liberación fueron hombres de arrojo y fe, y fueron aprobados por Dios por lo que hicieron, según lo expresa el capítulo de la fe (Heb 11). Entre ellos se encuentran especialmente los jueces de Israel quienes pelearon para liberar a su pueblo del yugo opresor (Jueces; Heb 11:32). Asimismo hubo reyes que clamaron a Dios, quien les dio la victoria sobre sus enemigos cuando vinieron para sitiar sus ciudades y destruir el reino de Dios (2 Rey 7; 19; 2 Crón 14; 20; 32).

Otra batalla de liberación, tal vez la más emotiva, fue la que emprendió David cuando no tenía edad suficiente aún para cumplir con el servicio militar (véase Núm 1:3). Declaró al rey Saúl: “El Eterno, que me ha librado de las garras del león y del oso, también me librará de la mano de ese filisteo” (1 Sam 17:17). Su arrojo y fe en Dios se vio de nuevo momentos después en las palabras que dirigió al gigante Goliat, quien tenía amedrentadas a todas las tropas de Israel. “Tú vienes a mí con espada, lanza y jabalina, pero yo vengo a ti en el nombre del Eterno Todopoderoso, el Dios de los escuadrones de Israel, que tú has provocado. El Eterno te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré... Y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel” (1 Sam 17:45-47).

Corresponde enfatizar de nuevo que las guerras de liberación nunca tuvieron como propósito forzar la conciencia de nadie. El objetivo fue permitir que todo el que quisiese pudiese adorar a Dios en libertad. Por eso Moisés se dirigió al faraón con las siguientes palabras de parte de Dios: “Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto” (Ex 5:1). Nadie estaba obligado a ir con el pueblo de Dios, ni de aceptar la liberación divina. Todo el que quería quedarse en Egipto podía hacerlo. Así también, en las guerras de hoy de las cuales no participamos, nos interesa la libertad que puedan garantizarnos los gobernantes para predicar el evangelio sin que la conciencia de nadie sea forzada ni para aceptarlo, ni para rechazarlo.

En nuestra iglesia se vio también muchas veces la intervención divina en momentos de crisis. El primer ayuno del que participé en mi vida fue cuando tenía alrededor de 10 años. Toda nuestra iglesia oró por las persecuciones que nuestros hermanos estaban sufriendo en Colombia. Y se dio una liberación con un cambio repentino de las autoridades producida por la muerte imprevista del principal causante de esa persecución. En Perú las fuerzas opositoras instigadas por el catolicismo impedían la penetración y mantenimiento de nuestra fe. Cuando Fernando Stahl decidió ir de misionero entre los indios de ese lugar, encontró una feroz resistencia de la Iglesia Católica que ejercía una influencia importante en los gobernantes. Eso le hizo ver que se necesitaba un hombre de valor que no se arredrase ante nada si realmente quería que su obra perdurase. Él mismo experimentó en determinado momento la intervención divina, cuando estaba escribiendo en una choza unas últimas palabras a su esposa, mientras afuera peleaban para acabar con él.

Siendo que la obra adventista en Argentina ya estaba organizada y veían un buen número de misioneros en perspectiva, pidió Stahl si no podían enviar un hombre aguerrido a esa zona. Nadie dudó de que el elegido fuese Pedro Kalbermatter, porque había desafiado ya en Argentina la amenaza del pelotón de fusilamiento por no trabajar en sábado durante el servicio militar, y había conseguido finalmente, gracias a eso, que se decretase en ese país la libertad de guardar el sábado en el ejército.

Cierta vez, ya en Perú, don Pedro vio que no había policías suficientes para frenar a un grupo de bandoleros que asaltaba sus misiones y mataba a algunos indígenas que allí trabajaban. Entonces armó a cientos de indios con hondas (gomerías), palos, machetes, y cuchillos, para ir en busca de los maleantes y acabar con el mal. Él mismo se trabó cuerpo a cuerpo con el bandolero principal, y ganó la batalla. Atados de manos y pies a sillas sobre las que los hizo sentar, puso el sábado en la mañana a los principales bandoleros en la plataforma del culto, y oraron agradeciendo a Dios por haberles dado la victoria. Los entregaron a las autoridades y tuvieron paz en toda esa comarca por un buen tiempo.

Numerosas fueron también las intervenciones divinas directas que se dieron, sin que peleasen ellos. Una vez, en pleno día despejado, cuando los curas convocaron a unos 20.000 indígenas para destruir la misión adventista, cayó un rayo del cielo que resquebrajó la campana de la iglesia católica, y los indígenas se desbandaron en el acto despavoridos. Unos días después el sacerdote que los arengaba murió al caerse del caballo y desnucarse. En otra oportunidad vinieron con miles para destruir las misiones adventistas. Con furia Pedro Kalbermatter salió con sus dos o tres rifles y escopetas para matar a todos los que pudiera. Pero se sintió mal, volvió a su tienda y, llorando, pidió perdón a Dios. Luego enterró las armas y salió con la Biblia. Le llamó la atención que el “ejército enemigo” no avanzaba. Fue solo hacia ellos y les preguntó qué querían. El sacerdote que dirigía la tropa de indígenas le preguntó quiénes eran los que estaban agazapados más allá. “No hay nadie”, replicó don Pedro. Pero insistieron en que había un ejercito que estaba apostado algo más distante, y no se atrevieron a tocar la misión (véase Gén 32:1-2; 2 Rey 6:16-17).

En la última batalla del mundo, la del Armagedón, el Señor vendrá con su ejército de ángeles, figurativamente montado a caballo como era la costumbre en los ejércitos antiguos, para liberar a su pueblo oprimido por las naciones apóstatas del mundo. “Tú, terrible eres tú. ¿Quién podrá estar ante ti cuando se encienda tu ira? Desde el cielo pronuncias juicio, la tierra se asusta y enmudece, cuando te levantas, oh Dios, en juicio, para salvar a todos los afligidos de la tierra” (Sal 76:7-9). El comandante celestial, el Verbo o “Palabra de Dios”, vendrá para ejecutar la sentencia del tribunal divino. Se nos dice de él que “con justicia juzga y hace guerra” (Apoc 19:11,13), porque trae con él la liberación de su pueblo (véase Apoc 17:14).

d) Para evitar la infatuación y la presunción. Tengo presente el caso de una familia en el que los padres dieron todo de sí a sus hijos para que no les faltara nada, y éstos terminaron fuera de la iglesia y burlándose de sus progenitores. Hasta hoy están manteniendo al mayor cuya edad no está lejana a los 40 años pues no trabaja, es inestable e incapaz de mantenerse a sí mismo. Este no es sino un ejemplo de los tantos que confirman vez tras vez que los hijos consentidos, a quienes se les da todo sin que nada les falte, suelen volverse desagradecidos. De allí la importancia para los padres de hacerles compartir las cargas del hogar.

En la historia del pueblo de Israel, Dios se puso a prueba también como educador de su pueblo. Cuando no estaban preparados para pelear, los hizo viajar por otro camino y así evitó que se desanimasen (Ex 13:17). Una vez que los preparó y, sin embargo, les faltó la fe, les hizo ver que él no iba a introducirlos en esas condiciones al lugar que les había prometido. Iban a tener que dejar el lugar a los hijos para que ellos, después de morir sus padres, experimentasen al entrar en la tierra prometida, la obra prodigiosa de Dios que sus progenitores habían conocido al liberarlos de Egipto, pero que ahora menospreciaban (Núm 14:26-35). Cuando decidieron pelear a pesar de advertirles que no les iba a ir bien, los dejó cosechar los resultados funestos de la desobediencia (Núm 14:39-45). También les hizo ver que debían sostener las manos de su dirigente si querían vencer en sus batallas (Ex 17:11-12).

Luego de darles una gran victoria haciendo caer las murallas de Jericó, los dejó acarrear el amargo resultado de infatuarse y creer que ni necesitaban consultar a Dios para combatir un pueblo insignificante como Hai. Debieron aprender que aún para las confrontaciones menores necesitaban su sabiduría. Se requería no sólo el *poder* divino para hacer caer murallas, sino también su *sabiduría* para la estrategia de la guerra (Jos 7). El Señor de ellos prefirió más de una vez liberarlos de sus enemigos a través de pocos, para evitar que terminasen creyendo que habían logrado vencer con su poder y sabiduría (Juec 7:2). Cuando vio que malinterpretaban sus

leyes y las consideraban demasiado rigurosas, los hizo servir a otros pueblos más fuertes para que viesen la diferencia que hay entre servir a Dios y servir al mundo (2 Crón 12:8).

Isaías entendió el método divino para educar a su pueblo cuando dijo: “En verdad, tú eres Dios que te escondes, Dios que salvas” (45:15). La Deidad parecía a menudo esconderse dejando solos a sus hijos en las confrontaciones que tenían con sus vecinos. Esperaba que se volvieran pidiendo su ayuda. Entonces intervenía para salvarlo.

El salmista resumió el propósito de Dios al sacarlos de Egipto e introducirlos en Canaán, y la realidad que se dio con ellos una vez que los estableció en la tierra prometida. “Sacó a su pueblo con gozo, con júbilo a sus elegidos. Les dio la tierra de las naciones, y heredaron las labores de esos pueblos; para que guardaran sus estatutos, y cumplieran sus leyes” (Sal 105:41-45). Pero “no destruyeron a los pueblos que el Eterno les ordenó, antes se mezclaron con las naciones, aprendieron sus obras, y sirvieron a sus ídolos, lo que causó la ruina de ellos” (Sal 106:34-36). “Los entregó en poder de las naciones, y los dominaron los que los aborrecían. Sus enemigos los oprimieron, y fueron quebrantados bajo su mano. Muchas veces los libró Dios, pero ellos se rebelaron contra su consejo, y fueron humillados por su maldad. Con todo, él miraba cuando estaban en angustia, y oía su clamor” (Sal 106:41-44).

“Cuando el Eterno les levantaba un juez, él estaba con el juez, y los libraba de los enemigos todo el tiempo de aquel juez, porque el Señor se conmovía por sus gemidos a causa de la opresión que sufrían. Pero cuando el juez moría, volvían a corromperse más que sus padres... Por eso el enojo del Eterno se encendió contra Israel, y dijo: ‘Por cuanto este pueblo traspasa mi pacto que ordené a sus padres, y no obedecen mi voz, tampoco echaré más delante de ellos a ninguno de los pueblos que dejó Josué cuando murió, para probar con ellos a Israel para que se viera si guardarían el camino del Eterno y andarían por él’ (Juec 2:18-23). ‘Esas naciones fueron dejadas para probar a Israel, para que se viera si obedecerían los mandamientos del Eterno’ (Juec 3:4).

Así pudieron ver también la razón por la cual Dios ordenó limpiar de sus habitantes la tierra de Canaán. Al perdonarles la vida desobedeciendo a Dios, los israelitas terminaron viendo que eso no llevó a esas naciones a cambiar sus prácticas abominables e idólatras. Por el contrario, sus seducciones terminaron corrompiendo a los hijos de Dios quienes no sólo se descarriaron con sus costumbres y prácticas abominables, sino que debieron sufrir también bajo su yugo cruel y opresor. Sólo mediante un arreglo de cooperación divino-humana, podría Dios lograr que su pueblo aprendiese a caminar. Como a un niño que da sus primeros pasos, dijo Dios, “yo enseñaba a andar a Efraín, tomándolo por los brazos; más ellos no comprendieron que yo los cuidaba” (Os 11:3).

Notemos las declaraciones de David al gigante, que resumen la manera en que podían librar las batallas del Señor. “El Eterno te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré... Toda esta multitud sabrá que el Eterno no salva con espada y lanza, porque ésta es una guerra del Eterno, y él os entregará en nuestras manos” (1 Sam 17:46-47). Dios obraba en proporción a la fe de su pueblo que se manifestaba en obras, en obediencia a su mandato. Había una combinación divino-humana en la batalla. La fe se fortalecía con el ejercicio, y se evitaba de esa manera caer en la infatuación y presunción que se dio cuando se corrompieron delante del Señor (véase 1 Sam 4).

“Mientras el pueblo confiara en el Señor, él combatiría por ellos y dominaría a sus enemigos; pero cuando no se apoyaran en él, cuando confiaran en su propia fortaleza, entonces serían aun más débiles que los que no tenían el conocimiento de Dios, y sus enemigos triunfarían sobre ellos... El poder divino ha de combinarse con el esfuerzo humano. Moisés no creyó que Dios vencería a sus enemigos mientras Israel permaneciese inactivo...” (PP, 305-6).

“El esfuerzo humano es completamente inútil sin el poder divino; y sin el empeño humano, el esfuerzo divino es en vano para muchos. Para hacer nuestra la gracia de Dios, tenemos que obrar nuestra parte. Se da su gracia para obrar en nosotros el querer y el hacer, pero nunca como un sustituto de nuestro esfuerzo” (LHU, 193). Así como en las batallas del pueblo de Israel, “toda la gloria se atribuye al gran poder de Dios, pero es a través de la unidad y cooperación de lo humano con lo divino que se hace posible el resultado. La humanidad, combinada con la divinidad, alcanza la eficiencia divina, y la obra es completa” (PC, 75).

e) Para abatir la soberbia de príncipes, pueblos y reinos. Los apologistas de la Inquisición católico-romana han recurrido a las leyes divinas que Dios dio al antiguo Israel para justificar las torturas y masacres impulsadas por el papado romano durante la Edad Media. Ya notamos algunas diferencias entre las guerras bíblicas y las del papado romano. Las guerras que Dios encomendó a su pueblo para apoderarse de Canaán no

tuvieron un trasfondo misionero, sino un cometido directo de juicio. Tuvieron también, luego de establecerse en la tierra prometida, un trasfondo de liberación que no encontramos en el accionar medieval romano que fue represivo e impositivo. Ahora veremos que mientras el papado romano ejerció un poder altanero, déspota y arrogante, contra gente humilde y fiel a Dios a quien le “hizo guerra” (Dan 7:25; Apoc 13:7), Dios ordenó antiguamente hacer guerra contra gente soberbia y orgullosa. Esta es una diferencia remarcable entre la teocracia genuina israelita y la teocracia blasfema que pretendió formar el papado romano para mantener su autoridad prepotente y arrogante.

- **La soberbia es el fundamento del gobierno de Satanás.** La lucha contra el orgullo y la soberbia la tenemos todos, porque todos hemos heredado la semilla de la rebelión que el ángel rebelde y príncipe usurpador de este mundo plantó en nuestros corazones. La rebelión se produce como resultado del engrandecimiento y auto ensalzamiento. Consiste en ambicionar una posición que no nos corresponde. De allí la tentación inicial de la serpiente a Eva: “seréis como Dios” (Gén 3:5). Fue lo que pretendió llegar a ser Lucifer en el cielo: “tú que decías en tu corazón, subiré al cielo, en lo alto, por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono..., sobre las altas nubes subiré, y seré semejante al Altísimo” (Isa 14:13-14).

De Lucifer se nos dijo que “el orgullo de su propia gloria le hizo desear la supremacía” (CS, 549). Y fue esa lucha por ser el más grande la que llevó a la humanidad y aún al pueblo de Dios a vivir en enemistad y permanente guerra. “La soberbia engendra contienda” (Prov 13:10). Se dice del rey de Babilonia que revivió aquí en la tierra el drama de Lucifer en el cielo. “Tú que abatías a las naciones” (Isa 14:12úp). Para lograr la supremacía, ser el mayor, el más prominente, y recibir el homenaje y adoración de todo el mundo, se requiere pasar por encima de todos los demás. Y en la lucha por ser el más grande, los hombres han vivido peleándose sin lograr jamás lo esperado, ya que siempre ha aparecido otro con la misma intención. Nos anima saber que en la crisis final, “ante el peligro común cesará la lucha por la supremacía” en el pueblo de Dios, “y no habrá disputas sobre quién debe ser considerado el mayor” (6 T, 401). Gracias a eso, “el pueblo de Dios se unirá y presentará al enemigo un frente unido” (*ibid*).

Ligado a la soberbia aparece en la Biblia la desobediencia a los mandamientos de Dios (Sal 119:21,85). Las calumnias, la “boca perversa” y “los labios mentirosos que hablan contra el justo cosas duras”, la violencia y el homicidio sin temor a Dios, la arrogancia, la burla y la riqueza, todo eso forma parte de la cadena sobre la cual se cimienta la soberbia (Sal 31:18, 59:12-13; 73:6-12; 119:78,122; Prov 8:13; 21:24). El que calumnia a otros es porque quiere sentirse superior y evitar que le hagan sombra. Si es religioso, camuflará esa soberbia diciendo como el fariseo: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano” (Luc 18:11). También se vincula la soberbia con la blasfemia, porque al intentar destruir al pueblo de Dios se pretende ocupar un lugar por encima del Dador de la vida (Apoc 13:5-7). Y como el Dios de Israel habitaba en medio de su pueblo, atacar a su pueblo significaba tocar “la niña de su ojo” (Zac 2:8).

Lucifer hizo patente su soberbia cuando atacó la ley de Dios y buscó así, enaltecerse por encima del Creador. Engañó a los ángeles diciéndoles que “el objeto que él perseguía era la abolición de la ley, para que libres de esta traba, las huestes del cielo pudiesen alcanzar un grado de existencia más elevado y más glorioso” (CS, 554). “Finalmente su corazón se llenó de amargura y resentimiento. Acusó a Dios de ser orgulloso y tirano. La discordia que su propio proceder había causado en el cielo, Satanás la atribuía al gobierno de Dios” (PP, 22). “Mediante la misma falsa representación del carácter de Dios que empleó en el cielo, para hacerle parecer severo y tiránico, Satanás indujo al hombre a pecar... El mismo espíritu que fomentara la rebelión en el cielo, continúa inspirándolo en la tierra” (CS, 554).

Todo ser humano tiene luchas interiores en donde se contraponen la soberbia y la sumisión a los mandamientos de Dios. Pero cuando esa lucha se vuelve desahogada y descontrolada, su pecado se define como cometido “a mano alzada” (Núm 15:30-31), con soberbia, lo que lleva a Dios a intervenir (especialmente en un contexto en donde el santuario divino estaba en medio de su pueblo). Un acto tal de desacato a la autoridad del cielo es verdadera soberbia, y se castiga con la muerte.

“La enemistad de Satanás contra la ley de Dios lo ha incitado a guerrear contra cada precepto del Decálogo” (PP, 349), y en general, “contra la Palabra de Dios” (2 MCP, 527; véase Apoc 11:3ss; 12:17). Por eso “está en guerra contra Cristo” también, “el divino Restaurador” (ST, 3-28-1900, 2), y “contra el remanente que se empeña en guardar los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesús” (2 T, 105). “Satanás y sus ángeles están en guerra contra nosotros, y estarán en guerra contra nosotros hasta el fin del mundo” (RH, 7-19-1892, 3). “En

esa guerra no hay alivio”, porque “Satanás trabaja contra la ley con energía incansable” (*BEcho*, 7-27-96, 3). “Los que se levantan para defender el honor de la ley de Dios serán el blanco de la enemistad de Satanás” (*ST*, 7-11-95, 10). “Él es un rebelde contra Dios y Cristo, y está determinado a guerrear contra ellos y contra los que son leales a ellos. Los odia a todos ellos con una amargura que es imposible de describir; y se complota contra las vidas de los que no puede engañar con sus estratagemas” (*RH*, 1-29-84, 3). Se verá al final que “los que aman y guardan los mandamientos de Dios son los más repugnantes para la sinagoga de Satanás, y los poderes del mal manifestarán su odio hacia ellos de la manera más extensa posible” (*7 BC*, 974).

Pero “Cristo fue nombrado para revertir la rebelión. Él hace de este mundo su campo de batalla” (*4 BC*, 1163). “El que es el gran Comandante en el cielo y en la tierra, ha limitado su poder” (el de Satanás) (*ST*, 11, 18-1886, 4). “El verdadero Pastor no permitirá que ninguno le sea arrancado de su mano. Toda alma que venga a él con sinceridad encontrará ayuda” (*5 MR*, 529).

Vimos que es la lucha por la supremacía y el poder la que produce las mayores guerras. ¿Cómo iba a hacer Dios para abatir la soberbia? En la Biblia vemos vez tras vez intervenir a Dios para abatir y humillar la soberbia de los príncipes y sus reinos. Mediante la sucesión de reyes y gobernantes, de sus reinos e imperios que serían abatidos por otros poderes después de ellos, Dios ponía un freno a la ambición y auto exaltación humana. De esta manera ha estado evitando que el mundo se precipite antes de tiempo a una condición equivalente a la que se dio antes del diluvio.

Llama la atención que los emperadores de este mundo llegasen hasta proclamarse dioses, accediendo a la misma tentación de Eva a quien la serpiente le dijo, “seréis como Dios”. Tenían en común el reclamo de la infalibilidad, y exigían que la gente se arrodillase delante de ellos. Por pretender que encarnaban a los dioses, la gente debía tributarles veneración y culto. ¿Qué es lo que se escondía detrás del deseo de recibir semejante exaltación? No solo querían la gloria de los hombres, sino un poder absoluto. Veamos cómo definió Dios esa ambición y cómo la abatió. La lección principal que nos enseña la historia bíblica es que toda soberbia será humillada (Luc 18:14).

- Para abatir la soberbia de los grandes imperios. El faraón de Egipto dijo: “Mío es el Nilo. Yo lo hice” (Eze 29:3). Dios hizo asolar su tierra “porque dijo: ‘Mi río, yo lo hice’” (v. 9). Por tratar con soberbia a su pueblo, Dios desoló su tierra (Neh 9:10). El Señor dijo de ese reino: “Cuando yo quebrante el poder de Egipto, cesará en ella la soberbia de su poderío, nublado la cubrirá, y los habitantes de sus aldeas irán en cautiverio. Castigaré, pues, a Egipto, y sabrán que Yo soy el Eterno” (Eze 30:18-19). Es con “la espada de los más crueles de las naciones” que Dios destruye “la soberbia de Egipto”. “Toda su multitud será deshecha” (Eze 32:12). “Se perderá el cetro de Egipto” (Zac 10:11). “También caerán los que sostienen a Egipto (Etiopía, Libia, Lidia...). La altivez de su fortaleza caerá... Caerán a espada—dice el Señor, el Eterno” (Eze 30:6).

El rey de Asiria (Senaquerib) blasfemó contra Dios enalteciéndose sobre él, y el Señor le respondió: “¿A quién has injuriado y blasfemado? ¿Contra quién has levantado tu voz y tus ojos? Contra el Santo de Israel... Por cuanto te has airado contra mí, y tu arrogancia ha subido a mis oídos, yo pondré mi anzuelo en tu nariz, y mi freno en tu boca, y te haré volver por donde viniste... Aquella misma noche salió el Ángel del Eterno y mató a 185.000 hombres en el campamento asirio” (2 Rey 19). El Señor prometió: “Castigaré la soberbia del rey de Asiria, y la altivez de sus ojos. Porque dijo: ‘Con el poder de mi mano lo hice, y con mi sabiduría’” (Isa 10:12-13). “¿Se ensoberbece la sierra contra el que la mueve?” (v. 15). El Señor decretó: “La soberbia de Asiria será derribada” (Zac 10:11).

El rey de Babilonia dijo: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué con la fuerza de mi poder, para residencia real y para gloria de mi grandeza?” (Dan 4:30). “Y el Señor lo humilló” (v. 37). “Cuando su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció con orgullo, fue depuesto del trono real y despojado de su gloria” (5:20). “Y tú, su hijo Belsasar”, dijo Daniel al último rey de ese imperio, “sabiendo todo esto, no has humillado tu corazón. Antes contra el Señor del cielo te has ensoberbecido”. Por tanto, “tu reino ha sido roto, y dado a medos y persas” (Dan 5:v.22-23,28). Ya el profeta Jeremías lo había anticipado cuando habló de parte de Dios diciendo: “Juntad flecheros contra Babilonia... Pagadle según su obra... Porque contra el Eterno se ensoberbeció, contra el Santo de Israel” (Jer 50:29). “Aquí estoy contra ti, oh soberbio—dice el Señor, el Eterno Todopoderoso—porque tu día ha venido, el tiempo en que te castigaré. El soberbio tropezará y caerá, y no tendrá quien lo levante” (Jer 50:31-32).

El profeta Isaías vio detrás del rey de Babilonia al diablo mismo, y anticipó su final abatimiento y destrucción. “Toda tu soberbia... descendió al sepulcro, gusanos serán tu cama, y gusanos te cubrirán. ¿Cómo

caíste del cielo, oh Lucero, hijo del alba! Fuiste echado por tierra, tú que abatías a las naciones. Tú que decías en tu corazón: ‘subiré al cielo, en lo alto, por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono... Sobre las altas nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Pero fuiste derribado hasta el sepulcro, al más profundo abismo’ (Isa 14:11-15).

- **Para abatir la soberbia de los reinos vecinos.** Refiriéndose a *Edom* dijo el Señor: “Tu arrogancia y la soberbia de tu corazón te engañaron, tú que habitas... en la altura del monte. Aunque alcas como águila tu nido, de allí te haré descender”. “Porque te haré pequeño entre las naciones, menospreciado entre los hombres” (Jer 49:15-16). “Tú dices en tu corazón: ‘¿quién me derribará a tierra?’ Aunque te encarames como águila, y entre las estrellas pongas tu nido, de ahí te derribaré” (Abd 2-4).

“Hemos oído *la soberbia de Moab*; muy grandes son su soberbias, su arrogancia y su petulancia; pero no serán firmes sus mentiras” (Isa 16:6). “Hemos oído de la soberbia de Moab. ¡Muy soberbio!; de su arrogante orgullo, su altivo y altanero corazón. Conozco—dice el Eterno—su cólera; pero no tendrá efecto, sus jactancias no le aprovecharán” (Jer 48:29-30). “Moab será destruido hasta dejar de ser nación, porque se engrandeció contra el Eterno” (v. 42). “He puesto fin a la canción... Será abatida la gloria de Moab, con toda su gran multitud. Y los sobrevivientes serán pocos, pequeños y débiles” (Isa 16:10,14). “Moab será pisoteado, como se pisotea la paja en un basural”. Intentará escapar, pero Dios “abatirá su soberbia a pesar de la pericia de sus manos. Abatirá la fortaleza y la echará en tierra, hasta el polvo” (Isa 25:10-12). “Esto les vendrá por su soberbia, porque afrentaron al pueblo del Eterno Todopoderoso, y se engrandecieron contra él. Terrible será el Eterno contra ellos. Destruiré a todos los dioses de la tierra” (Sof 2:8-11).

Contra *Tiro*, “la que repartía coronas”, dice el Señor: “El Eterno Todopoderoso lo decretó, para humillar la soberbia de toda gloria, y abatir a todos los ilustres de la tierra” (Isa; 23:9). Eran comerciantes, pero “el Señor la empobrecerá, lanzará sus riquezas al mar” (Zac 9:3-4). Dijo también el Señor: “Yo talaré la soberbia de los *filisteos*” que aún vivían al sur de Palestina (v. 6).

La soberbia del pueblo de Israel. Era una costumbre entre los gauchos y criollos del cono sur, y entre los pistoleros del hemisferio norte, tomar vino para darse valor y coraje. Es por eso que la Biblia vincula también la borrachera con la soberbia. Aunque la relación de la soberbia con el vino tiene que ver también con una vida opulenta que no se interesa en Dios.

“¡Ay de la corona soberbia de los ebrios de *Efraín*..., de los aturdidos del vino!” Uno más poderoso que él lo derribará a tierra, “con los pies pisoteará la corona de soberbia de los borrachos de Efraín” (Isa 28:1,3; véase Hab 2:4-5). “Sus príncipes caerán a espada por su lengua insolente” (Os 7:16). Por tener buenos “pastos” y saciarse abundantemente “se ensoberbeció su corazón” y “se olvidaron de” Dios (13:6). Su “espíritu de fornicación” “no les permite volver a su Dios” y ni “le conocen”. Aunque lo invoquen, “su soberbia... lo desmiente en su cara”, y arrastra a Judá consigo en su maldad (5:4-5; 7:10). Dios les extiende una red para que caigan víctimas de sus enemigos (7:12). “Soberbia, hartura de pan y abundancia de ociosidad tuvo ella y sus hijas... Se llenó de soberbia y cometió abominaciones ante mí. Y las quité”, sentenció el Señor.. Pero Judá fue más lejos aún (Eze 16:49-50), y ni siquiera mencionó a Samaria “en el tiempo de” su “soberbia” (v. 56).

En *Judá* hasta “las hijas de Sión se han ensoberbecido, y andan con el cuello erguido...” (Isa 3:16), lo que lleva al Señor finalmente a raparles la cabeza y descubrir sus vergüenzas (v. 17). Todos sus cosméticos, por cierto abundantes, serán destruidos con ellas, trayendo hediondez en lugar de perfume aromático (v. 18-24). Esa es una referencia a la cautividad. “La belleza de sus joyas fue el objeto de su soberbia. Con ellas fabricaron sus abominables ídolos. Por eso se los convertí en basura” (Eze 7:20). “Así haré que se pudra la soberbia de Judá, y la mucha soberbia de Jerusalén..., pueblo malo que no quiere oír mis palabras, que anda en la terquedad de su corazón, en pos de dioses ajenos” (Jer 13:9-10). El profeta clama al pueblo a que se humille, porque “la corona de la gloria de ellos” cayó “de su cabeza” (v. 16-18).

Ya en el desierto había manifestado el pueblo de Dios su orgullo y soberbia, lo que se evoca siglos después para justificar a Dios en su castigo y llamar al pueblo a abandonar ese espíritu (Neh 9:16,29; véase Deut 1:43). Cuando reverdeció “la soberbia”, llegó su fin (Eze 7:10). “Haré cesar la soberbia de los poderosos”, dice el Señor, trayendo “a los más perversos de las naciones” para apoderarse de sus casas y destruirlos (v. 24). La sentencia divina es: “Convertiré el país en desierto y soledad, y cesará la soberbia de su poderío” (Eze 33:28).

- **La soberbia del anticristo romano.** El mismo espíritu soberbio heredaría el anticristo romano predicho por Daniel y Juan en el Apocalipsis. Su predicción se cumplió admirablemente durante la Edad Media. El papado

romano heredó el trono de los césares romanos y sus títulos, y fue más allá aún proclamándose “vicario de Dios” y de su Hijo en la tierra. El pretender ocupar el lugar de Dios en forma blasfema, cambiando la ley de Dios (Dan 7:25), y adoptando títulos que pertenecen exclusivamente a Dios, hizo que la profecía lo describiese como “un rey altivo de rostro” que se consideraría “superior”, al punto de levantarse “contra el Príncipe de los príncipes”. Pero su auto ensalzamiento sería quebrantado (Dan 8:23,25). “El rey hará su voluntad, se ensoberbecerá y se exaltará sobre todo dios. Hablará terribles ofensas contra el Dios de los dioses... Del Dios de sus padres no se cuidará..., sino que se exaltará sobre todo... Pero llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude” (Dan 11:36-39,45).

El apóstol Pablo también destacó que ese anticristo se iba a sentar “sobre el templo de Dios haciéndose pasar por Dios”, es decir, en medio de la iglesia cristiana, hasta que el Señor lo destruyese en su Segunda Venida (2 Tes 2:4,8). Y el Apocalipsis lo describe como logrando la admiración y adoración de prácticamente toda la tierra, mientras “hablaba palabras arrogantes y blasfemias” antes de ser destruido (Apoc 13:3-10; 19:19-20).

- La soberbia del fin del mundo. El apóstol Pablo anunció que en el fin del mundo se multiplicarían los soberbios y los altivos de corazón (2 Tim 3:2; véase Rom 1:30). “Porque todo lo que hay en el mundo”, dijo Juan, “los malos deseos de la carne, la codicia de los ojos y la soberbia de la vida—no procede del Padre, sino del mundo” (1 Jn 4:16; véase Mat 7:22). “El malo se jacta... y desprecia al Eterno. Por la altivez de su rostro, el malo no busca a Dios, no hay Dios en ninguno de sus pensamientos” (Sal 10:3-4). Por tal razón “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Sant 4:6; 1 Ped 5:1). Podrán pretender creer en Dios, pero se mofan de él por su comportamiento. Por eso advirtió Salomón que “mejor es humillar el espíritu con los humildes que repartir despojos con los soberbios” (Prov 16:19).

En el fin del mundo “la altivez de los ojos del hombre será abatida, la soberbia de los hombres será humillada; y sólo el Eterno será exaltado en aquel día. Porque el día del Eterno Todopoderoso vendrá sobre todo soberbio y altivo; y sobre todo ensalzado, y serán abatidos” (Isa 2:11-12). El profeta compara la arrogancia de la gente con “los cedros del Líbano altos y erguidos...”, con “todos los montes altos, y... los collados elevados”; con “toda torre alta... y muralla fortificada”. “La altivez del hombre será abatida, y la soberbia de los hombres será humillada. Sólo el Eterno será exaltado en aquel día” (Isa 2:13-17). “Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad. Terminaré con la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes” (Isa 13:11). “Dejaos del hombre, cuyo aliento está en su nariz, porque, ¿de qué vale realmente?” (Isa 2:22).

A su pueblo promete el Señor para entonces: “En aquel día no serás avergonzada... porque quitaré de tu medio a los que se jactan con soberbia, y nunca más te engrerás en mi santo monte. Dejaré en medio de ti un pueblo manso y humilde, que confiará en el nombre del Eterno. El remanente de Israel no cometerá injusticia, ni dirá mentira, ni en su boca hallará lengua engañosa [véase Apoc 14:5]. Serán apacentados y dormirán, y no habrá quien los atemorice” (Sof 3:11-13). “Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra” (Mat 5:5; cf. Sal 37:11).

Aquí en la tierra podemos ser tentados a decir a veces: “Dichosos los soberbios, porque hacen impiedad, y prosperan. Hasta desafían a Dios y quedan sin castigo” (Mal 3:15). Pero cuando Dios haga justicia sobre el mundo, “volveréis”, dice el Señor, “y veréis que hay diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios, y el que no le sirve” (v. 18). “Todos los soberbios... serán estopa” en “el día ardiente como un horno” que el Señor tiene preparado para el fin del mundo. “Ese día... los abrasará, y no quedará de ellos ni raíz ni rama” (Mal 4:1). “Si subiere su altivez hasta el cielo..., con su estiércol perecerán para siempre” (Job 20:6). “Levántate, oh Juez de la tierra, da el pago a los soberbios... ¿Hasta cuándo se jactarán, hablarán palabras arrogantes, y se vanagloriarán todos los que obran iniquidad?” (Sal 94:2-4).

- El pecado más odioso y más incurable. Todos los pecados son ofensivos a la vista de Dios, pero el más odioso e incurable es el pecado de “la altivez de ojos y orgullo de corazón” (Prov 21:4). De no mediar arrepentimiento y conversión, los que son así serán castigados con la muerte eterna. “¿Dónde está, pues, la jactancia? Queda eliminada” por una vida de fe (Rom 3:27).

“El más desesperado e incurable de todos los pecados es el orgullo, la suficiencia propia” (ST, 4-9-1902, 1). A diferencia de Saúl quien no tuvo enredos sexuales, David alcanzó perdón porque se humilló delante de Dios, aún siendo rey y poseyendo plenos poderes como los que ostentaban los monarcas en ese entonces (Sal 32, 51). Los publicanos y las prostitutas van delante de vosotros al reino de los cielos”, dijo el Señor a los fariseos orgullosos, no por los pecados que cometían, sino porque no tenían justicia propia ni siquiera delante de los

hombres, y estaban más cerca de apreciar y recibir la gracia de Dios. “No hay nada tan ofensivo a Dios o tan peligroso para el alma humana como el orgullo y la suficiencia propia. De todos los pecados es el más desesperado, el más incurable” (COL, 154).

Fue para exponer lo horrendo de ese pecado y desenmascararlo que vino el Hijo de Dios. Dio su vida revelando la humildad y abnegación divinas. El universo vio entonces “que mientras Lucifer había abierto la puerta al pecado debido a su sed de honores y supremacía, Cristo, para destruir el pecado, se había humillado y hecho obediente hasta la muerte” (CS, 557). “Mientras la cruz del Calvario proclama el carácter inmutable de la ley, declara al universo que la paga del pecado es muerte. El grito agonizante del Salvador: ‘Consumado es’, fue el toque de agonía para Satanás. Fue entonces cuando quedó zanjado el gran conflicto que había durado tanto tiempo y asegurada la extirpación final del mal” (CS, 558).

“Entonces fue cuando la culpabilidad de Satanás se destacó en toda su desnudez. Había dado a conocer su verdadero carácter de mentiroso y asesino. Se echó de ver que el mismo espíritu con el cual él gobernaba a los hijos de los hombres que estaban bajo su poder, lo habría manifestado en el cielo si hubiese podido gobernar a los habitantes de éste. Había aseverado que la transgresión de la ley de Dios traería consigo libertad y ensalzamiento; pero lo que trajo en realidad fue servidumbre y degradación” (CS, 556).

- Exhortación. “Al contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”, exclamó David aún en su condición de rey y con poderes humanos omnímodos (Sal 51:17). “El Eterno está cerca de los quebrantados de corazón, y salva a los contritos de espíritu” (Sal 34:18). “Porque así dice el Alto y Sublime...: ‘Yo habito en la altura y en la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para dar vida al espíritu de los humildes, y vivificar el corazón de los quebrantados’ (Isa 57:15). “El que se enaltece será humillado, y el que se humilla, será enaltecido” (Luc 18:14).

“Haya en vosotros el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús. Quien, aunque era de condición divina..., se despojó de sí mismo, tomó la condición de siervo, y se hizo semejante a los hombres. Y al tomar la condición de hombre se humilló a sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un Nombre que es sobre todo nombre, para que en el Nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para la gloria de Dios el Padre” (Filip 2:5-13).

“¿Con qué me presentaré al Eterno, y adoraré al excelso Dios? ... Oh hombre, el Señor te ha declarado qué es lo bueno, y qué pide de ti. Sólo actuar con justicia, y andar humildemente con tu Dios” (Miq 6:6-8).

13. Consejos divinos para la guerra

Cuando Danielito tenía tres años, vino llorando porque unos chicos de tal vez cinco años le habían pegado mientras jugaban. Los otros vinieron detrás de él y esperaban mi sentencia. Como no sabían castellano, le hablé a mi hijito a sus espaldas, frente a los otros chicos, diciéndole: “Si ellos te pegaron, entonces dales un palo por la cabeza”. Quedé sorprendido al verlo levantar en el acto el palo que tenía en la mano, con los otros dos chicos sin entender nada frente a nosotros. Al momento de bajar ese palo con toda naturalidad sobre la cabeza de ellos, le tomé el bracito y le dije: “No, no lo hagas, porque ellos son más grandes que tú, y después no vas a poder jugar más con ellos. Les voy a decir que no se burlen de ti y te tengan paciencia, ya que todavía no hablas inglés”. Al rato siguieron jugando.

No voy a decir qué papel jugué allí, si del diablo o de Dios, o de ambos sucesivamente. Pero más de una vez pensé en la manera en que influyen en nosotros los dos líderes invisibles del gran conflicto, a través de sus ángeles, y a través del Espíritu de Dios en el caso de Dios mismo. ¿Cómo podemos calibrar la naturaleza del consejo que susurran a nuestra conciencia, o a nuestro corazón? Por la Palabra de Dios. Por tal razón se nos ha aconsejado tener el corazón bajo constante escrutinio, para que no se inflame repentinamente causando un gran incendio. “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte, y el que se enseñorea de su espíritu que el que toma una ciudad” (Prov 16:32).

El sabio Salomón reconoció que “los planes se afirman con el consejo, y la guerra se hace con sabia dirección” (Prov 20:18). Ya su padre David había reconocido que fue Dios quien adiestró sus “manos para la batalla, y” sus “dedos para la guerra” (Sal 144:1). El dicho español que dice “mas vale maña que fuerza”, fue ya mucho antes expresado por Salomón con otras palabras. “Mejor es la sabiduría que las armas de guerra” (Ecl 9:18).

El capítulo 20 del libro de Deuteronomio resume algunos consejos que el Señor dio a su pueblo frente a la guerra que iban a tener que enfrentar al dirigirse a la tierra que les había prometido. ¿Iban a hacer como las demás naciones, o tendrían otros principios para enfrentar a los príncipes enemigos? El capítulo está encabezado con la siguiente declaración: “Cuando salgas a la guerra contra tus enemigos, y veas caballos y carros, un ejército más numeroso que el tuyo, no les tengas temor...”

a) Tener fe, que es equivalente a no tener temor. Siempre me llamó la atención el hecho de que, en su viaje a la tierra prometida, Dios decidiese conducir a su pueblo por el camino más largo, penoso y difícil desde la perspectiva geográfica. Así evitó que su pueblo se acobardase al tener que enfrentar de entrada la guerra. Mi inquietud tenía que ver con la facultad y poder divinos de liberar a su pueblo tan ciertamente como lo había hecho de un imperio más poderoso como lo era Egipto.

¡Sí, es cierto! Dios puede obrar y su pueblo ver el resultado del poder de Dios. Vez tras vez vemos a Dios interviniendo de una manera tal que el pueblo no tuvo más que agradecer por su liberación. Pero en el relato del viaje de los israelitas hacia la tierra prometida, vemos que Dios tiene ciertos principios que requiere que su pueblo los ponga en obra antes de intervenir en su favor. Aunque está dispuesto a intervenir para liberar a su pueblo cuando éste no tiene alternativa alguna, como en Egipto; no desea consentir a su pueblo de una manera tal que desaproveche las oportunidades que Dios le da.

Una vez que Dios compartió con su pueblo las leyes de su gobierno, y los organizó como un pueblo y un ejército, les dio la orden de emprender la marcha para conquistar la tierra de Canaán. “Bastante habéis rodeado este monte. Volveos al norte” (Deut 2:3). Iban a tener que enfrentarse con enemigos más poderosos (Núm 13-14), por lo que les exhortó a tener fe en él. “No les tengas temor”, les dijo el Señor, “porque el Eterno tu Dios, está contigo” (Deut 20:1). Y a Josué le dijo que se requería valentía para guardar la ley de Dios y poner en práctica la Palabra divina: “Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente. No temas ni desmayes, porque el Eterno tu Dios estará contigo donde quiera que vayas” (Jos 1:6-9).

La fe vence el temor, porque sabe que Dios está con el que la ejerce. “Por la fe cayeron las murallas de Jericó... ¿Y qué más diré? El tiempo me faltará para contar de Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas, que por la fe conquistaron reinos..., sacaron fuerza de la debilidad, fueron valientes en batallas y rechazaron ejércitos extranjeros...”, y fueron “aprobados por el buen testimonio de su fe” (Heb 11:30-39).

La lucha desesperada de los que quieren alcanzar el poder buscan un soporte numérico. Las religiones se están uniendo para poder influir sobre el estado e imponer sus dogmas. Los gobernantes en los sistemas democráticos necesitan el consenso del pueblo que los vota. Pero en el caso de los israelitas debían confiar en Dios, porque el que cuenta con Dios es mayoría. Cuando vinieron los ejércitos tan numerosos de los asirios, el rey Ezequías se preparó y alentó al pueblo con las siguientes palabras. “¡Esforzados y animaos! No temáis, ni tengáis miedo del rey de Asiria, ni de toda la multitud que viene con él. Porque **hay más con nosotros que con él**. Con él está el brazo de carne, pero con nosotros está el Eterno nuestro Dios, para ayudarnos y pelear nuestras batallas’. Y el pueblo confió” (2 Crón 32:7-8). Un solo ángel bastó para destruir 185.000 hombres de ese ejército altivo (v. 20-23).

Cuando vino el tremendo ejército sirio para apresar a Eliseo, su siervo exclamó angustiado: “¡Señor mío! ¿Qué haremos?” El profeta le respondió: “No temas. Porque **más están con nosotros que con ellos**... Entonces el Eterno abrió los ojos del criado, y vio el monte lleno de gente [ángeles] de a caballo y de carros de fuego alrededor de Eliseo” (2 Rey 6:15-16). Es sobre la debilidad del hombre que a Dios le encanta demostrar su poder, porque se confía en él y Dios lo defiende. “Al contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”, reconoció un valiente como David (Sal 51:17; véase Is 57:15). “El ángel del Eterno acampa en derredor de los que le temen, y los defiende” (Sal 34:7). Por eso dijo Pablo que prefería gloriarse de sus debilidades para que la omnipotencia divina obrase más libremente a través de él (2 Cor 12:9-10).

También Josafat había experimentado el poder de Dios cuando se juntaron todos los pueblos del otro lado del Jordán para pelear sin causa contra su reino. “En nosotros no hay fuerza contra tan grande multitud que viene contra nosotros”, reconoció el rey. “No sabemos qué hacer, pero a ti volvemos nuestros ojos” (2 Crón 20:12). Israel nunca los había atacado de manera que la historia los favorecía (v. 10). Y siendo que Dios los había establecido en ese lugar, Josafat reconoció la grandeza y el poder de Dios quien gobierna por encima de todos los reinos. “*Tú riges todos los reinos de las naciones. En tu mano están el poder y la fuerza, y no hay quien te resista.* Dios nuestro, ¿no echaste tú a los habitantes de esta tierra delante de tu pueblo Israel?” (v. 6-7). La

respuesta vino mediante un profeta quien dijo: “No temáis ni os amedrentéis ante esta gran multitud; porque la guerra no es vuestra, sino de Dios” (v. 15). Dios trastornó las espadas del ejército enemigo de tal manera que se mataron entre ellos (v. 22-23).

Veza tras veza dice la Biblia que la guerra y la venganza son de Dios. “Clamaron a Dios en la guerra, y les fue favorable” (1 Crón 5:20), “porque la guerra era de Dios” (v. 22). David dijo a Goliat: “Tú vienes a mí con espada, lanza y jabalina, pero yo vengo a ti en el nombre del Eterno Todopoderoso, el Dios de los escuadrones de Israel, que tú has provocado. El Eterno te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré... Y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel... Y toda esta multitud sabrá que el Eterno no salva con espada y lanza, porque del Eterno es la guerra, y él os entregará en nuestras manos” (1 Sam 17:45-47). De allí en adelante, Dios lo llamó para hacer “las guerras del Eterno” (1 Sam 18:17; 25:28). ¡Cuidémonos de no emprender una lucha por nuestra cuenta, no sea que terminemos peleando contra “el Señor de los ejércitos”.

- ¿Cuáles eran las armas de guerra del Señor? El Señor había prometido que él iba a arrojar las naciones de delante de ellos, y lo cumplió (Ex 34:24). Sorprenden los métodos sencillos que Dios puede usar para decidir una batalla. Aparte de los ángeles que obraban en forma invisible, su ejército estaba constituido por avispas, y sus proyectiles mortales los formaba en las nubes de granizo (Jos 10:11; véase Ex 9:18,22-26). Hasta la luna y el sol debieron obedecerle cuando debió alargarse el día para completar la victoria (Jos 10:12-14). Así también en el fin del mundo, Dios recurrirá a su ejército natural que él hizo y formó en la semana de la creación (Apoc 16). No faltarán tampoco las otras armas que usó en la conquista de Canaán. “¿Has visto los almacenes del granizo que tengo reservados para el tiempo de angustia, para el día de la guerra y la batalla?” (Job 38:22-23; Apoc 11:19; 16:21).

Continuó diciendo el Señor: “Si en tu corazón pensaras: ‘Estas naciones son más numerosas que yo, ¿cómo las podré desalojar?’ No les tengas miedo”. Debían acordarse de las grandes señales que Dios hizo en Egipto para liberarlos. “Enviaré la avispa delante de ti, que ahuyente” a tus enemigos” (Ex 23:28). “El Eterno tu Dios enviará sobre ellos avispas, hasta que perezcan los que queden y los que se hayan escondido” (Deut 7:17-20). “No desmayes ante ellos, que el Eterno tu Dios está en medio de ti. Dios grande y temible... Las entregará ante ti, y él las quebrantará con gran destrozo, hasta que sean destruidos” (Deut 7:21,23). Es el Señor quien libra “en la guerra del golpe de la espada” (Job 5:20).

Hubo también ocasiones en las que Dios confundió las espadas de los enemigos, de tal manera que se matasen entre ellos. La historia de los 300 de Gedeón (Juec 7:22), y la historia de Josafat (2 Crón 20:22), nos muestran cuán fácil puede el Cielo desbaratar y destruir los planes de los enemigos de su pueblo. “No tendréis que pelear en esta ocasión”, dijo el profeta al rey. “Apostaos, quedad quietos, y ved la salvación que el Eterno os dará” (2 Crón 20:17).

Así también, en la confrontación final de la predicación del último mensaje divino a un mundo rebelde, “Dios empleará formas y medios que nos permitirán ver que él está tomando las riendas en sus propias manos. Los obreros *se sorprenderán por los medios sencillos* que utilizará para realizar y perfeccionar su obra en justicia” (TM 300; EUD, 207). “Cuando el poder divino se combine con el esfuerzo humano, la obra se propagará como fuego en el rastrojo. Dios *empleará instrumentos cuyo origen no podrá discernir el hombre*: ángeles harán una obra que los hombres podrían haber tenido la bendición de realizar si no hubieran sido descuidados en responder a las demandas de Dios” (1 MS 138; EUD, 211).

- Los valientes que hicieron las guerras del Eterno con David. Desde niño se nos contó de la *fuerza sobrehumana* de Sansón, de cómo Dios puede librar a través de un solo hombre capaz de destruir miles de una vez. Aunque su caso parece haber sido el más llamativo, hubo otros valientes sobre quienes también “descendió el Espíritu del Señor” (Juec 4:16; 15:14; 1 Crón 12:18), y obraron prodigios matando a decenas y cientos de miles de entre los ejércitos enemigos (2 Sam 23:8-39; 1 Crón 11:10-47). Isaías entendió este proceder divino-humano también cuando dijo: “El enemigo vendrá como río crecido, pero el Espíritu del Señor levantará bandera contra él” (Isa 59:19).

David mismo sentía la diestra de Dios en su propia diestra, el poder divino para librar las batallas del Señor (Sal 16:8; 80:17). “He puesto el poder de socorrer sobre un valiente... Hallé a David mi siervo... Mi mano será firme en su favor, mi brazo también lo fortalecerá. Ningún enemigo lo avasallará, ni el malvado lo humillará. Yo quebrantaré ante él a sus enemigos, heriré a los que lo aborrecen... y en mi Nombre será exaltado su poder” (Sal 89:19-24).

Cuando Dios lo ungió como rey de su pueblo, su fama de guerrero ya se había extendido, de tal manera que las naciones se complotaron en el acto contra él (Sal 2; cf. 1 Crón 14:8). Pero Dios le trajo gente valiente que se unió a él, y lo libró de cuantiosos ejércitos que vinieron para acabar con la nación israelita. Eran “los valientes que ayudaron en la guerra. Estaban armados de arcos, y usaban ambas manos para tirar piedras con la honda, y saetas con el arco... Hombres de guerra muy valientes para pelear, diestros con escudo y lanza. Tenían aspecto de leones, y ligeros como gacelas monteses”. Le dijeron a David: “Tu Dios te ayuda”. “Por entonces, todos los días venía ayuda a David, hasta que tuvo un gran ejército, como ejército de Dios” (1 Crón 12:1-2,8). Y cuando en determinado momento consultó al Eterno, el Señor le dijo: “Cuando oigas un estruendo de marcha por las copas de las balsameras, entonces te moverás, porque *el Eterno saldrá delante de ti, para herir el campamento de los filisteos*” (2 Sam 5:24).

Lo que llama la atención en todos esos valientes es que, como David, daban tributo a Dios por su poder y bravura. “Ahora veo que el Señor guarda a su ungido. Le responde desde su santo cielo con la victoriosa fuerza de su diestra. Algunos confían en carros y otros en caballos, pero nosotros confiamos en el Nombre del Eterno, nuestro Dios. Ellos flaquean y caen, pero nosotros nos levantamos y nos mantenemos en pie” (Sal 20:6-8). “Tú, con tu mano *echaste a las naciones*, y los plantaste a ellos [los israelitas], afligiste a los pueblos, y *los arrojaste*. Porque no se apoderaron de la tierra con su espada, ni su brazo los libró, sino tu diestra, tu brazo y la luz de tu rostro; porque tú los amabas. Tú, oh Dios, eres mi rey, que *ordenas las victorias de Jacob*. Por medio de ti *sacudiremos a nuestros enemigos*. En tu Nombre *hollaremos a nuestros adversarios*. Porque no confiaré en mi arco, ni mi espada me salvará. Pues tú nos salvabas de nuestros enemigos, y avergonzabas a los que nos aborrecían. En Dios *nos gloriaremos* en todo tiempo, para siempre alabaremos tu Nombre” (Sal 44:2-7).

“Todas las naciones me cercaron, pero en el Nombre del Eterno las destruí. Me cercaron y me asediaron, pero en el Nombre del Eterno las destruí. Me rodearon como abejas, como fuego de espinos, pero en el Nombre del Eterno las destruí. Me empujaron con violencia para que cayera, pero el Señor me ayudó. Mi fortaleza y mi canción es el Eterno. El ha sido mi salvación. Voz de júbilo y de salvación hay en las tiendas de los justos. ¡*La diestra del Eterno hace proezas!* No moriré, sino que viviré, y contaré las obras del Señor” (Sal 118:10-17).

Cuando cierta vez Joab, su general, se vio cercado por delante y por detrás en un complot de naciones contra él, dividió el ejército en dos, uno mirando para adelante, y otro para atrás, y dijo a su hermano a quien puso al comando de la otra mitad de su ejército de valientes: “Esfuézate y esforcémonos por nuestro pueblo, y por las ciudades de nuestro Dios, y el Eterno haga lo que bien le parezca” (2 Sam 10:9-12; 1 Crón 19:13). Y dispersaron a los enemigos obteniendo una gran victoria. Pero, ¡qué linda expresión, tan llena de fe! No pusieron condiciones a Dios. No le exigieron nada. Se encomendaron a él, cumplieron con su voluntad, emprendieron la batalla y dejaron con él los resultados. Y el Señor obró.

Con esos “valientes de David” (2 Sam 23:8), “el Eterno daba la victoria a David dondequiera que iba” (2 Sam 8:6,14; 1 Crón 18:6,13). Tuvo tres de ellos que no fueron igualados por ninguno de los demás por su bravura (1 Crón 11:21). “Joseb Basebet el tacmonita, el jefe de los tres,” “blandió su lanza contra ochocientos hombres, y los mató en un solo combate”. El segundo fue Eleazar hijo de Dodo de Ahoi, quien “se mantuvo firme” cuando los demás retrocedieron, hasta que su espada se le quedó incrustada en su mano. “Aquel día el Eterno obró una gran victoria, y el ejército volvió sólo para juntar el botín”. El tercero fue Sama, hijo de Age ararita. Cuando el ejército huyó ante los filisteos, él se paró en medio de un campo sembrado de lentejas y lo defendió, hiriendo a sus enemigos. “Y el Eterno otorgó una gran victoria” (2 Sam 23:8ss; véase Deut 3:22).

De entre los treinta que siguieron a estos tres en valentía estuvo Benaía hijo de Joiada, “el más distinguido de los treinta”, quien “venció a un egipcio de cinco codos de estatura (2.30 mts). El egipcio traía una lanza como un rodillo de tejedor. Pero Benaía fue a él con un bastón, le arrebató la lanza de la mano, y lo mató con ella” (1 Crón 11:22-24). Otros valientes mataron a los gigantes filisteos. Elhanán hijo de Jair mató al hermano de Goliat que tenía una gran lanza. Jonatán, sobrino de David, mató a un gigante “de gran estatura” que tenía 24 dedos en pies y manos (1 Crón 20:4-8).

Es difícil imaginarse que hombres tan aguerridos pudieran mantenerse humildes delante de Dios, de tal manera que reconociesen siempre que las guerras que emprendían, así como sus victorias, eran del Señor. Pero las guerras templaban el carácter de esa gente, así como su fe y confianza en Dios. “*Todos estos hombres de guerra*, dispuestos a pelear, fueron a Hebrón *con íntegro corazón*, para proclamar a David por rey sobre todo Israel” (1 Crón 12:38). Eran rectos de corazón, y Dios podía obrar a través de ellos. No tenían dobleces ni falsedad en su conducta. Fue cuando David no fue cierta vez a la guerra, que se descuidó y cayó víctima de la codicia, manchando su foja notable de servicios a la causa del Señor (2 Sam 11).

¡Cuántas mujeres, cuántos niños, cuántos mancebos habrán estado temblando y orando por lo que pasaba en la batalla! Pero gracias a Dios porque les suscitó gente tan valerosa que les dio paz en toda la tierra en la que habitaban. Fue de esa manera que batieron a centenares de miles que venían contra la tierra que el Señor había jurado dar a los descendientes de Abraham. Y a través de David, como lo había hecho parcialmente a través de Josué (Jos 1:13; 22:4), Dios les dio reposo (2 Sam 7:1; 1 Crón 23:25), un símbolo del reposo celestial que el Señor nos dará luego que un Hijo de David e Hijo de Dios también, venga de los cielos para librar la batalla final (Heb 4).

b) Los cobardes e irresolutos debían volverse (Deut 20:5-8). El número en un ejército puede transformarse en una traición, como sucedió con el ejército que armó Absalón para destruir a su padre y heredar su trono. Unos pocos bastaron para desbaratarlo (2 Sam 17:11; 18:1,7-8). De ir a la guerra los medrosos e indecisos serían para estorbo y derrota. Por tal razón Dios requirió a Gedeón despedir a los 32.000 hombres que habían respondido a su llamado para la guerra, quedando únicamente 300 (Juec 7). Estaba también el peligro que siempre conlleva el número, el de basarse en el poderío humano. Por eso Dios dijo a Gedeón: “No sea que se alabe Israel contra mí, y diga: ‘Mi mano me ha salvado’” (Juec 7:2).

Por tal razón la Biblia destaca el peligro de volverse numeroso, y la importancia que Dios atribuye a un remanente de su pueblo mediante el cual libra sus batallas espirituales. “Aunque los israelitas sean tan numerosos como la arena del mar, sólo un remanente será salvo” (Rom 9:27). Esto nos tiene que llevar a reflexionar, porque en el fin del mundo ocurrirá lo mismo. El Señor no salvará a toda la cristiandad, sino sólo a un remanente, y es nuestro deber buscar ese remanente, que posee la identidad que Dios le dio en su Palabra (Apoc 12:17; véase 14:12).

Los demás reyes y naciones se apoyaban en ejércitos numerosos, y terminaban creyendo que por su poder podían vencer. Por ejemplo, el faraón de Egipto se infatuó y hasta terminó creyendo ser el creador del río, tal vez por las construcciones que hizo en torno a él, asegurando su riego. “Mío es el Nilo”, dijo. “Yo lo hice” (Eze 29:3,9). Y en su presunción fue transformado en un desierto (v.5,12). Nabucodonosor, rey de Babilonia llegó a exclamar: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué con la fuerza de mi poder..., para gloria de mi grandeza?” Y terminó perdiendo la razón para comer hierba con los animales del campo (Dan 4).

También se debilitarían los israelitas si, en lugar de buscar el apoyo del Señor, pedían el socorro de otras naciones más poderosas que ellos. El Señor se pondría a un lado, y aprenderían cuán amargo es servir a los que no conocen al Señor. Ese fue el error del rey Asa, a quien Dios le dijo: “Los etíopes y los libios, ¿no eran un ejército numerosísimo, con carros y mucha gente de a caballo? Con todo, porque te apoyaste en el Eterno, él los entregó en tu mano”. Pero ahora, “por cuanto te apoyaste en el rey de Siria, y no te apoyaste en el Eterno, tu Dios..., de aquí en adelante habrá guerra contra ti”. “Porque los ojos del Eterno contemplan toda la tierra, para fortalecer a los que tienen corazón íntegro hacia él. Neciamente has procedido” (2 Crón 16:7-11). Luego enfermó el rey, y en lugar de buscar al Eterno, confió únicamente en los médicos (2 Crón 16:12).

Así se debilitaron también en los días finales del reinado de Judá. Buscaron el apoyo de Egipto para protegerse de Babilonia, y no escucharon el consejo divino. El Señor les advirtió que el reino del sur caería también ante el rey del norte representado entonces por Babilonia, y no podrían escapar de su mano. ¡Cuán funestos resultados traen aparejados los intentos de buscar apoyo humano, en lugar de procurar el apoyo divino!

c) El campamento de los que salían a la guerra debía ser santo. ¿Qué diferencia debía haber entre el ejército de los israelitas y los ejércitos enemigos? Durante la Edad Media, el papado llamaba a la peor clase de gente para llevar a cabo sus cruzadas, prometiéndoles indulgencias y toda suerte de bendiciones, inclusive el cielo si caían en la batalla. De esa manera, los presuntos herejes que exaltaban la Biblia por encima de las pretensiones blasfemas y arrogantes de Roma debían enfrentarse a gente sin moral y sin escrúpulos de ninguna clase, que violaba a las mujeres, y destruía aún las plantaciones para que la gente se muriese de hambre. ¡Cuán diferente debía ser el campamento del ejército del Señor, según lo indica la Biblia! Las órdenes que dio fueron más que un consejo. Se trató de una orden que debían preocuparse de poner en práctica, si querían que Dios estuviese con ellos en la batalla.

“Cuando salgas a campaña contra tus enemigos, **guárdate de toda cosa mala**” (Deut 23:9). Debía haber integridad, justicia, respetarse su ley, los principios divinos de santidad. “Porque por la impiedad de estas naciones el Eterno las echa de tu presencia. No porque eres justo, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos. Por la impiedad de estas naciones, el Eterno tu Dios las echa de delante de ti, para cumplir la

palabra que juró a tus padres Abrahán, Isaac y Jacob” (Deut 9:1-6). Por tal razón debían destruir sus ídolos y altares, y todas las obras abominables que esa gente había hecho, sin imitar sus prácticas y costumbres (Deut 7:1-5).

“Porque tú eres pueblo consagrado al Eterno tu Dios. El Señor tu Dios te ha elegido para que le seas un pueblo especial, entre todos los pueblos de la tierra. El Eterno puso su afecto en vosotros y os eligió, no por ser vosotros más numerosos que todos los pueblos, ya que sois el más pequeño de todos; sino porque el Eterno os amó y quiso guardar lo que juró a vuestros padres”. En un contexto tal, debían preocuparse por poner en práctica todos sus mandamientos de santidad (Deut 7:6-11).

Dios les prohibió también talar los árboles frutales y destruir el sustento de la tierra (Deut 20:19). En este respecto, los musulmanes en su primera etapa de conquista revelaron una moral más elevada que la de los cruzados del cristianismo medieval romano, ya que respetaron la vegetación en sus primeros avances guerreros (véase Apoc 9:4) [véase A. R. Treiyer, *The Seals and the Trumpets. Biblical and Historical Studies*, 301-4]. A los “Amigos de Dios” (cátaros) las cruzadas papales en el S. XIII les envenenaban los pozos, les destruían las viñas y quemaban sus plantaciones para hacerlos morir de hambre. Algo así estaba prohibido por Dios. Por tal razón también, no necesitaron más el maná una vez que entraron en la tierra prometida, ya que pudieron servirse de lo que la tierra daba en el país en el que se encontraban (Jos 5:10-12).

Tampoco debían tener relaciones sexuales durante la guerra, lo que implicaba automáticamente toda prohibición de violación a las mujeres de los pueblos vencidos (1 Sam 21:4-5). Esto estaba implícito en la orden de salir del campamento hasta la puesta del sol en el caso de tener una emisión nocturna (Deut 23:10-11; véase Lev 15:16-18). Los recién casados tampoco debían ir a la guerra, sino alegrar a su mujer durante el primer año de casados (Deut 24:5). Nuevamente, ¡qué contraste con la baja moral que tenían tantos convocados a las cruzadas papales, quienes hasta hacían apuestas para determinar quién pagaría a las prostitutas en el camino!

Al hacer sus necesidades corporales, los soldados del Señor no debían dejar su excremento expuesto a la intemperie. Los que debiesen pasar por los campos donde habían estado acampando no iban a encontrar un olor nauseabundo, ni un cuadro de desorden y suciedad. Al retirarse del campamento para hacer sus necesidades debían llevarse una estaca para cavar un hoyo y enterrar el excremento (Deut 23:12-13). “Porque *el Eterno tu Dios anda por el campamento*, para librarte y entregar a tus enemigos ante ti. Por eso *tu campamento será santo, para que él no vea en ti cosa inmunda y se aparte de ti*” (v. 14).

Un cuadro semejante es el que encontramos en el Apocalipsis. El censo celestial que efectúa el juicio investigador separa del mundo a 144.000 soldados de la fe, el último ejército del “Israel de Dios” (Gál 6:15-16), para librar con ellos la batalla final (Apoc 7:4-8). Son los únicos que estarán de pie cuando llegue el día de la ira de Dios y del Cordero (Apoc 6:15-17), y delante del anticristo y su ejército en el fin del mundo (Apoc 13:4; 14:1). “Éstos son los que no se contaminaron con mujeres... Y en sus bocas no se halló engaño, porque son sin mancha” (Apoc 14.4-5). Entrarán en la ciudad de Dios junto con la gran multitud, además, porque fueron limpiados en la sangre del Cordero (Apoc 21:8,27; véase 7:14-15).

d) No debían pelear sin causa. Hace años atrás escuché de un legendario gaucho argentino que decía que “no es de cristiano matar en frío”, razón por la cual le daba un cuchillo al otro para que tuviera oportunidad de defenderse. Tampoco se aceptaba entre los vaqueros del oeste norteamericano matar por la espalda. Debían avisarle que lo iban a matar y darle la oportunidad de enfrentarse con la realidad. La traición era castigada por la muerte.

También en Israel se miraba mal una traición como la que llevó a cabo Joab, el general de David. Mató por la espalda a Abner, general de Saúl, quien se entregó a David. Había un código de honor que siempre debió existir, de no derramar la “sangre en tiempo de paz como si fuera en batalla” (1 Rey 2:5). ¡Cuán importante es que seamos íntegros de corazón, honestos, no calumniadores en busca de ventajas personales, ni traicioneros contra los que batallan a nuestro lado! De lo contrario, seguramente enfrentaremos la pena de muerte, y muerte eterna.

Los israelitas, sin embargo, no debían dar armas al enemigo para pelear contra ellos como los antiguos gauchos de las pampas argentinas, obligándolos a pelear para matarlos en caliente. Fuera de las pocas ciudades más cercanas que Dios había consagrado al anatema por considerar que habían llegado al colmo de la maldad, debían ofrecer primero la paz. Pero si esos pueblos no reconocían el reparto que Dios estaba haciendo de la tierra, asignándosela a ellos, entonces debían ejecutar el juicio divino. La tierra es del Creador (Lev 25:23; Sal 24:1), de manera que así como Dios pone y quita reyes (Dan 5:21), también establece y desaloja ciudades, pueblos y naciones, cuando lo considera necesario en el desarrollo de sus planes de salvar esta creación.

El hecho de que ofreciesen la paz primero (Deut 20:10), muestra que el pueblo de Dios no debía ser pendercero, provocando o estimulando la guerra, o metiéndose a pelear sin causa. Debían dar la posibilidad de llegar a un arreglo pacífico, y evitar resolver las cosas por “la vía tremenda”. En esto contrasta grandemente la ética de la guerra que debía tener el pueblo de Israel, del islamismo radical que doquiera va provoca disturbios para luego justificar su ofensiva. Aunque pretendan que sus guerras son defensivas, la historia probó sobradamente que por regla general, fueron provocadas.

Algunos ejemplos de guerras sin causa, provocadas por gente tonta que salió a la guerra buscándose un pretexto fuera de tiempo, son llamativos. Uno de ellos fue Acab, quien pidió el apoyo de Josafat para salir a la guerra contra el rey de Siria. El resultado fue que murió en la batalla, y con él la sinrazón de la guerra que había emprendido (1 Rey 22). Varios siglos antes, en la época de los jueces de Israel, “los amonitas hicieron guerra contra Israel” también sin causa. Los israelitas nunca habían atacado a los amonitas en 300 años de existencia como nación. Pero los amonitas reclamaron de golpe ciertos lugares que desde entonces habían estado ocupando los israelitas. Por tal razón, “cuando los amonitas hicieron guerra contra Israel”, éste les reclamó que no peleasen sin motivo porque Dios iba a intervenir y a hacer justicia. Y así fue, con una victoria definida de Jefte sobre los escarnecedores sin causa (Juec 11).

También Josías, quien sirvió bien a Dios durante gran parte de su vida, salió sin razón a cerrarle el paso al faraón Neco quien subía “a combatir a Carquemis, junto al Éufrates” (2 Crón 35:20). El faraón le mandó decir que no había motivo para pelear, ya que no subía contra él. “Yo no vengo contra ti hoy, sino contra la casa que me hace guerra. Y Dios dijo que me apresure. Deja de oponerte a Dios, que está conmigo, no sea que te destruya” (v. 21). “Pero Josías no se retiró”, sino que recurrió a la misma estrategia de Acab, y con el mismo resultado ya que murió de una manera semejante. “No atendió a las palabras de Neco, que eran de boca de Dios. Y fue a presentarle batalla en el valle de Megido” (v. 22-24). En ese mismo lugar simbólico saldrá el ejército del anticristo, de las naciones mancomunadas contra el Señor, para hacerle guerra sin razón. Nunca más se levantará de la derrota que sufrirá (Apoc 19:19-21).

Debemos estar siempre atentos porque la Palabra de Dios no siempre proviene de arriba, mediante un profeta del Señor. Moisés recibía revelaciones divinas, pero escuchó el consejo de su suegro Jetro como viniendo de Dios (Éx 18). Lamentablemente Josías no escuchó el mensaje divino que le vino a través de un rey pagano. Nunca debemos olvidar que Dios habló en lo pasado “muchas veces y de diferentes maneras” (Heb 1:1). Aunque su consejo está bien definido en su Palabra, puede el Señor llamarnos a la reflexión a través de gente de afuera, cuyo mensaje no necesariamente será ajeno al de la Biblia.

14. La misión de la iglesia de Cristo y la guerra

Los teólogos cristianos, en un gran porcentaje, le escapan al estudio de las leyes de muerte y de guerra en Israel, porque les resulta embarazoso un estudio tal a la luz de la comprensión que tienen de los evangelios, y de los derechos del hombre que se han impuesto en la actualidad. Sin embargo, tanto en los países supuestamente cristianos como en el judaísmo moderno, ha habido quienes han intentado extraer algunos principios de la guerra que da la Biblia para justificar las guerras que deben o sienten que tienen que emprender hoy. Especialmente los judíos tienen problemas en la actualidad, para establecer algunos principios éticos de la guerra basados en la Biblia, porque no cuadran con la ética moderna de la guerra en la que debe respetarse, por ejemplo, la población civil. El problema tanto para ellos como para los cristianos que han querido justificar muchas guerras en las leyes bíblicas, es que no viven más en un contexto teocrático, con Dios gobernando en sus países como rey como sucedió antiguamente en la ciudad de David. Por lo tanto no tienen ningún fundamento teológico para aplicar ciertos principios de la guerra que Dios estableció en el antiguo Israel, en especial los que tienen que ver con el desalojo y juicio que mandó Dios ejecutar como Señor de toda esta creación en determinado lugar de Palestina.

a) Fin de la teocracia. La teocracia existió en una época definida y limitada a la tierra de Canaán, conocida hoy como Palestina. Dios moraba en medio de su pueblo en un templo que mandó construir para sí (Ex 25:8). Allí buscó representar los principios de su gobierno ante y a través de un pueblo que fuese diferente de los otros pueblos de la tierra (Deut 7:7-15). Pero nunca hizo Dios un pacto con otro pueblo o nación que no fuese el de las doce tribus de Israel, sobre las bases que establece la Biblia para la teocracia israelita (Rom 3:1-2; 9:4-5; véase Ex 19:3-6; Deut 5:1-3).

Es cierto que Dios pacta hoy con su iglesia en base a los mismos principios de justicia enmarcados en el Decálogo (1 Ped 2:9-10), y sobre el fundamento de Cristo y los apóstoles que nos contaron del amor y la gracia de Dios al dar a su Hijo para que muriese por nosotros (Ef 2:19-22). Pero se trata de una iglesia (no de un estado o país). Y esa iglesia debía romper toda barrera racial y nacional de separación con la predicación del amor de Dios. De manera que su misión es poner a un lado las enemistades y guerras que se daban antes entre las naciones y los pueblos, para formar un nuevo pueblo interracial e internacional, unido en un mismo Espíritu (Ef 2:14-18).

Podemos afirmar, por consiguiente, que Dios no reveló su gloria a través del papado romano ni del judaísmo moderno, como lo había hecho con el antiguo Israel. La nube de Castel Gandolfo no es la nube de gloria, sino otra de fabricación humana que avientan para avisar que eligieron un papa. Tampoco se reconstruyó el templo en la vieja Jerusalén, y aunque quisieran levantarlo judíos y cristianos ilusos, la gloria de Dios no descendería otra vez allí, porque el único templo que cuenta es el del cielo. En otras palabras, desde que las cortinas del templo antiguo fueron desgarradas de arriba hacia abajo (Mat 27:51; Heb 9:8; 10:19-22), no ha habido más teocracia. Todo aquel que quiera unirse a Dios debe hacerlo dirigiéndose por la fe directamente al cielo, al “monte de Sion”, a la Nueva Jerusalén donde está el templo de Dios, no a un monte terrenal (Jn 4:21-24; Heb 12:22-24; Apoc 14:1; 21-22; véase 7:14; 11:1,19; 15:5). Ya que Dios puede bendecir más o menos a diferentes naciones, según lo que hagan con los principios de su reino que dejó consignados en su Palabra. Pero no declaró que iba a identificarse con ellas en un contexto y misión teocráticos como el que estableció en la antigüedad con la nación de Israel.

Las Naciones Unidas rechazan hoy las guerras presuntamente misioneras como las que se dieron en el medioevo, porque eso violenta la conciencia de la gente, y hoy se respeta la conciencia individual. Esa posición está en armonía con la Biblia, en donde se prueba que Dios jamás se propuso convertir al mundo mediante ejércitos, ni en la antigüedad, ni ahora. Nunca fue su propósito enviar a su pueblo armado hasta los dientes a todo país de la tierra para dar a conocer su gloria. El Señor plantó una viña en Palestina, en un pequeño lugar comparado con el resto del mundo. La cercó, la cuidó y la protegió de los ejércitos invasores, para hacerla objeto de su cuidado especial y revelar su plan de salvación al mundo (Isa 5:1-7; Mat 22:33-44). Pero no se propuso armar desde allí a su gente para que fuese por toda la tierra haciendo guerras de desalojo y juicio.

b) Una nueva forma de guerrear. En los evangelios encontramos, además, la mayor revelación de amor de Dios, la historia más conmovedora que jamás existió antes, y que nos muestra otra forma inusitada de guerrear. En esa historia se ve nuevamente, y más definidamente, lo que Salomón declaró: “fuerte como la muerte es el amor” (Can 8:6). Allí se revela la profundidad del amor divino en una dimensión jamás igualada. Esa revelación era necesaria no sólo para salvar al mundo, sino para que no se perdiese de vista el verdadero carácter de Dios. Con esa arma divina del amor debía su iglesia salir al mundo para conquistarlo para el Señor.

“Mas yo os digo”, dijo el Señor: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os maltratan y persiguen. Para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que envía su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen lo mismo los paganos?” (Mat 5:44-47).

Las manos que fueron clavadas en la cruz del Calvario estuvieron completamente limpias de sangre. Por eso pudieron redimir al mundo. Y el poder de la sangre allí vertida demostró ser más poderoso que los imperios a los cuales llegó con su mensaje de amor. ¿Podría la iglesia del Señor mantenerse libre de sangre como lo fue su divino ejemplo, en su predicación sucesiva del mensaje evangélico?

¿Por qué fue necesaria una revelación tan excelsa del amor de Dios? Porque siendo que “Dios es un Dios de justicia y terrible majestad, Satanás” había inducido a los hombres “a considerarlo como severo e inexorable. Así consiguió que se uniesen con él en su rebelión contra Dios, y la noche de la desgracia se asentó sobre el mundo” (DTG, 13). “La tierra quedó oscura porque se comprendió mal a Dios. A fin de que pudiesen iluminarse las lóbregas sombras, a fin de que el mundo pudiera ser traído de nuevo a Dios, había que quebrantar el engañoso poder de Satanás... Únicamente Aquel que conocía la altura y la profundidad del amor de Dios podía darlo a conocer. Sobre la oscura noche del mundo debía nacer el Sol de justicia, ‘trayendo salud eterna en sus alas’” (ibid).

c) *Naturaleza del cometido evangélico.* Cuando fui a la Universidad Protestante de Estrasburgo debí rendir tres exámenes para poder ingresar directamente al plan doctoral. Ellos fueron Antiguo Testamento, Nuevo Testamento, e Historia de la Reforma. Mi angustia estribaba en que, como es típico de los franceses, no me asignaron ningún programa para cada examen. “No conocemos la facultad de teología donde estudió”, me dijeron, “por lo que queremos saber cómo se desenvuelve, qué cultura teológica posee, si está maduro para trabajar en un plan doctoral”. De manera que fui con mi NT griego a mi primer examen oral, sin tener idea de lo que podía requerirme el profesor. Me sorprendí cuando me dijo que comenzase por comentar el pasaje de Rom 1:16-18. El profesor estaba especialmente interesado en saber lo que diría acerca de la ira de Dios en relación con el evangelio, y cómo lo fundamentaría.

Volví a admirarme de ese doctor en teología cuando me dijo estar de acuerdo con mi apreciación de la ira de Dios como formando parte del evangelio. Es más, me dijo que muchos excluyen la ira y la ley, malinterpretando a Pablo. En efecto, el evangelio es a menudo mal malinterpretado por quienes dejan de lado la ley de Dios, su santidad, su juicio y su ira con la que destruirá todo vestigio de mal de esta creación y del universo. Se malinterpreta a Dios cuando se resalta su amor en desmedro de su ley y de su justicia. Pero, ¿debía la iglesia del Señor ir al mundo para imponer la ley divina y su justicia?

En el Nuevo Testamento encontramos que Dios se desentendió de la nación de Israel porque ésta rompió su pacto con él (Heb 8:9,13). Pero, ¿dejó por eso de procurar salvar al mundo? Al contrario, ése fue siempre su propósito, y había elegido a Israel con ese objetivo en mente. Por el rechazo del evangelio de parte de los judíos, el Señor decidió entonces enviar a sus fieles discípulos a todo el mundo para predicar el evangelio.

¿Debía la naciente iglesia ir por toda la tierra para aplicar los juicios de Dios? ¿No habría juicios divinos que se derramarían para proteger al pueblo del nuevo pacto, la Iglesia? Sí, pero la misión de la iglesia era la de anunciarlos, no la de ejecutarlos. El Apocalipsis, especialmente, mostró cómo los juicios caerían sobre Roma en sus diferentes fases, hasta que llegase el fin del mundo (Apoc 8-11). La misión de la iglesia, más definidamente, era la de anunciar el día que Dios estableció para juzgar al mundo (Apoc 14:7). En lugar de procurar aplicar la venganza por sí misma, la iglesia debía aprender a ser paciente hasta el día que el Señor había determinado para ejecutar él mismo esa venganza (Rom 12:19; Heb 10:30; véase Isa 35:4; 61:2).

Así como los profetas habían anunciado el fin para Israel (Am 7:5-9), Judá (Eze 7), y otras naciones antiguas (Jer 46:10; 50:31,40; 51:11,36,64), ahora debían los apóstoles ir por toda la tierra para anunciar el día en que llegaría el fin para todo el mundo (Mat 24:14). En cuanto a las leyes sobre la pena de muerte y los juicios divinos efectuados en Israel, y a través de Israel contra las naciones enemigas, debían cumplirse ahora en una dimensión espiritual (Mat 15:15-18; 1 Cor 5:1-5), y se cumplirán literalmente en el día final, cuando venga el Señor (véase 1 Cor 10:6,11; Heb 2:2-3; 10:26-31).

En obediencia al mandato del Señor, predicando a los sabios de Grecia, Pablo les advirtió: “Pues Dios, habiendo pasado por alto ese tiempo de ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan. Por cuanto ha establecido un día, en el cual juzgará al mundo con justicia, por medio de aquel hombre que él ha designado, dando a todos una garantía al resucitarlo de entre los muertos”(Hech 17:30-31; véase 10:42; Rom 2:16; 14:9-12; 2 Cor 5:10; Heb 10:25). La iglesia no contaría con las dos piedras *Urim* y *Tumim* para conocer en forma exacta la voluntad de Dios en los conflictos humanos, por lo cual no debía juzgar la conciencia de “nadie *antes de tiempo*, hasta que venga el Señor. El iluminará lo oculto en tinieblas, y manifestará los motivos de los corazones. Entonces cada uno tendrá de Dios la alabanza” (1 Cor 4:5; véase Mat 7:1-2), y recibirá el pago según lo que haya hecho (Apoc 22:11).

¿Que continuarían las batallas? ¡Por supuesto! Todos los días. Pero Jesús ordenó a su iglesia ir por todo el mundo para librar las batallas del Señor sin las típicas armas carnales de este mundo. Ya que “no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra dominadores de este mundo de tinieblas, contra malos espíritus de los aires” (Ef 6:12). “Porque las armas de nuestra milicia no son mundanas, sino poderosas en Dios para destruir fortalezas, para derribar argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y cautivar todo pensamiento en obediencia a Cristo” (2 Cor 10:4-5).

De manera que “la armadura de Dios” es figurativa para el cristiano. Cuenta con “la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios”, y se la describe como siendo una “espada de dos filos” (Heb 4:12; Ef 6:17). Es defensiva porque usa la fe como un “escudo” para protegerse de “todos los dardos encendidos del maligno” (v. 16). Es también ofensiva porque usa el “calzado” que le permite correr para predicar el evangelio a todo el mundo (v. 15).

Esta guerra espiritual produce disensión cuando se levantan quienes se oponen al evangelio, lo que trae aparejadas batallas espirituales que dividen hogares, familias y reinos (Mat 10:34-39). También es defensiva porque el guerrero de la cruz se asegura que la verdad ciña su cintura, y la justicia del Señor lo cubra como una coraza para protegerlo de las acusaciones y embestidas de Satanás (v. 14). En esencia, la Biblia revela la estrategia espiritual divina de la guerra, y desenmascara los planes y propósitos de Satanás en su lucha milenaria contra el gobierno divino.

En realidad, la batalla de los hijos de Dios siempre fue de naturaleza espiritual. Por tal razón David reconoció que Dios no salva ni con lanza ni con espada ni con jabalina (1 Sam 17:45). Y el profeta Zacarías enfatizó la misma verdad al transmitir el mensaje de Dios: “No con espada, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dice el Eterno Todopoderoso” (Zac 4:6; véase Sal 20:6-8). La diferencia está en que el recurso a la lanza y la espada literales le fue vedado a la iglesia. A Pedro el Señor le dijo: “Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso no puedo orar a mi Padre, y en el acto me daría más de doce legiones de ángeles?” (Mat 26:52-53). “Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí” (Jn 18:36). Y en relación al príncipe impostor que se apoderó de la iglesia durante el medioevo, volvió a advertir el Señor su suerte por empuñar un arma que Dios no dio a su iglesia: “si alguno mata a espada, a espada debe ser muerto” (Apoc 13:10).

Hace unos años atrás, en el sur de México, los adventistas fueron perseguidos por su fe. Nuestros líderes reclamaron al gobierno, y éste les dijo que si requerían su intervención, iban a tener que enviar el ejército. Pero nuestros hermanos se asustaron por las implicaciones que ese recurso podía tener. Y aunque tenían derecho a ese recurso como ciudadanos bajo una constitución que los amparaba, prefirieron recurrir al Señor. Oraron, y Dios intervino trayéndoles paz y libertad.

d) Tres líneas de acción bien delimitadas para la iglesia. Uno de los problemas más delicados que hay en el cristianismo es la delimitación de la misión de la iglesia. Existe siempre el peligro de procurar ir más allá de los cánones que Dios estableció. Al perder su poder espiritual, los religiosos caen fácil presa de la tentación de Satanás, que consiste en hacerles buscar el poder material y político para imponer sus normas y creencias. De allí no están lejos tampoco del recurso a las ciencias ocultas, otra fuente de poder pero espúreo, contra el cual advirtió el Señor (Mat 7:21-23; 24:5,11,23-26; 2 Tes 2:9-12; Apoc 13:13-14; 16:13-14; 19:20).

¿Cuáles son las áreas de actividad que el Señor encomendó a su iglesia, de las cuales no debía sobrepasarse? ¿Con qué debía contentarse, para no ceder al afán de supremacía que el diablo engendra en todos los que tienta y engaña? La causa principal de las guerras entre los hombres es su lucha por el poder, la riqueza y la supremacía. Si el diablo lograba hacer caer a la iglesia en esa clase de lucha, en buscar ser más de lo que es como tentó a Eva (Gén 3:5), desviaría el golpe del cielo y la tornarían contra Dios mismo, enredándola en todas las luchas pasionales que han caracterizado a este mundo. Así podría sentarse fácilmente en medio de ella a través del anticristo, causando los amargos frutos que acarrea toda contienda por la supremacía (2 Tes 2:3-4; véase Hech 20:29). “Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos y de los mártires de Jesús”, testificó Juan en el Apocalipsis (17:6).

Cristo fue nuestro ejemplo, y se nos exhorta a seguir su sendero (1 Cor 11:1; 1 Ped 2:21; 1 Jn 2:6). De manera que su misión es nuestra misión como cristianos. “Os asigno un reino”, dijo Jesús, “como mi Padre me lo asignó a mí” (Luc 22:29). Su reino es diferente al reino del mundo, porque los gobernantes de las naciones buscan el dominio y el poder, en cambio su reino se basa en la entrega y el servicio por amor (Mat 20:25-28; véase 5:5; 11:28-30). Por eso rechazó los reinos de este mundo (Mat 4:8-10; Jn 6:15; 18:36). Pero, ¿cómo delimitó el Señor su esfera de acción?

El reino del Señor en esta tierra lo restringió a tres líneas básicas de acción: la predicación, la enseñanza y la salud (Mat 9:35). Mientras que la primera tiene que ver con la naturaleza espiritual de la redención del evangelio, la segunda tiene que ver con el aspecto educacional para que nuestro servicio en favor de los demás sea más efectivo, abarcante y duradero. El tercer aspecto se relaciona con la dimensión asistencial en pro de los sufrientes y necesitados, que incluye también la atención a los pobres.

En cuanto al poder político y militar, así como al control de las riquezas mundanales, según ya vimos, los rechazó. El no vino a buscar gloria mundanal ni homenajes terrenales (Jn 5:41-44). De manera que su iglesia tampoco debía entrar en la competencia del poder. Tampoco se afaná el Señor por la riqueza mundanal, y dio a entender claramente que los que buscasen seguirlo pensando en esas riquezas, se chasquearían (Mat 8:20; Luc 12:13-21). No nos promete grandezas en esta vida, sino sólo en el más allá (Rom 2:6-7,10; 2 Tim 2:11-12). Es

más, los que buscan el poder y la gloria de los hombres, bajo los cuales se esconde la justicia propia, podrán tener su recompensa en esta vida, pero perderán la que realmente cuenta, la del cielo (Mat 6:1-6).

e) Por qué no un sistema teocrático de gobierno. Con esto no queremos decir que el gobierno teocrático del Antiguo Testamento fue malo, sino que, para llegar a todo el mundo con el evangelio, en donde los gobiernos paganos predominaban, Dios no iba a comulgar con ellos y en base a leyes que no se ajustasen en todo a su ley. La interacción de la constitución que dejase en su Palabra con las leyes de las naciones que fuesen influenciadas por esa constitución divina, no estaría refrendada por una manifestación directa del Señor. La trascendencia del cielo era necesaria para salvaguardar la santidad de Dios. Y esto no sólo en relación con la aplicación de las leyes divinas como ya lo había hecho con el antiguo Israel, sino más definidamente ahora en conexión con la enunciación de las leyes de cada país, aún con los intentos que las naciones que recibiesen el evangelio quisieran hacer de entretener las leyes divinas con las leyes de los hombres.

- *La adaptación del Decálogo a las condiciones de cada país.* Por un lado tenemos el Decálogo y sus enunciaciones universales que se adaptan a todo lugar y país de la tierra (Ex 20). Por el otro tenemos el Libro de la Ley, las leyes cívico-religiosas que Dios dio para fundar la teocracia israelita, y que se enmarcan, en muchos respectos, dentro de una adaptación del Decálogo a las condiciones de vida de aquella época. Esa adaptación a las condiciones sociales de entonces fue de inspiración divina, y Dios la consignó por escrito en un libro a través de Moisés (el Pentateuco). Pero toda adaptación del Decálogo a las condiciones sociales de cada país que se quisiese hacer en el futuro no llevaría necesariamente la impronta divina. Dios inspiraría, sin duda, a muchos legisladores para que creasen un marco de libertad para predicar el evangelio. Pero también intervendrían en la enunciación de tales leyes los ángeles malos.

Algo semejante vio Daniel en Babilonia, en relación con los reyes de los diferentes imperios de la antigüedad. Los ángeles de Dios debieron luchar con los ángeles malos en el esfuerzo por influenciar la mente de los grandes gobernantes del mundo (Dan 10:13,20-21). De la misma manera veríamos obrar a Dios por medio de sus ángeles entre las naciones a las cuales llegasen los discípulos con el evangelio.

“Aunque los gobernantes de este mundo lo ignoren, a menudo los ángeles han hablado en sus concilios. Los han contemplado los ojos humanos. Los oídos humanos han escuchado sus pedidos. En tribunales y cortes de justicia, los mensajeros celestiales han defendido la causa de los perseguidos y oprimidos. Han desbaratado propósitos y detenido males que hubieran causado oprobio y sufrimiento a los hijos de Dios” (*Ed*, 294). También “Satanás ha elaborado sus planes, y aconseja a legisladores, y ellos reciben su consejo, y así mantiene en actividad, a través de leyes, una multiplicidad de mal, que resulta en mucha miseria y crimen de tan terrible carácter que la pluma humana no puede describir” (*Temp*, 38-9 [ingles]).

- *La iglesia del Señor estaría en el mundo sin ser del mundo*, como Abraham, Isaac, Jacob y los israelitas antes de conquistar la tierra prometida; y como el remanente fiel de los judíos en la antigua Babilonia, y en las naciones a las que fue dispersada la simiente de Abraham. Todos ellos vivieron sin patria, sin hogar. Fueron peregrinos y extranjeros en la tierra, anhelando el día del retorno a la tierra prometida, para reencontrarse para siempre con el Señor (Isa 43:4-7; Zac 2). Esa tierra prometida, de la cual la vieja Palestina fue un símbolo, es la tierra nueva con su cielo nuevo, en donde morará finalmente, y en forma plena, la justicia que tanto anhela el alma humana (Isa 65:17-19; 66:22-23; 2 Ped 3:13; Apoc 21:1).

“Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los aborreció”, dijo el Hijo en relación a su flamante iglesia, al comulgar con su Padre antes de partir. “El mundo los aborreció porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno... Santifícalos en la verdad. Tu Palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, yo también los he enviado al mundo” (Jn 17:14-18). Todos los hombres de fe, aún en la antigüedad, fueron “hombres de los cuales el mundo no era digno. Perdidos por los desiertos, por los montes, por las cuevas y cavernas de la tierra” (Heb 11:38). “Todos éstos murieron en la fe, sin haber recibido las promesas, mirándolas de lejos, saludándolas y confesando que eran peregrinos y forasteros sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria”. Y aunque hubiesen podido identificarse con una patria terrenal, “deseaban la mejor, a saber, la celestial” (Heb 11:13-16).

- *No debía mancharse con sangre.* Tampoco quiso Dios que su iglesia se manchase con sangre como lo fue David, a quien no le permitió por tal razón construir el templo (1 Crón 28:3). Sus mensajeros debían construir “un templo santo”, espiritual, en el cual habitase el Señor, y para poder construirlo dignamente, tampoco debían ensuciarse con derramamiento de sangre (1 Ped 2:5; véase 1 Tim 2:8; Heb 12:14-15). De allí que no debían los discípulos del Señor salir a pelear con ejércitos para terminar dominando a todo el mundo y, así, imponer la

voluntad divina. Ese nunca fue el plan de Dios, ni en la antigüedad (ya que la teocracia fue restringida a Palestina), ni en la actualidad.

En esto estriba de nuevo la diferencia entre las guerras del Eterno que Dios efectuó a través de su pueblo en el antiguo Israel, y las que introdujo el cristianismo apóstata romano y, poco después su antítesis, la religión penderciera y vengativa medieval que provenía del otro lado del Mediterráneo y del oriente, esto es, la religión de Mahoma. A través de Clodoveo, Carlomagno, y otros reyes francos y luego germanos a los que buscaba convertir con lazos políticos, el papado fue expandiendo su religión. Todo el que no se convertía era decapitado. Luego encendía el corazón de esos príncipes y reyes europeos para conquistar más reinos imponiendo siempre por la fuerza la religión híbrida de Roma. Olvidaban así, que Dios nos llama “a ser libres”, dentro del vínculo del amor (Gál 5:13-15; véase Jn 8:32-36; 2 Cor 3:17). Y entraban, en cambio, dentro del espíritu de aquel que siempre quiso “mantenernos sujetos a esclavitud” (Heb 2:14-15).

Una expansión guerrero-misionera la desarrolló de nuevo el papado romano al descubrirse el Nuevo Mundo. Los indígenas fueron cristianizados mediante la cruz y la espada, lo que se vio reflejado más tarde en la declaración del héroe chileno, O’Higgins, cuando dijo, “por la razón o la fuerza”. Esa fue la ofensiva misionera de la Iglesia Católica Romana que emprendió bajo tal filosofía durante toda su historia. Y en los pocos casos en los que empeñó guerras defensivas, se dieron para protegerse de los juicios que Dios hizo ejecutar contra ella a través de las invasiones musulmanas, según lo profetizó el apóstol Juan en el Apocalipsis. En efecto, vemos en la profecía y en su cumplimiento histórico, que Dios había ordenado las cosas de esa manera en su arbitraje divino para castigar a ese imperio del mal que provenía de Roma (véase Apoc 9). [Véase A. R. Treiyer, *The Seals and the Trumpets. Biblical and Historical Studies*, 2005].

En cuanto a los musulmanes, Mahoma les hizo creer también que la paz iban a poderla establecer en todo el mundo una vez que venciesen en batalla a todas las naciones, e impusiesen su estilo igualmente teocrático y medieval. “Pelea entonces contra ellos hasta que las luchas lleguen a su fin”, diría *Alah* según Mahoma, “y la religión sea toda de Dios” (Sura 8:40). “Dios ha prometido a quienes creen y hacen lo recto, que los llevará a suceder a otros en la tierra, y que establecerá para ellos esta religión en la que se deleitan, y que después de sus temores les dará seguridad en cambio” (24:54). Por eso Dios advierte al profeta árabe, según el Corán: “te hemos enviado a la humanidad en general, para anunciar y amenazar” (34:27). Dios eligió a los musulmanes, según la misma fuente, “para ser testigos” no sólo a los árabes, sino también “al resto de la humanidad” (22:22:78). “Es El (Dios) quien ha enviado a su Apóstol con ‘la Guía’, y la religión de verdad, para que pueda exaltarla por encima de toda religión” (48:28), para que aunque “los que juntan otros dioses a Dios la odien, El (Dios) pueda hacerla victoriosa sobre toda otra religión” (61:9).

¿Trajeron la paz a los pueblos y a las naciones los cristianos y los musulmanes medievales? Tristemente no. Mancharon su trayectoria con ríos de sangre en constantes guerras de expansión. Tomaron sobre sí mismos también la espada de la venganza olvidando lo que Dios dejó consignado en su Palabra. “Benedicid a los que os persiguen..., y no maldigáis... No paguéis a nadie mal por mal. Procurad lo bueno ante todos los hombres. En lo posible, en cuanto dependa de vosotros, tened paz con todos. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, antes dad lugar a la ira de Dios. Porque escrito está: ‘Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor’. Al contrario, si tu enemigo tuviera hambre, dale de comer; si tuviera sed, dale de beber. Actuando así, ascuas de fuego amontonas sobre su cabeza. No seas vencido por el mal, sino vence el mal con el bien” (Rom 12:14-21).

f) No debían ilusionarse con la idea de convertir al mundo. En su libro *Las Llaves de esta Sangre. La lucha por el dominio mundial...*, el sacerdote jesuita Malachi Martin revisa los sueños y proyecciones mundiales de todas las religiones, cristianas y no cristianas. Su propósito es mostrar que las religiones universales no tienen la experiencia y visión “geopolítica” de la Iglesia Católica Romana, para probar que será el papado quien triunfará en la lucha por la supremacía mundial. Esta creencia esconde el concepto de que la Iglesia terminará predominando sobre el Estado, los poderes religiosos sobre los seculares. De ser así, el recurso al poder político y militar viene por sí solo.

No hay duda de que los conceptos milenaristas que provienen de la época de Agustín de Hipona le hacen soñar a la iglesia católica otra vez, como a la mayoría de las religiones estatales, con un triunfo de la religión sobre los poderes seculares y, en el caso de los católicos, con la victoria final del presunto sucesor de Pedro sobre todo el mundo. Ellos piensan que cuando el papa sea reconocido como cabeza de todas las iglesias y del mundo, llegará al mismo tiempo la paz añorada a la humanidad. Esa proyección geopolítica siempre estuvo a la base de las aspiraciones papales.

Los sueños de predominio universal no cesan de aparecer en muchas religiones. El Concilio Mundial de Iglesias procura agrupar a las denominaciones protestantes, evangélicas y ortodoxas, para facilitarles esa proyección universal geopolítica que buscan. Pero todos esos sueños, que no escapan tampoco a los musulmanes (aunque les achacan el no tener una cabeza que los una), contrastan grandemente con el sueño de la Biblia, donde se hace ver que los reinos de este mundo serán destruidos (Apoc 6:15-17; 11:15-18; 19:11-21). Las naciones y las religiones se unirán en puntos comunes de fe, y serán así engañadas por el diablo (Apoc 16:13-14). Pero tanto ellas como toda la tierra serán deshechas por el fuego final de la ira de Dios (2 Ped 3:10-12). Sólo un “resto” minoritario de toda la cristiandad, extendido en toda la tierra, será salvo en el día del Señor (Apoc 12:17; 14:6,12; cf. Rom 9:27).

Malachi Martin informa que en los círculos católicos creen que los adventistas y algunos otros evangélicos, no sólo no tienen experiencia geopolítica, sino que tampoco aspiran al poder. Son universales en su predicación—continúa diciendo Martin—pero por su representación numérica los católicos los llaman “minimalistas”. Su predicación apunta a la conversión individual de la mayor cantidad de gente posible, sin pretender transformarse en la religión oficial de la humanidad. Porque—según insiste el sacerdote jesuita—esperan la venida de algo así como un día del Señor que los libertará a ellos únicamente de este mundo.

¡Cuán poco sabía Malachi Martin, y cuán poco sabe su iglesia, o le importa realmente saber, que la Biblia dice que sólo un “resto” al que ellos llaman despectivamente “minimalistas”, se salvará! (Apoc 17:14). Por tal razón, los sueños verdaderamente cristianos, no adulterados con las sorprendentes aspiraciones imperialistas de la religión medieval, alejan al verdadero rebaño del Señor de toda tentación por asumir un papel de predominio o preeminencia universal.

Los esfuerzos ecuménicos actuales van en la dirección temporal anticipada proféticamente, de reunión de los “reyes” o gobernantes de este mundo, sin saber que están siendo juntados para la batalla final (Apoc 16:13-16; 19:19: “para reunirlos”, “reunidos”). Los esfuerzos del remanente, en cambio, se dirigen en su predicación y advertencia universales a separarse, a salir de esa unión forzada y demoníaca (Apoc 18:1-5). Los unos siguen la corriente política de este mundo, prostituyéndose con la iglesia ramera y sus hijas en su búsqueda de soporte gubernamental para sentarse como reinas a quienes deben darse todos los honores (Apoc 17:1-6; 18:7). Los otros se dirigen a “los moradores de la tierra” que son engañados por esos poderes terrenales (Apoc 13:8,12,14; 17:2), esto es, “a toda nación y tribu, lengua y pueblo” (Apoc 14:6).

Los que anhelan la nueva tierra y su cielo donde more definitivamente la justicia, se afanarán en descubrir y pertenecer al “remanente”. Es únicamente ese remanente el que representa verdaderamente el reino de Dios, porque “guarda los mandamientos de Dios y tiene la fe de Jesús” (Apoc 12:17; 14:12). Los sueños de los que lo componen se centrarán en la venida del Señor, porque sólo él podrá terminar con este mundo de dolor. ¡Lejos esté de la iglesia del Señor, pues, aspirar a llegar al poder terrenal que ejercen los reinos de este mundo, y que el diablo le ofreció al Señor con antelación, para tentarlo en el desierto! (Mat 4:8-10). La verdadera iglesia debe seguir su ejemplo si quiere realmente cumplir con la misión que le encomendó el Señor (véase Sant 4:4).

Luego de hacer el milagro de reproducir los panes y los peces ante una inmensa multitud, Jesús vio que iban a venir “para arrebatarlo por la fuerza y proclamarlo rey” (Jn 6:15). Esa gente captó que algo iba mal en el liderazgo y obra del Señor. Este hombre tenía plenos poderes como para obrar un milagro tan prodigioso, pero rechazaba los honores mundanales que los hombres tributan a sus políticos y gobernantes. De seguir así, nunca iba a llegar al poder. Pero el Señor desbarató sus planes, los dispersó, despidió a sus discípulos, y “volvió a retirarse al monte él solo” (Jn 6:15). ¿Debía la iglesia que recibiese una misión espiritual equivalente a la suya, buscar y aceptar el honor y agasajo terrenales, para terminar sentándose “como reina”, pretendiendo no ser “viuda” ni ver “luto” jamás? (véase Apoc 18:7).

Todo sueño de predominio sobre los demás, y en un contexto universal, refleja las huellas de quien quiso recibir todo reconocimiento y poder en el cielo, aún el de Dios mismo y sin merecerlo (Isa 14:12). En el sentido opuesto está la religión de Cristo, quien se despojó a sí mismo y dio su vida para salvarnos (Filip 2:6-11). No hizo el Señor llamados a empuñar las armas carnales de este mundo, porque sólo los que se afanan por obtener la primacía recurren a la fuerza militar.

Jesús le explicó a Pilato que su reino no es de este mundo, de lo contrario tendría gente que pelearía por él (Juan 18:36; 2 Cor 10:3-4). Por eso el Señor no exhortó a sus discípulos a tratar de imponer por la fuerza los principios de su reino. El que quiere abre la puerta de su corazón, y el que no, tiene libre albedrío para mantenerla cerrada (Apoc 3:20; véase Jn 6:66-68).

15. La separación de poderes

Ya vimos que el problema de las monarquías antiguas fue la soberbia que Dios debió abatir vez tras vez, confrontando los reinos entre ellos mismos, y llevándolos a sucederse los unos a los otros. Vimos también que la teocracia que intentaría establecer el anticristo romano, según las profecías, adolecería del mismo problema. Sería un rey “altivo”, “arrogante” y “blasfemo” (Dan 7:8,11,20-21; 8:23; Apoc 13:5-6), todo lo que se requiere para que un poder se vuelva tirano e intolerante (Dan 7:22,25; Apoc 13:7). Ahora veremos que la teocracia que buscó introducir y asumir fue en abierta desobediencia al mandato de Cristo.

Llama la atención que la Iglesia Católica Romana, después de más de 200 años de reclusión política que le impusieron las autoridades seculares, ha pasado a partir de Juan Pablo II más definidamente, a reclamar libertad de conciencia. La que esclavizó al mundo con sus dogmas estatales, ahora pretende que la privan de libertad. ¿En qué consiste tal libertad que reclama? En requerir que se le permita otra vez ejercer su ministerio público por encima de los gobiernos, con leyes que respalden la fe católica como las que había impuesto durante toda la Edad Media.

Entre las leyes que la Iglesia Católica reclama a las autoridades civiles están la de la imposición de sus días festivos, especialmente en los países cuya tradición puede remontarse a su accionar político como Iglesia. Así, en el Catecismo Romano puesto al día por Juan Pablo II, establece que “los cristianos deben reclamar el reconocimiento de los domingos y días de fiesta de la Iglesia como *días festivos legales*” (2188). Y en su carta *Dies Domini*, el mismo papa insistió en que “es natural que los cristianos procuren que, incluso en las circunstancias especiales de nuestro tiempo, la legislación civil tenga en cuenta *su deber de santificar el domingo*” (67).

Pero la verdadera iglesia del Señor nunca debía recurrir al gobierno de cada país a donde fuese para imponer a todo el mundo sus dogmas y creencias, porque eso atentaría automáticamente contra la conciencia de quienes no los compartieran. Una actitud tal la llevaría a asumir una misión teocrática y, al mismo tiempo, a comprometerse con la espada de los príncipes de este mundo. Aún en los países en los que la mayoría de la población se convirtiese al cristianismo, inclusive sus príncipes, debía mantenerse una clara diferencia entre la misión de la iglesia y la misión del estado. Ya que “ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar al que lo tomó por soldado” (2 Tim 2:4). Y el que nos tomó por soldado de su ejército divino nos envió a luchar únicamente con las armas espirituales que él mismo usó para derrotar al adversario. “Vuelve la espada a su lugar”, dijo el Señor a su discípulo, “porque todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mat 26:52).

Una separación del poder estatal y del poder religioso quedó bien enmarcada por el Señor cuando dijo: “Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mat 22:21). Con esto Jesús no dio a entender que la iglesia debía estar sobre el estado, requiriéndole leyes que refrendasen sus creencias religiosas y que le permitiesen actuar como la *religión del estado*. Tampoco dio a entender que el estado debía obrar sobre la iglesia, con leyes que atentasen contra la conciencia de sus feligreses (véase Hech 5:29). Sino que ambas autoridades debían ejercer una misión separada, y ninguna debía entrometerse en la función de la otra sin socavar y dañar la función de cada cual. Una declaración más precisa aún la dio el Señor al decir “mi reino no es de este mundo” y que, por lo tanto, no iba a recurrir ni a ejércitos ni a la autoridad civil que lleva la espada, para imponerlo en toda la tierra (Jn 18:36; Mat 26:52; véase Jn 6:15). El reino del Señor es espiritual, y debía mantenerse como tal hasta su segunda venida.

Al crecer el cristianismo y llegar a la corte imperial pagana, la iglesia romana fue tentada y hasta codició el poder temporal para imponerse sobre el estado, con la idea de que el orden espiritual es el alma y el civil el cuerpo que debe obedecer al alma. Esto está reclamando el papado hoy cuando insiste en que Europa no debe desentenderse de su alma que lleva por tradición, esto es, la Iglesia Católica. Pero la historia prueba sobradas veces cuánto se enredó la Iglesia Católica en las luchas de esta vida, de tal manera que se corrompió a sí misma y corrompió a todos los gobiernos donde impuso su autoridad. Y aunque los emperadores supuestamente se convirtiesen, la historia probaría que retendrían la constitución legal y administrativa pagana del imperio. Ese aparato administrativo y legal imperial romano iba a heredarlo el papado, pretendiendo establecer un contubernio divino-pagano con los reyes que reconociesen su autoridad. Pero, ¿iría Dios a fundar realmente una teocracia con una nación o imperio bajo leyes que él no dictó?

La trama y urdimbre del telar papal probó ser espúreo por introducir en los reinos que abrazaron su sistema religioso, una ley divina adulterada. No fue el Decálogo tal como Dios lo escribió el que formó la base de la tela

legislativa de los reinos europeos y latinoamericanos, sino un decálogo adulterado. En ese decálogo de fabricación papal la iglesia de Roma se tomó el atrevimiento de cambiar el cuarto mandamiento relativo al día de reposo (pasándolo del sábado al domingo), y de anular el segundo que prohíbe la veneración de imágenes (Ex 20:4-5,8-11). ¿Iba Dios a conformar una teocracia basada sobre un poder arrogante y blasfemo que pretendería ocupar su lugar en la tierra como su vicario, adulterando su Ley? Si ya partían mal con un decálogo fraguado, ¿cuánto más no iban a malrepresentar el carácter de Dios al intentar enhebrarlo en el contexto social de su época?

Precisamente la profecía anunciaba que el poder que saliese de la Roma de los Césares, una vez que éstos cayesen, “pensaría cambiar los tiempos y la ley” (Dan 7:25). Esto prueba de por sí sólo que las cruzadas que lanzó el papado romano en presunta representación de Dios, se fundaron en un hilado de leyes divinas tergiversadas con leyes humanas que jamás podrían haberse tejido en el auténtico telar del cielo. Y siendo que todos los reinos que adoptaron la fe católica enhebraron los mismos hilos híbridos, dieron por resultado un lienzo medieval adulterado y despótico. No sólo entretejió en la sociedad medieval un Decálogo adulterado procurando “cambiar los tiempos y la ley”, según acabamos de ver, sino que también introdujo un espíritu intolerante y despótico que no es el de Dios. Ya que el verdadero “Espíritu es dado a los que le obedecen” (Hech 5:32), y donde no está el Espíritu del Señor, no puede haber genuina libertad (2 Cor 3:17; véase Jn 8:36).

La pretensión de que la iglesia debía intervenir con métodos inquisitivos y coercitivos “para conservar la pureza del estado, ... dio al fin por resultado la corrupción de la iglesia” (CS, 341). No se percibió que “el consorcio de la iglesia con el estado... puede en apariencia acercar el mundo a la iglesia, mientras que en realidad es la iglesia la que se acerca al mundo” (CS, 342). Esto tampoco lo entendieron plenamente los protestantes hasta que se descubrió el nuevo mundo (el continente americano), y los Estados Unidos de Norteamérica fundaron una constitución con los verdaderos principios de libertad de conciencia que emanan del evangelio. Y por la influencia de ese país, los principios de libertad que esa ideología y constitución garantiza se extendieron por todo el mundo. Así, gracias a la influencia de los Estados Unidos de América, hoy se acepta en la mayoría de los países de la tierra que es “deber de los magistrados restringir el crimen mas nunca regir la conciencia... El público o los magistrados pueden fallar en lo que atañe a lo que los hombres se deben unos a otros, pero cuando tratan de señalar a los hombres las obligaciones para con Dios, obran fuera de su lugar” (CS, 338).

De nuevo Jesús se distanció de una misión judicial cívica al declarar entre dos partes que se peleaban por la herencia, “¿quién me puso por juez o partidador sobre vosotros?” (Luc 12:14). Y les advirtió sobre el propósito de la vida, que no consiste en la abundancia de los bienes que posee (v. 15). Al pretender la iglesia romana siglos después, erigirse en jueza y partidora en toda contienda civil y terrenal (véase Dan 11:39), manchó su reputación con sangre y crímenes de los más horribles que conoció la historia de este mundo. Pretendiendo altaneramente tener una visión espiritual que los demás no tienen en los órdenes políticos y civiles, demostró y sigue demostrando igual o mayor corrupción. Se ve en esa actitud, además, cuán ciertas son las palabras de Jesús quien dijo: “No juzguéis, para que no seáis juzgados, porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, seréis medidos. ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y dejas de ver la viga que está en tu ojo? O, ¿cómo dirás a tu hermano: ‘Déjame sacar la paja de tu ojo, cuando tienes una viga en tu ojo?’ ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu ojo, entonces podrás ver para sacar la paja del ojo de tu hermano” (Mat 7:1-5; 1 Cor 4:5).

16. Presuntas guerras justas

Al introducir el tema de la guerra, Tomás de Aquino (S. XIII) se basó en Agustín de Hipona (S. V), quien había vivido en la época en la que los emperadores romanos se habían convertido nominalmente al cristianismo sin abandonar las leyes y fórmulas paganas del viejo imperio, y exigían a sus soldados ir a la guerra. Ambos teólogos fundamentaron la fe católico-romana de la mayor parte de los dos milenios de su historia. En su *Suma Teológica*, Tomás declaró que hay guerras justas en las cuales aún los cristianos deben intervenir, lo que está refrendado por el *Nuevo Catecismo Católico* (2309). Según el catecismo, cuando falta una autoridad internacional competente para arbitrar en las confrontaciones entre los pueblos, el recurso a la guerra para defender los intereses propios no se lo puede negar (2308). En esto parece participar la Iglesia Católica de la interpretación que hacen los musulmanes moderados hoy del Corán. Según tales musulmanes, cuando Mahoma

escribió el Corán no existía la legalidad internacional que existe hoy y, por lo tanto, en esa época fue justificada la guerra.

¿Cómo procuró Tomás de Aquino responder a la contradicción de su posición con la enseñanza de los evangelios? Definiendo por un lado lo que para él eran guerras justas, y declarando por el otro que sólo los religiosos están exonerados de portar armas. Siguiendo sus principios, aún hoy en los países católicos, los seminaristas pueden optar por no prestar el servicio militar que se exige a los demás ciudadanos.

- *¿Cuáles son, para Tomás, las guerras justas?* El teólogo dominico concluyó que hay tres tipos de guerras justas. *La primera* es la que promueve el príncipe debido a que “lleva la espada” civil y es “servidor de Dios” para bien, “vengador para castigar al que hace el mal” (Rom 13:4). Según él, un ciudadano común no puede promover la guerra porque produciría desorden y anarquía. Por tal razón creyó que la voluntad individual debía someterse a la decisión del rey, único garante de la paz por promover la unidad que él mismo representa como supremo gobernante.

Tenemos que tener en mente que Tomás de Aquino vivía bajo gobiernos monárquicos a los que favoreció como sistema de gobierno. Al hacerlo así, especialmente en el contexto de la guerra, sentó un principio que violentaría la conciencia individual de todo aquel que quisiese someter su conciencia a la Palabra de Dios, no a las decisiones volubles del corazón de un príncipe. Fue el gran reformador Martín Lutero quien revirtió el cuadro al afirmar que “no es digno para ningún cristiano obrar contra su conciencia”. ¿Quién debía determinar, de allí en adelante, si una guerra era justa o no? ¿El príncipe o el ciudadano? Es a partir de entonces que aparecen también muchos “objetores de conciencia” que se negarían a combatir, ya que no iban a aceptar someterse al corazón impetuoso e irregenerado que pudiese tener el príncipe de turno.

En tiempos modernos, algunos teólogos de la Biblia han ido al Antiguo Testamento para ver si el hombre no era más que un fragmento de la sociedad sin capacidad de decisiones propias, o si primaba un concepto individualista por sobre otro colectivista. En otras palabras, si ya existía en la Biblia el concepto que introdujo Lutero en la Edad Media sobre la conciencia individual como soberana, contra la idea prevaleciente en su época del deber de someterse a la conciencia de los príncipes y prelados papales. Hubo quienes pretendieron que el concepto individualista nació con Isaías y Jeremías. Pero el debate que introdujeron hizo ver más definidamente que ambos conceptos estuvieron siempre en la base de la fe de Israel. Enoc caminó solo con Dios, hasta que Dios se lo llevó (Gén 5:22,24). Dios llamó a Moisés desde la zarza ardiendo (Ex 3). Las leyes rituales del Antiguo Testamento contienen sacrificios por la persona en particular, y también por la comunidad (Lev 4-5; Núm 28-29).

Es cierto que el sentido de solidaridad social que imperaba en la Biblia era, en muchos aspectos, más fuerte que el que encontramos a menudo hoy en las naciones que se autodenominan “libres”. Pero eso no quita que en relación con los mandamientos de Dios, la lealtad individual estaba por encima de las decisiones de príncipes y reyes. Urías hitita desobedeció al rey David cuando éste lo hizo traer de la guerra para que se acostase con su mujer, porque prefirió obedecer la ley de Dios antes que al rey. Esa ley divina establecía que en tiempos de guerra no debían los soldados tocar mujer, ni siquiera su propia esposa (2 Sam 11:6-11; véase Deut 23:10-11; Lev 15:16-18), algo que David sabía muy bien (1 Sam 21:4-5).

Se nos iría el tiempo trayendo a colación tantos casos bíblicos en donde se establece claramente el principio individual de lealtad requerido por Dios, en expresiones definidas como “el que peque, ese morirá” (18:4). De nuevo, en relación con ese énfasis de responsabilidad individual delante de Dios, vemos que Juan en el Apocalipsis transmitió las palabras del Señor, quien dijo, “el que venza, tendrá esta herencia” (Apoc 21:7; véase 2:7,11,17,26; 3:5,12,21). La lealtad de los recabitas que no violaron la ley de consagración a Dios de la familia ni ante la sugerencia del profeta, es puesta de ejemplo para mostrar la lealtad que Dios requiere de su pueblo (Jer 35). Ningún otro presunto profeta podía alterar la clara orden divina, so pena de muerte como pasó con el profeta desobediente (1 Rey 13). Ni aún si viniera otro ángel del cielo con otro evangelio, podría inducirnos a transgredir lo que Dios dejó claramente consignado en su Palabra (Gál 1:8).

Es ante una constitución divina, la Biblia, que debe rendirse la conciencia individual; no ante ninguna otra cosa o autoridad que pase por encima de la revelación divina (Isa 8:16,20). El que se arroga un derecho tal usurpa el poder y la autoridad de Dios. El gran reformador alemán estaba fundado, por consiguiente, en la Biblia como única autoridad referente para regir la conciencia individual. En asuntos de conciencia, cuando los escrúpulos religiosos están fundados en la Palabra de Dios, “es menester obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hech 5:29).

¿Sobre qué base se negarían muchos a combatir, más definitivamente a partir de la proclamación de la inviolabilidad de la conciencia individual que interpuso Lutero? En realidad, mucho antes que la reforma de Lutero hubo mártires que dieron su vida antes que violar su conciencia individual que estaba fundada en la Palabra de Dios. Los humildes “amigos de Dios” (mal llamados cátaros), que fueron exterminados por las cruzadas papales en los S. XII y XIII, se basaban en las palabras del evangelio que decían: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os maltratan y os persiguen. Para que seáis hijos de vuestro Padre celestial...” (Mat 5:44-47). “No resistáis al malo, antes al que te golpee en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” (v. 39). Los principios de libertad que aquellos “Amigos de Jesús” infundieron basados en los evangelios, son hoy ponderados y admirados como habiéndose adelantado en siglos a la época impuesta entonces por el papado romano, y justificada por su teólogo medieval más prominente.

La *segunda* guerra justa, para Tomás de Aquino, es la que venga las injurias y lo robado. Para ello encontró apoyo en Mat 10:34, donde el Señor dijo que no vino a traer paz, sino espada. Pero aquí malinterpreta también el evangelio, porque la espada a la que se refirió el Señor en ese pasaje no es la espada civil, sino la espada de la disensión que se crea cuando alguien se convierte al Señor y se levantan quienes quieren someterlo a la conciencia de una familia y de la sociedad. El pasaje va, justamente, en sentido contrario al que propone Tomás, ya que el contexto muestra que la fidelidad al Señor en asuntos religiosos está por encima de la concepción religiosa de los miembros de una familia (v. 35-39). Por otro lado, las epístolas de Pablo usan el término espada para referirse, también, a la Palabra de Dios (véase Ef 6:17; Heb 4:12), y la guerra a la que se lleva a cabo en el orden espiritual (véase Ef 6:11-20).

Es claro que la Biblia no exhorta en ningún lado al cristiano a promover su fe mediante la autoridad civil, ni a recurrir por cuenta propia a la espada literal para convencer a los demás. En lugar de la espada secular, el Señor exhortó al que lo siguiese a abandonar ese entorno violento, y mostrar abnegación tomando su cruz (Mat 10:37-39). En efecto, la espada de la venganza le estaba prohibida al soldado de la cruz (Rom 12:19-21).

En lo que respecta a la “espada” en referencia a la autoridad civil, es claro que Pablo se refirió a ella y a la necesidad de someterse a esa autoridad, pero siempre que no fuese para pasar por encima de la ley de Dios. Esa espada debe castigar la violación a lo que toda persona debe a su prójimo, pero nunca la obligación individual a Dios, ya que ése es un ámbito en el que la autoridad secular no tiene derecho a juzgar. La autoridad civil lleva la espada, según el apóstol, para mantener el orden entre los seres humanos. Busca también en principio, lo que Tomás y su iglesia llaman el “bien común”. Pero el problema aparece cuando tenemos que decidir cuál es ese “bien común”.

No podemos pretender, como lo hace el nuevo catecismo romano, que la fe católica debe ser impuesta por el estado porque no hay “bien común” sin el orden espiritual que ella promueve. Al decir que “el derecho a la libertad religiosa no es ni la permisión moral de adherirse al error (cf León XIII, enc. ‘*Libertas praestantissimum*’), ni un derecho supuesto al error (cf Pío XII, discurso 6 Diciembre 1953)”, está negando a los que rechazan la doctrina católica esa libertad, la que debe ser denegada “según las exigencias del bien común” (2108-2109). De hecho, declara el *Nuevo Catecismo Católico* que la imposición de las fiestas católicas, inclusive el domingo, es un “bien común” que los cristianos tienen derecho a reclamar a las autoridades civiles para que lo impongan por ley (2188: “En el respeto de la libertad religiosa y del bien común de todos, los cristianos deben reclamar el reconocimiento de los domingos y días de fiesta de la Iglesia como días festivos legales”). Y el “bien común” que promueve la iglesia debe ser sostenido inclusive, si es necesario, por la espada civil o militar (2265). Aún la actividad política ejercida por los laicos—cree el catecismo romano—“deberá atender siempre al bien común y ajustarse al mensaje evangélico y a la enseñanza de la Iglesia” (2442).

Criterios tales basados supuestamente sobre un “bien común” que, a su vez, se basa a menudo en principios totalitarios en los que las mayorías son las que lo determinan, y en armonía con la fe católica, dieron lugar a que los príncipes europeos, con la anuencia y arenga de los papas que pretendían ocupar el lugar de Dios, hiciesen guerras injustas a pueblos que vivían en paz y libertad. A esos pueblos les negaron el mayor bien común al que podían aspirar, el de la libertad. Los esclavizaron al someter la conciencia individual a las decisiones de los príncipes y prelados católicos.

La *tercera* guerra justa para el teólogo católico era la que pudiese probar una intención recta en los contendientes. Según él, es correcto frenar a los malos y favorecer a los buenos. Así, cuando el propósito de la guerra es imponer la paz, entonces corresponde emprenderla. En este punto no se diferencia su criterio demasiado del criterio musulmán, que siempre creyó que su objetivo era imponer la paz musulmana. En el caso

de Tomás, las guerras y cruzadas que emprendían los papas en sus días tenían que ver con la imposición de la paz católica. Indudablemente Tomás, por creer que sus reyes y papas eran dignos, no tenía en cuenta la advertencia bíblica que dijo: “Pero los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estar quieto, y sus aguas arrojan cieno y lodo. No hay paz para los malos’, dice mi Dios” (Isa 57:20-21).

Pensemos un poco. ¿Qué paz vamos a procurar imponer con la guerra? Jesús fue preciso al decir: “Mi paz os dejo, mi paz os doy. No como el mundo la da” (Jn 14:27). En este pasaje el Señor fue bien claro en diferenciar la paz que él da de la paz que da el mundo. Mientras que los gobiernos pueden producir un estado de relativa paz exterior, no pueden imponer la paz interior que sólo el Señor puede dar (Rom 5:1). “Estas cosas os he hablado”, agregó el Señor, “para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción. Pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn 16:33). ¿Cómo venció el Señor al mundo? ¿Lo venció mediante ejércitos y acciones militares? “Esta es la victoria que vence al mundo”, declaró Juan, “nuestra fe” (1 Jn 5:4; véase Filip 4:6-9).

- Intento tomista de evitar la contradicción. ¿Cómo intentó salvar Tomás de Aquino la dicotomía que veía en sus días entre lo que decían los evangelios y lo que veía hacer a los dignatarios de su Iglesia Católica Romana? Haciendo una diferencia que no aparece en la Biblia entre el laicado y el clérigo. Mientras que los laicos no podrían oponerse a la voluntad del príncipe que llevaba la espada supuestamente para el bien común que promueve la religión católica, los sacerdotes estarían libres para no combatir por poseer la visión espiritual que los demás presuntamente no tendrían. Así sentó Tomás de Aquino las bases para el accionar más hipócrita que conoció la historia medieval. Los papas instigaban a los reyes para que guerreasen, creaban los famosos tribunales de la Inquisición, pero en última instancia se lavaban las manos mandando ejecutar su sentencia a las autoridades civiles. Al mismo tiempo rogaban a esas autoridades civiles (que no tendrían derecho a obrar en forma contraria a lo que habían determinado los prelados papales), para que perdonasen la vida a los presuntos herejes.

No podemos de ninguna manera aceptar esa diferenciación entre el clero y el laicado. “Todo aquel que nace en el reino de Dios, nace como misionero”. De manera que un cristiano, sea pago o no pago, de tiempo completo o parcial, está igualmente comprometido con la predicación del evangelio, y es ministro de la Palabra de Dios. Los evangelios no se dirigieron a los unos, dejando a los otros privados de su consejo y exhortación. Tales falacias en el catolicismo romano y en el cristianismo de hoy forman la base de la corrupción que hay en el mundo así llamado cristiano. La integridad moral y espiritual debe fomentarse, mantenerse y respetarse para todos.

¿Y cómo hace y hará Dios para poner en orden las cosas en este mundo o, al menos, para mantener el freno de la violencia y la maldad, o aún abrir las puertas para la predicación del evangelio, si su iglesia no debía buscar el soporte militar? Como lo hizo en lo pasado, permitiendo la confrontación entre las naciones, de tal manera que los unos se sucedan a los otros, y el “remanente” fiel que preservase pudiese subsistir. “*Dios usará a sus enemigos como instrumentos para castigar a aquellos que hayan seguido sus propios caminos perniciosos, por los cuales la verdad de Dios ha sido tergiversada, juzgada equivocadamente y deshonrada*” (PC, 136 [1894]). “Porque *Dios ha puesto en sus corazones ejecutar lo que él quiso*, a saber, ponerse de acuerdo y dar a la bestia el poder de reinar, hasta que se cumplan las Palabras de Dios” (Apoc 17:17).

17. La Iglesia Adventista ante la guerra

Nuestra iglesia se vio confrontada por primera vez con el problema de la guerra en la única guerra civil que conoció el gran país del norte de América, conocida como Guerra de Secesión. Volvió a crearse otro problema serio en la Primera y en la Segunda Guerras Mundiales. En ambas guerras hubo dirigentes que no dominaban bien el tema y, por consiguiente, cometieron errores ante la presión bajo la cual vivieron. Pero los consejos que provinieron del cielo a través del Espíritu de Profecía y en armonía con las enseñanzas de la Biblia, son bien definidos, y ningún adventista tiene por qué andar a tientas en este asunto.

Como en muchas cosas que se dan en esta vida de pecado, hay paradojas, inclusive en el evangelio. Las paradojas no son necesariamente una contradicción, sino una aparente incongruencia entre lo que se profesa y lo que se practica. En lo que respecta a la guerra, nuestra iglesia es bien definida en aconsejar a sus miembros no ir a la guerra. Pero honra a los grandes héroes de la patria que llevaron a cabo guerras de independencia y liberación como, en Latinoamérica, José de San Martín y Simón Bolívar. Al mismo tiempo, para proteger sus instituciones educativas y médicas en ciertos lugares del mundo, si no pide la ayuda de la policía del lugar,

cuenta con gente armada cuya única misión es defensiva. Para ello se basa en la declaración de Pablo a los Romanos, en donde afirma que el poder civil que ostenta la espada es “servidor de Dios para bien” (Rom 13:4). Eso lo dijo el apóstol en referencia a un gobierno cruel como era el romano, lo que en algunos aspectos podría entrar dentro de la declaración del profeta que dijo acerca de Nabucodonosor, rey de Babilonia, que era “siervo de Dios” para castigar a su pueblo que obraba el mal (Jer 25:9).

Las leyes de las naciones no reflejan necesariamente en todo punto la ley de Dios, pero cumplen con su propósito de frenar la maldad en el mundo. “Si no fuera por estas leyes, el estado del mundo sería mucho peor de lo que es. Mientras que muchos... legisladores son agentes activos de Satanás, Dios tiene también los suyos entre los caudillos de la nación” (CS, 668). Y en lo que respecta a servir en la policía y en el ejército de un país, dependiendo de las condiciones y de la posición que se ocupe, no hay ningún pecado en ello. Forma parte de lo que cada ciudadano puede desempeñar en su servicio a la patria en la que nació. Hay deberes cívicos que se deben cumplir para el bien de cada país y de todos sus ciudadanos.

Conocí un jefe de policía en Montevideo que era adventista, anciano de la iglesia de Colón. También conocí a un general del ejército brasileño que era anciano y director de jóvenes en la iglesia principal de Río de Janeiro (me refiero a dos personas que conocí hace unos treinta años atrás). El general brasileño nos contó la historia de su conversión siendo ya general. Había sido adventista de niño, y al tener un hijo con un problema de salud incurable oró a Dios y le prometió volver a la iglesia si lo sanaba. Cumplió con su promesa y contaba agradecido, por doquiera, lo que Dios hizo por él y por su hijo.

José en Egipto, Daniel en Babilonia, son ejemplos notables de hijos de Dios que sirvieron en los grandes imperios de este mundo en sus funciones cívicas. Y aunque en una posición tal puede ser más difícil mantenerse fiel a Dios, dejaron su noble testimonio de la verdad en esas cortes elevadas del mundo antiguo. Así también puede ser hoy, aún en el ejército que tiene como propósito principal proteger el país donde vivimos.

En nuestras instituciones médicas y educativas contamos con agentes armados que empuñan el arma únicamente con un carácter disuasivo y defensivo. Pero en lo que respecta a las guerras que un país pueda sentir que debe promover hoy, es difícil decidir si va a ser de esa naturaleza. Nos encontramos con un nuevo problema en la definición de la guerra justa que tanto judíos como católicos y protestantes se plantean. La política norteamericana ha sido desde el principio ir a donde se abre la llave del mal que puede afectar a los americanos. Así, para combatir la droga, no se quedan esperando en su país para frenar su tráfico, sino que van a Colombia a exigir que no la produzcan más. Y en lo que respecta al terrorismo, no se quedan esperando en su propia tierra porque, con la globalización, ninguna frontera puede sellarse. Todas son vulnerables. ¿Qué podemos aconsejar a todo joven a quien quieren exigir enrolarse en el ejército para ir a la guerra?

- **No violamos la conciencia individual.** Siempre hemos aconsejado definitivamente no ir a la guerra, sino obrar de tal manera que contribuyamos a arreglar los conflictos y buscar la paz, conforme a lo que dijo el Señor: “bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mat 5:9). En los votos tomados por la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día en diferentes momentos de nuestra historia, se ve una posición coherente y definida de principio a fin. Llamamos a todos nuestros miembros a cumplir con la misión de nuestro Señor que no vino al mundo para destruir vidas, sino para salvarlas. E insistimos en la necesidad de guardar todos los mandamientos de Dios.

Esta posición oficial que siempre tuvo nuestra iglesia proviene de los evangelios, y encuentra la siguiente confirmación en la siguiente declaración de E. de White en relación con la Guerra de Secesión. “Me fue mostrado que el pueblo de Dios, que es su tesoro peculiar, no puede comprometerse en esta perpleja guerra, porque se opone a todo principio de su fe. En el ejército ellos no podrán obedecer a la verdad y al mismo tiempo a los requerimientos de sus oficiales. Habría continua violación de conciencia. Hay hombres indignos que se dejan llevar por principios indignos... Pero el pueblo de Dios no puede ser gobernado por tales motivos... Los que aman los mandamientos de Dios se conformarán a cada ley buena de la tierra. Pero si los requerimientos de los gobernantes entran en conflicto con las leyes de Dios, queda la única pregunta para hacerse: ¿voy a obedecer a Dios o al hombre?” (E. G. White, *The Progressive Years*, 50). Véase Hech 5:29.

La declaración que acabamos de leer fue dada cuando el reclutamiento era voluntario. ¿Qué pasó cuando el reclutamiento se volvió obligatorio? De muchacho, quien fuese más tarde pastor de la Iglesia Adventista de Estrasburgo en Francia, debió ir a la guerra o de lo contrario sus padres y su hermanito menor iban a ser llevados a un campo de concentración nazi donde tendrían más probabilidades de morir que de sobrevivir. Hasta donde sepa, ese jovencito futuro pastor nunca fue disciplinado ni borrado de la iglesia. Y si lo hubiera sido, hubiese

tenido que sufrir doble injuria, pues se habría actuado contra los principios que nos han caracterizado como iglesia. ¿Cuáles son esos principios? Respetamos la conciencia individual en la decisión de servir al país en lo que éste nos requiere, aún en contextos delicados de esta naturaleza.

La guerra volvió muy sensible al que fue pastor de Estrasburgo en relación con los sufrientes y necesitados, y ejerció una labor pastoral muy positiva en esa dirección. En otros jóvenes que fueron a la guerra, sin embargo, el resultado ha sido diferente. Por ejemplo, al comenzar esta serie sobre la guerra, un amigo en USA me llamó y me dijo que dos jóvenes de su iglesia que fueron a la guerra en Irak, al volver no asistieron más a la iglesia.

Cuando el reclutamiento se volvió obligatorio en la segunda parte de la Guerra de Secesión, E. de White escribió lo siguiente: “Vi que los que han ido a hablar tan decididamente en contra de la obediencia al reclutamiento no entienden de lo que hablan. Si fuesen reclutados y rehusasen obedecer, y fuesen amenazados con prisión, tortura o muerte, retrocederían y descubrirían entonces que no estaban preparados para semejante emergencia. No soportarían la prueba de su fe. Lo que pensaban que era fe era sólo presunción fanática” (*ibid*).

“Los que están mejor preparados para sacrificar aún la vida, si les fuese requerido, en lugar de ponerse en un estado donde no podrían obedecer a Dios, hablarían lo menos posible. No harían alarde. Guardarían profundamente sus sentimientos y meditarían mucho. Sus oraciones más sinceras ascenderían al cielo por sabiduría para actuar y gracia para sufrir. Los que sienten que en el temor de Dios no pueden comprometerse a conciencia en esta guerra estarán bien callados, y cuando se los interrogue declararán simplemente lo que están obligados a decir para responder al que los interroga, y entonces harán ver que no tienen simpatías con la Rebelión...”

“Me fue mostrado que como pueblo no podemos ser demasiado cuidadosos sobre la influencia que debemos ejercer; debíamos ser cautelosos en cada palabra. Cuando por palabras o actos nos ubicamos en el campo de batalla del enemigo, alejamos a los santos ángeles de nosotros, y alentamos y atraemos a los ángeles malos en multitud alrededor nuestro” (*ibid*, 50-51).

El 3 de Marzo de 1863, el Congreso de los EE.UU. votó una ley que llamaba al enrolamiento de todos los que tuviesen de 20 a 45 años. Algunas declaraciones trajeron alivio a los adventistas. “Los que por razones de fe no pudiesen portar armas, serían asignados a cumplir su deber en hospitales... o pagar la suma de 300 dls.” En calidad de camilleros que salvan vidas aún en medio de una guerra muchos adventistas dieron su vida y otros fueron luego condecorados, aún en la Segunda Guerra Mundial. Como médicos, enfermeros, capellanes, en oficinas y otros tipos de servicio en donde podemos mantener nuestra posición de no combatientes u objetores de conciencia, hemos servido siempre al país que nos vio nacer y que puso su bandera sobre nosotros, y tal posición es la que recomendamos a todo creyente que tiene edad militar.

- **En Suiza.** Me llamó mucho la atención que en Suiza, el servicio militar es obligatorio hasta alrededor de 50 años. Ví a un pastor adventista y a un alumno de teología uniformados en determinado momento, mientras enseñaba en nuestro seminario Francés que está frente a la ciudad de Ginebra. Más tarde me mostró un amigo no adventista las armas que guardaba en un armario de su casa. Al principio los jóvenes deben servir tres meses al año en el ejército suizo, luego menos tiempo, hasta que su último servicio dura tres semanas al año. Cada vez que les toca deben ir con sus armas y cerciorarse de que no se deterioraron, hacer entrenamiento, y estar preparados para defender el país ante cualquier emergencia.

Suiza tiene el ejército de tierra más poderoso de Europa, ya que toda la población masculina está armada y adiestrada para reunirse en lugares estratégicos ante la menor amenaza que pueda aparecer. También tienen la mejor defensa antiaérea del continente. Siendo que tienen tantas montañas y túneles, tienen todo listo para destruir los diferentes accesos de tal manera que el ejército que se atreva a ingresar en sus fronteras no sale vivo. Es por esa razón que en todos los tumultos que ha habido en Europa en estos dos últimos siglos, ellos se han visto libres de sus entreveros. Se declararon neutrales en la Segunda Guerra Mundial y ni siquiera Hitler se atrevió a atacarlos.

Estando en Suiza en 1886, en un contexto de paz (no de guerra), E. de White escribió: “Acabamos de despedir a tres de nuestros hombres responsables que trabajaban en la oficina, quienes recibieron orden del gobierno [suizo] de ingresar durante tres semanas en el servicio militar. En la casa editora pasábamos por una importantísima etapa en nuestro trabajo, pero los requerimientos del gobierno no se acomodan a nuestras conveniencias. Exigen que los jóvenes a quienes han aceptado como soldados no descuiden los ejercicios ni la preparación esencial para los soldados. Nos alegró ver que esos hombres con sus uniformes militares habían recibido condecoraciones por su fidelidad en su trabajo. Eran jóvenes dignos de confianza. No fueron por

elección propia, sino porque las leyes de su nación así lo requerían. Los animamos a ser fieles soldados de Cristo. Nuestras oraciones acompañarán a esos jóvenes, para que los ángeles de Dios vayan con ellos y los protejan de toda tentación” (MS II, 386).

En relación con la primera guerra mundial, apenas irrumpió, E. de White fue consultada por Clarence Crisler el 20 de Octubre de 1914, debido a que algunos adventistas europeos estaban siendo reclutados por la fuerza. Los hermanos en Europa pedían consejo y preguntaban si E. de White tenía alguna luz. Ella no dio un consejo específico sobre el tema, excepto que bajo tales circunstancias los cristianos no debían actuar en forma presuntuosa (Ellen G. White V 6, *The Later Elmshaven Years 1905-1915*, 426).

- **Experiencia en Papúa Nueva Guinea.** Hace pocos años atrás, la guerra entre dos facciones arreciaba en esa región. Cierta mañana, en medio del infernal intercambio de fuego entre los contendientes, nuestros hermanos y hermanas adventistas decidieron salir del templo, ir al campo de batalla, interponiéndose entre los dos frentes, cantando himnos. A medida que avanzaban, los dos bandos iban dejando de combatir, y la guerra se detuvo. ¡Qué valor, y qué manera admirable de combatir, en este caso, la verdadera causa del mal! Sin duda recordaron nuestros hermanos la experiencia del pueblo de Israel en la antigüedad, cuando ante la angustia de la guerra se pusieron a cantar, y Dios efectuó una gran liberación (2 Crón 20:19-22). ¡Cuántos mártires murieron en la hoguera durante la Edad Media, cantando himnos de alabanza y gratitud a Dios!

- **Héroes adventistas.** En tiempos de crisis, han habido muchos héroes adventistas en diferentes partes del mundo, y los seguirán habiendo. ¿Cómo se distinguen los verdaderos héroes de la fe mientras sirven en el ejército a su patria y a su comunidad, inclusive a otros países, en tiempos de guerra? Aquí mencionaré solamente a tres personas. Ellos fueron Pedro Kalbermatter, Johan Hendrik Weidner y Desmond Doss.

Pedro Kalbermatter sirvió en el ejército argentino y obtuvo el sábado libre después de no ceder ni ante el pelotón de fusilamiento. Defendió también a los indios del Perú mientras servía a su iglesia como misionero, frente al gobierno y las autoridades eclesiásticas combinadas que atacaban las misiones adventistas. Cuando lo consideró necesario, se defendió a sí mismo y a los indígenas mediante el uso de armas.

John Henry Weidner, fue un salvador de vidas holandeses que estudió en nuestro seminario francés de Collonges-sous-Saleve mientras su padre servía a la Iglesia Adventista como pastor. Durante la Segunda Guerra Mundial organizó una red clandestina de rescate y fue su principal líder, salvando alrededor de 1000 vidas mientras arriesgaba la suya propia (800 de ellas judías y unas 100 de los aliados, amén de otras vidas más). Sus hazañas son de las más conmovedoras. En los últimos meses de la guerra escapó a Inglaterra donde integró un ejército de resistencia holandés. Fue condecorado por numerosos países por su heroísmo en Europa, inclusive por los judíos y por el gobierno de los Estados Unidos. Se cuenta su vida en el libro *Flee the Captor*.

Desmond Doss fue otro adventista, médico, que se negó a portar armas como objetor de conciencia, pero su heroísmo en salvar vidas durante la Segunda Guerra Mundial fue tal que el gobierno norteamericano no pudo negarle el derecho a la medalla de honor que otorga a sus héroes de guerra.

Sobre Desmond Doss

<http://www1.chapman.edu/~babbie/YCMAD/Ch02.html>

Sobre Johan Hendrik Weidner

http://en.wikipedia.org/wiki/Johan_Hendrik_Weidner

Sobre Pedro Kalbermatter

http://www.lnfbooks.com/scripts/details.php?lbookid=MAN1975PP_BW001

18. Más preguntas sobre la teocracia y la predicación del evangelio

Si Dios quería que el evangelio de salvación llegase a todo el mundo, a toda nación, pueblo y lengua, ¿por qué esperó tanto para hacerlo? ¿Por qué no mandó ya a Abraham a recorrer toda la tierra? ¿Por qué asentó al pueblo de Israel en Palestina, en lugar de desparramarlo por todo el mundo para que predique el evangelio, como lo hizo más tarde con la iglesia? Si un gobierno teocrático sería una traba para predicar el evangelio en su prístino carácter en las naciones con las cuales Dios no hizo un pacto oficial, ¿por qué no liberó antes a los israelitas de un sistema de gobierno tal? Ellos hubieran podido ir por todo el mundo y predicar ya el evangelio...

a) **Las limitaciones de la teocracia.** ¿Qué quiso decir el Señor cuando dijo: “Os conviene que yo me vaya, porque si no me fuera, el Ayudador no vendría a vosotros. Pero al irme, os lo enviaré..., el Espíritu de verdad”? (Jn 16:7,13). ¿Era conveniente que el Señor no permaneciese en persona en la tierra? ¿Tenía la encarnación beneficios y limitaciones? ¡Por supuesto que sí! Su encarnación fue una gran bendición porque permitió conocer la más grande manifestación de amor que Dios hubiese podido dar a la humanidad, al darlo para que muriese por nosotros (Jn 3:16). Pero de haberse quedado no hubiera podido estar con su cuerpo en todos lados. Se hubiera beneficiado sólo su contorno más cercano. Al enviarnos su Espíritu, en cambio, podría estar con cada uno de nosotros “todos los días hasta el fin del mundo” (Mat 28:20). Su omnipresencia nos sería de mayor valor.

Así también la teocracia que Dios entabló con la nación hebrea tuvo sus aspectos positivos. Su gloria habitó en medio de ellos. Dentro de un contexto relativamente limitado a la tierra prometida, la de Palestina, todos tenían la oportunidad de peregrinar al templo del Eterno y estar en contacto con la nube de gloria, sentir su presencia de una manera especial. Una revelación geográfica y étnica era necesaria para revelar la ley divina y el plan de salvación, pero al mismo tiempo tenía sus límites a la hora de compartir con todo el mundo ese mensaje.

Así como en su encarnación, el Hijo de Dios estaría limitado en el tiempo y en el espacio; así también la teocracia una vez llegada la salvación tan esperada del Redentor, hubiera trabado la predicación del evangelio a todo el mundo. Porque no se puede imponer un gobierno teocrático genuino a todo un mundo en donde impera el mal, a menos que esa misión sea de juicio y destrucción. Algo semejante pasó en Vietnam durante la guerra en la que los católicos involucraron al gobierno protestante norteamericano. Un católico subió al poder en un país de mayoría budista, y quiso aplicar la ley canónica del Vaticano, quemando y destruyendo la vida de miles y miles de budistas para imponer la religión católica (véase www.tagnet.org/distinctivemessages : *El Vaticano y los Grandes Genocidios del S. XX*).

En otras palabras, una religión minoritaria no puede imponer su religión a gente que tiene otra religión mayoritaria, so pena de producir revoluciones y masacres espantosas, como sucedió también en la ex Yugoslavia en la época de Ante Pavelic durante la Segunda Guerra Mundial, y en otros lugares. Así también, si el evangelio hubiese sido dado con una misión teocrática, la iglesia hubiera tenido que buscar el apoyo y respaldo de los ejércitos de cada país a donde fuese, produciendo masacres de toda naturaleza como las que produjo la religión híbrida de Roma. Pero Jesús le dijo a Pilato: “si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado... Pero mi reino no es de aquí” (Jn 18:36).

“Mujer, créeme”, le dijo el Señor a la samaritana que no podía desprenderse de una visión geográfica y étnica. “La hora viene, cuando ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre”. Ya que, aunque “la salvación viene de los judíos” porque Dios les encomendó la revelación de su gloria y la redacción de su Palabra (Rom 3:1-2; 9:4-5), “viene la hora, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque *esos son los adoradores que el Padre busca*” (Jn 4:21-23).

Dios obra siempre a través de un remanente (Rom 9:27; cf. Isa 10:22-23). Por eso dijo Jesús a los que recibían su mensaje, “vosotros sois la sal de la tierra” (Mat 5:13). De manera que cuando debió predicarse el evangelio a todo el mundo, el Señor no se escogió un gran imperio para proclamarlo, sino que juntó un remanente para que fuese a predicarlo, y así salvar a los verdaderos creyentes que encontrasen en su misión (Mat 28:19-20; Hech 16:30-34). Vemos así, que Dios no podía dar a sus apóstoles una misión teocrática, so pena de meterlos en guerras y confrontaciones que los alejasen de la misión de predicar el evangelio. La iglesia no debía ir por todo el mundo buscando soporte militar y político para imponer sus creencias a los habitantes de la tierra. Al buscar el apoyo político iba a mundanalizarse, y desviarse de su cometido corrompiéndose con los hábitos y costumbres del mundo.

Así como el Señor rechazó la tentación de Satanás de darle “todos los reinos del mundo” (Mat 4:8-10), también su iglesia debía rechazar la tentación “carnal” que más tarde le hiciera el “príncipe de este mundo”, cuando le ofreciese esa gloria mundanal. Pero al caer en la trampa, la iglesia de Roma hizo lo que el Señor quería evitar en su iglesia. Se volvió “ebria de la sangre de los mártires de Jesús” (véase Apoc 17:1-6). Su carácter perseguidor y despótico que asumió al fornicar con los reyes de la tierra, es hoy ya historia. Y como Dios no estuvo en medio de ella, esa iglesia apóstata se transformó, en la representación de los papas, en un dios que intentase blasfemamente remedar el papel de Dios en la antigua teocracia israelita (2 Tes 2:3-4). Así, la iglesia medieval se volvió otra vez geográfica, orientada hacia una mediación terrenal en lugar de dirigir su mirada hacia el cielo (véase Col 3:1-4). La gloria de Dios que se dio en el templo de Jerusalén en la antigua

dispensación, iba a ser suplantada ahora por la autoexaltación y glorificación de un presunto vicario suyo en la tierra (véase Apoc 13:3-4).

b) ¿Por qué esperó el Señor tanto tiempo para dar a su iglesia una misión no teocrática? Así como Cristo no podía estar en todos lados en su limitación corporal, tampoco Abraham podía ir a todo el mundo en sus días. Y si mandaba a unos pocos con el propósito de reproducirse a medida que se extendiesen, ¿qué iban a predicar? Había que preparar el terreno primeramente, revelarse a la humanidad a través de un pueblo con el cual pactase, y preparar un documento o constitución de su reino (Rom 3:2), para que la gente en todo el mundo pudiese valorar su propuesta de vivir eternamente con él, en su ciudad (véase Apoc 5; 21-22). Además, había que esperar a que llegase el Redentor prometido para que se completase el evangelio.

Fue Dios quien eligió a Israel, lo liberó, lo llevó al desierto y lo instruyó para que fuese su pueblo. Y ese pueblo decidió libremente entrar en un convenio con Dios, su verdadero Libertador. La teocracia no le fue impuesta a ese pueblo, ahora libre de la esclavitud egipcia, sino que se basó en un mutuo acuerdo. Pero una vez que se hace un pacto con Dios, hay que atenerse a las consecuencias de no cumplir con lo pactado. Siendo que Dios se escogió un pueblo para revelar su ley y su evangelio, debía luego velar para salvaguardar su reputación, su Nombre. De lo contrario ¿quién podría terminar creyendo en él? Si alguna vez el mundo, todas las naciones que lo pueblan, iban a recibir el evangelio divino de salvación, debían conocer realmente cómo es él, y contar con un respaldo histórico aceptable. A través de Isaías declaró que su propósito era disponer su reino y confirmarlo “en juicio y en justicia” en un imperio “de paz sin límite”, ya “desde” aquella antigua época “y para siempre” (Isa 9:7).

En la historia del pacto entre Dios y la nación de Israel vemos al Creador preparando primero el terreno. Comenzó apartando del resto del mundo a un hombre llamado Abraham y, junto con él, a su descendencia a la que vino a liberar cuando el imperio más poderoso de la tierra de aquel entonces se había adueñado de él. Luego lo llevó al desierto para instruirlo, sin lo cual ese pueblo no iba a entender el pacto que el Señor del cielo y la tierra iba a hacer con él. ¡Cuán importante es que sigamos hoy el mismo ejemplo del Señor al llevar a las almas a hacer un pacto con él mediante el bautismo! No se puede hacer un pacto sin primero conocerlo. Se necesita instruir a la gente en la Palabra de Dios antes de bautizarla.

La parábola de la viña ilustra la manera en la que Dios preparó el terreno para poder ser Dios de una nación en este mundo. A través de Isaías Dios reveló cómo hizo para establecer la teocracia con el único pueblo que apartó para sí de entre toda la tierra. “Tenía una viña en una ladera fértil. La había cavado, despedregado y plantado de vides selectas. Había edificado en ella una torre y un lagar. Y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres... ¿Qué más se había de hacer a mi viña que yo no haya hecho? ¿Cómo, esperando yo que diese buenas uvas, dio uvas silvestres?... La viña del Eterno Todopoderoso es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta suya deliciosa. Esperaba juicio, y hubo asesinatos; justicia, y hubo clamor” (Isa 5:1-4,7).

Una vez que se completó la historia de ese pacto teocrático con el antiguo pueblo de Israel, estaría Dios en condiciones de llevar al resto del mundo su evangelio redentor. Respaldo por una larga historia de cuidado y fidelidad divinas para con ese pueblo, ganaría suficiente credibilidad como para que la gente le creyese. Eso es lo que estaba buscando el Señor al derramar su bondad y sus juicios sobre su antiguo pueblo de Israel. Por eso declaró el profeta: “¡Oh Señor Eterno! Tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido... Muestras tu amor a millares, y retribuyes la maldad de los padres en sus hijos después de ellos. Dios grande, fuerte, Eterno Todopoderoso es tu Nombre. Grande en consejo y magnífico en hechos. Tus ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hombres, para dar a cada uno según sus obras... Hiciste señales y portentos en Egipto, y aún hoy los sigues ejecutando en Israel y entre los hombres; de modo que *tu Nombre se ha hecho famoso*” (Jer 32:17-20).

Supongamos que Dios le hubiese dado la orden a Abraham de ir a todo el mundo a predicar el evangelio. ¿Cuál evangelio iba a predicar? A su hijo tuvo Dios que revelarse como el Dios de Abraham (Gén 26:24). A su nieto como el Dios de Abraham e Isaac (Gén 28:13). Y a la nación hebrea como el Dios de los tres patriarcas (Ex 3:6; 4:5). Pero eso que servía para sus descendientes—ya que el noble ejemplo de los patriarcas iba a servir para encauzar a sus hijos después de sí (Gén 18:19)—no iba a ser suficiente para revelarse a todo el mundo. Por eso Dios no se reveló al faraón como el Dios de los patriarcas, sino como el Dios Eterno (Ex 3:18). A través de sus intervenciones sobrenaturales iba a probar lo que decía delante de una nación animista (Ex 3:20).

Mahoma escribió un libro para los musulmanes conocido como el Corán. De esto hace cerca de un milenio y medio. José Smith escribió lo que hoy sus seguidores mormones llaman Tercer Testamento de Jesucristo. De

esto hace poco más de 100 años. La Iglesia de la Unificación difunde actualmente un libro escrito por Moon, su líder fundador, en el que proclama ser el mesías asiático. Otra religión reciente se inventó la leyenda de un libro escrito por gente de otro planeta que vino y pobló esta tierra, pero que se perdió en el Tibet. ¿Cuál es la documentación que toda esta gente nos trae para que podamos creerle? ¿No hay una diferencia para con el libro que Dios escribió a través de escribientes humanos por más de 16 siglos? ¿Podría Dios llegar a convencer y convertir a gente verdaderamente racional con un evangelio que no estuviese realmente revelado en una larga historia, y anticipado por siglos de profecía?

Dios tenía que escribir primero una constitución de su gobierno divino antes que cada cual pudiese decidir si vivir o no bajo su trono. Y como Dios no se revela en lenguajes incomprensibles para la mente humana, no podía escribir su libro sino con la historia. ¿Cómo iba a poder la gente en todo el mundo comprender a Abraham, de haberlo enviado, sin ese libro completo? ¿Podía hacerlo famoso de una vez? “La mentira tiene patas cortas”, dice el refrán. Por lo cual, la verdad debía probarse en una larga historia. Por tal razón, el patriarca no recibió la orden de ir a todo el mundo en sus días, sino a la tierra que Dios le mostraría y que terminaría transformándolo en “heredero del mundo”, porque en su “simiente” iban a ser “bendecidas todas las naciones de la tierra” (Gén 12:1-3; Rom 4:13).

c) Dios siempre procuró revelarse al mundo. Aún así, los habitantes de Canaán y de Egipto, por doquiera iba el noble anciano, veían que su altar era diferente de los altares que los habitantes del lugar levantaban. Y su testimonio llevaba a muchos a meditar en un Dios diferente de los dioses pasionales y vengativos que conocían. En el testimonio de su vida, la gente de su lugar tuvo la oportunidad de conocer el evangelio. Job y Balaam son otro testimonio de que Dios se comunicaba entonces también con otras personas, aunque esa gente no formase parte del pueblo a través del cual él iba a revelarse al mundo. También vemos que a través de José Dios se reveló al faraón de Egipto, y la historia de la liberación divina de su pueblo en Egipto convenció a Rahab de que el Dios de Israel era el Dios verdadero. También Rut la moabita conoció el mensaje divino mediante su suegra. La sabiduría que le dio el Señor a Salomón conmovió más tarde a la reina de Saba (1 Rey 10). Naamán el sirio conoció al Dios de Israel por el testimonio de una niña esclava (2 Rey 5). Y el rey Nabucodonosor terminó convirtiéndose al Señor por el testimonio de Daniel y sus tres compañeros (Dan 2-4).

Estos son apenas algunos atisbos de la influencia que ejerció el evangelio conocido para aquel entonces entre las naciones circundantes. Dios lo dio a conocer a través de Israel, no sólo a las ciudades y reinos más cercanos, sino también a otras tierras más lejanas a donde fueron a parar los descendientes de la simiente verdadera en la época de la diáspora o dispersión del pueblo judío. Palestina era un lugar céntrico y de pasaje entre las grandes potencias antiguas. De manera que los que tomasen esa ruta no podían ignorar la manera diferente que ese pueblo tenía de adorar a Dios. Con la traducción al griego del Antiguo Testamento, el conocimiento de Dios se extendió por todo el mundo conocido de entonces, preparando el camino para el evangelio que iba a traer su Hijo, conforme a lo predicho. Así, los magos del oriente probaron conocer algunas profecías acerca del futuro Mesías, y creyeron. Cuando finalmente llegó el día en que su libro de revelaciones quedaría completo, Dios pudo llamar a un nuevo pueblo que ahora sería interracial e internacional, para que predicase el evangelio a todo el mundo, sin las anclas étnicas y geográficas que lo habían atado hasta entonces.

De nuevo, vemos que Dios no podía universalizar su evangelio al mundo sin antes escribirlo. Y como el evangelio divino se revela en la historia, le llevó unos 16 siglos redactarlo a través de escribientes humanos (dos milenios si lo comenzamos desde Abraham). Entonces no necesitaría estar ligado teocráticamente a ningún reino. Su libro iba a ser suficiente para revelarse al mundo doquiera se lo llevase. Y la misión de los que lo proclamaban debía verse libre de las armas y ejércitos militares de este mundo como debió serlo el reino de Salomón para construir el templo de Dios (1 Crón 28:3). El mismo hecho de no permitirle a su padre David construir el templo, quien libró “las batallas del Eterno”, muestra una vez más el esfuerzo divino por mantenerse cerca, pero no inmanente a las luchas de los hombres.

Con un libro escrito por Dios mediante instrumentos humanos, los que fuesen enviados a predicar el evangelio a todo el mundo tendrían una referencia universal definida que los uniese, y que evitase que su mensaje rematase en cualquier “viento de doctrina” (Mat 24:14; Hech 1:6-7; Apoc 10:11; 14:6-7; 18:1). Sería un evangelio de paz que no se comprometería en las guerras pasionales de los hombres ni de sus gobiernos, y estaría mediante ese libro divino ligado a la ciudad celestial. Los portaestandartes de la cruz se dirigirían también a naciones lejanas que jamás habían escuchado una historia de amor tal. Recordemos que ya en Israel

había una gradación en la culpa o responsabilidad de los pueblos más cercanos con respecto a los más lejanos (Deut 20:15-16), y había que darles a esos reinos más lejanos la oportunidad que nunca habían tenido antes.

El mensaje del evangelio es histórico, se trata de la historia de la salvación. Hoy muchos critican la Biblia desde perspectivas históricas pluralistas. Pero la Biblia no es un compendio de todo lo que ocurrió en la humanidad, ni se interesa en darnos los puntos de vista de cada persona y de cada nación y de cada religión. [Tampoco la serie del *Gran Conflicto* del Espíritu de Profecía agota la historia, o presenta todas las deducciones que se han extraído de los hechos históricos que trae a colación]. Por el contrario, encontramos en la revelación divina una historia selectiva. Allí se revela la perspectiva divina, cómo ven Dios y sus ángeles lo que ocurre en este mundo. Y sobre todo, los hechos que ocurrieron fueron escogidos no para contar todo lo que se puede contar de una historia, sino para revelar el plan de salvación. “Estas cosas les acontecieron como ejemplo” a los israelitas, “y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”, y “para que no codiciemos cosas malas, como ellos codiciaron” (1 Cor 10:6,11).

19. Cuando los santos caen en la guerra

En la teocracia israelita, mientras el pueblo obedeciese las leyes divinas tendría bendición (Deut 7:12-15; 11:13-14; 28:1-14; 30:15-16). Cuando se apartasen de sus leyes y dejasen de cumplir el propósito para el cual Dios los escogió y plantó en la tierra prometida, tendrían maldición (Deut 28:15-68). Aún así, al vérselas mal y clamar a Dios por liberación, arrepintiéndose de sus pecados y pidiendo perdón, la bendición iba a alcanzarlos otra vez, porque Dios es un Dios misericordioso (Deut 30:1-10). Cuando se consagrasen a Dios de todo corazón en contextos de peligro, indefectiblemente iba a producirse una gran liberación del Dios que moraba entre ellos y garantizaba la estabilidad del reino.

La historia de Israel confirma, así, que como reino del Señor que moraba en medio de ellos, el pueblo de Eterno experimentó el poder divino prometido para salvar. La ecuación:

- desobediencia = maldición, inestabilidad, dispersión y destrucción;

- arrepentimiento, conversión y obediencia = bendición, reunión, paz y salvación (Deut 28-29);

se cumplió al pie de la letra a lo largo del milenio y medio de existencia de Israel como nación. Cuando desobedecieron fueron vencidos en la guerra (Juec 2:11-14; 1 Sam 31; 1 Rey 22; 2 Crón 36:14-21). Cuando se arrepintieron de sus pecados y volvieron a Dios, y obedecieron sus mandamientos, obtuvieron victoria y liberación (Juec 2:16-18; 2 Sam 5:17-25; 2 Rey 19; 2 Crón 20).

Esta ecuación de obediencia igual a bendición, y desobediencia igual a maldición, que se cumplió admirablemente a nivel nacional, no siempre se cumplió a nivel individual. Hay veces en que al justo le toca pasar “por un valle de sombra y de muerte”, y le corresponde en ese caso no blasfemar a Dios, sino contentarse con saber que en esas trances, el Señor estará con él (Sal 23:4). Aunque por regla general, en el plano individual el hombre bueno se asegura un buen destino, y el impío termina experimentando el fracaso (Sal 1; 112:1,3,6,7,9; 128:1ss; 34:9ss; Prov 3:9ss; 31:13,16), también sucede que el justo sufre y parece irle bien al malvado (Sal 73). La experiencia de Job se contó para mostrar que no siempre sufre el hombre por sus pecados, y que la respuesta final está en las manos de Dios (véase Jn 9:1-3). En esta vida somos también un fragmento de una sociedad, y compartimos con ella, de buen o mal agrado, sus bendiciones y sus maldiciones.

Al contemplar David las injusticias y desigualdades de la vida se frustró y dijo: “Cuando traté de entender esto, fue duro trabajo para mí, hasta que entré al santuario de Dios. Entonces entendí el destino final de ellos” (Sal 73:15-17). Por eso aconsejó: “No te impacientes a causa de los malignos, ni envidies a los que practican la iniquidad. Porque como hierba serán pronto cortados, y como la hierba se secarán... Encomienda al Eterno tu camino, confía en él, y él obrará” (Sal 37:1-5). Lo que sostiene al fiel en ocasiones tales es el saber que Dios está con él (Sal 73:21-28), y que un día Dios hará justicia y dará la recompensa a cada cual por lo que hizo en esta vida (Ecl 12:13-14).

- **Razón de su aparente derrota.** El profeta Daniel se angustió cuando Dios le hizo ver que durante la dispensación del santuario del nuevo pacto, “los santos del Altísimo” iban a sufrir la guerra e iban a ser vencidos por un poder blasfemo (Dan 7:8,20,25; 8:11-13,24,27). ¿Cómo era posible esto, cuando Dios había prometido y cumplido la bendición y la maldición en proporción a la obediencia y desobediencia de su pueblo? Ellos habían sido deportados a Babilonia a causa de la apostasía de la nación (Dan 9), luego de haber conocido muchas veces la liberación de Dios bajo arrepentimiento, conversión y consagración. ¿Por qué ahora serían perseguidos por

tanto tiempo “los santos del Altísimo”, dispersados y vencidos por un poder arrogante y blasfemo? (Dan 12:7). Es en este contexto que Daniel estudia la profecía de Jeremías, y vuelve a implorar el perdón de su pueblo (Dan 9:1-21).

Daniel no podía entender lo que le parecía incongruente entre la ecuación sencilla de bendición y maldición que Dios había revelado a su pueblo en profecía e historia. Eso no lo iban a entender tampoco los demás fieles en la antigua dispensación hasta que viniese el Cordero de Dios y sufriese por los pecados del mundo. No es sino en el Nuevo Pacto que una incongruencia colectiva tal se explica. Dijo Jesús: “El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros” (Jn 15:20).

El Israel espiritual o iglesia de Dios iba a pasar por un período de *tres tribulaciones históricas, no por consecuencia de sus pecados, sino por su fidelidad a Dios*. La primera se dio en los días de los apóstoles con Juan identificándose claramente con ella (Apoc 1:9). Tuvo que ver con la opresión del imperio romano pagano. La segunda bajo el reinado apóstata del anticristo romano que ocupó el trono de los césares una vez que éstos cayeron, y se la conoce como “gran tribulación” (Mat 24:21; Apoc 6:9-10; 7:14). La tercera y última tendrá que ver con un corto período de tribulación que consumará la crisis final (Apoc 12:17; 14:12).

Aquí nos encontramos con algo hasta cierto punto nuevo. No se da más la ecuación fidelidad y obediencia = bendición y liberación. Es el pueblo fiel y obediente a Dios el que sufre, cae y es vencido; mientras que el reino apóstata y desobediente prospera y conserva su poder por un largo tiempo. Para todo el cielo la obra de ese poder blasfemo produce consternación, horror (Dan 8:13). El apóstol Juan anunció también la obra cruel que emprendería el anticristo o papado que surgiría del derrumbe del imperio romano, para con el remanente de la verdadera iglesia de Cristo. Iba a permitírsele “combatir a los santos y vencerlos”. También se le daría “autoridad sobre toda tribu y pueblo, lengua y nación” (Dan 7:25; Apoc 13:7).

¿Por qué sufrirían durante tanto tiempo los fieles que, según ven Daniel y Juan, se identifican con el ministerio efectuado en el santuario divino? (Dan 8:10-13,24; 11:31-35; 12:1,7,10,13; Apoc 3:10,12; 6:9-10; 11:1-2, etc). Porque Dios los mandaba al mundo, al reino del mal, y en su predicación debían enfrentarse a príncipes y gobernantes paganos que no conocían al Dios verdadero, o aún a reyes y autoridades apóstatas que seguirían al anticristo (véase Mat 10:16-18; Apoc 1:9; 6:9; 12:13-17; 13:7; 17:6; 20:4). ¿Qué se proponía el Señor revelar al universo mediante ese sufrimiento injusto? ¿Por qué tendrían que clamar los justos por el día del juicio y la venganza divina? (Apoc 6:9-10).

Dios podría haber terminado enseguida con el pecado y la maldad una vez que su Hijo vino y pagó el precio de la redención humana. ¿Por qué alargó tanto su regreso? ¿Qué propósito tuvo al permitirle al “dragón” perseguir por tanto tiempo a la mujer o iglesia verdadera mediante el anticristo romano? Durante cerca de dos milenios se vio intolerancia religiosa, y una crueldad jamás vista antes en medio de la iglesia oficial que se apartó del evangelio y sobre la cual se sentó el anticristo. ¿Quién puede entender la razón por la cual Dios dejó correr las cosas así?

Era necesario revelar al mundo no sólo la fidelidad de Dios en cumplir sus promesas de bendición y maldición, de restauración y destrucción, según la actitud de su pueblo (como Dios lo demostró en el Antiguo Israel), sino también el verdadero carácter que se perfecciona en la prueba de aquellos que aspirasen a ser ciudadanos del reino celestial. Ellos caerían “para ser depurados, limpiados y emblanquecidos” (Dan 11:35; 12:10). El crisol de la prueba permite que reluzca el oro que aparece cuando se lo hace pasar por el fuego para quemar la escoria.

El carácter de aquellos que fuesen perseguidos por causa de su fe iba a revelar los mismos atributos de abnegación, sacrificio y entrega a la voluntad de Dios que el Hijo reveló al venir a este mundo, sufrir y morir por los pecadores. Se dice de él: “Por lo que padeció, aprendió la obediencia. Y perfeccionado, vino a ser una fuente de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Heb 5:8-9; véase 2:9-18). ¿Qué aprendió y con respecto a qué fue perfeccionado? Aprendió a cumplir con el papel que debía asumir de ser el Siervo sufriente profetizado por Isaías (Isa 53), y así fue perfeccionado para llegar a ser el Autor de la salvación eterna. Los frutos de esa misión debían verse también en los que sufriesen como él, para que el universo pudiese captar hasta qué punto triunfó la obra del Señor (1 Cor 4:9,11-13; Ef 3:10-11; 2 Tim 2:11-12).

Es en la prueba que se ve mejor el contraste tan marcado entre la falsedad, hipocresía y maldad de Satanás, con la pureza, amor, y consagración de sus discípulos. Los seguidores del Cordero iban a probar ser tan fieles a Dios que estarían dispuestos a perder los beneficios temporales que este mundo de pecado les ofreciese. ¿Será por eso que el Apocalipsis prefiere referirse al Señor de ellos como Cordero, por encima de todo otro título que le confiere?

La naturaleza tan diferente de ambos reinos, el del mal y el del bien, no siempre se percibe cuando todo parece ir bien. Para que el contraste pudiese distinguirse en toda su nitidez, debían ser antepuestos ambos reinos, y así probarse en una dimensión universal que las acusaciones que Satanás hizo a Dios con respecto a los justos como Job no son ciertas. “¿Teme Job a Dios de balde? ¿No lo cercaste a él y a su familia y a todo lo que tiene? ... Extiende tu mano, toca todo lo que tiene, y verás si no te blasfema en tu rostro” (Job 1:9-11; 2:5). La integridad de una persona, de un pueblo, se mide mejor en la adversidad. Y esa clase de fruto Dios quería revelar delante del universo, para probar que el sacrificio de su Hijo no fue en vano.

Así también sucederá en esta época que está por afrontar la última y peor tormenta de la historia. “Cuando llegue el tiempo de la prueba, los que hayan seguido la Palabra de Dios como regla de conducta, serán dados a conocer. En verano no hay diferencia notable entre los árboles de hojas perennes y los que las pierden; pero cuando vienen los vientos de invierno los primeros permanecen verdes en tanto que los otros pierden su follaje. Así puede también que no sea dado distinguir actualmente a los falsos creyentes de los verdaderos cristianos, pero pronto llegará el tiempo en que la diferencia saltará a la vista. Dejad que la oposición se levante, que el fanatismo y la intolerancia vuelvan a empuñar el cetro, que el espíritu de persecución se encienda, y entonces los tibios e hipócritas vacilarán y abandonarán la fe; pero el verdadero cristiano permanecerá firme como una roca, con más fe y esperanza que en días de prosperidad” (CS, 660).

“Entre los habitantes de la tierra hay, dispersos en todo país, quienes no han doblado la rodilla ante Baal. Como las estrellas del cielo, que sólo se ven de noche, estos fieles brillarán cuando las tinieblas cubran la tierra y densa oscuridad los pueblos... Dios tiene en reserva un firmamento de escogidos que brillarán en medio de las tinieblas para demostrar claramente a un mundo apóstata el poder transformador que tiene la obediencia a su ley... Y en la hora de la más profunda apostasía, cuando se esté realizando el supremo esfuerzo de Satanás” para apoderarse del mundo, “estos fieles, ‘irreprensibles y sencillos hijos de Dios sin culpa’, resplandecerán como ‘luminares en el mundo’ (Fil 2:15). Cuanto más oscura sea la noche mayor será el esplendor con que brillarán” (PR, 140-141; Ev 512).

20. La última versión de la simiente de la serpiente

“La divina sentencia pronunciada contra Satanás después de la caída del hombre [Gén 3:15] fue también una profecía que, abarcando las edades hasta los últimos tiempos, predecía *el gran conflicto en que se verían empeñadas todas las razas humanas que hubiesen de vivir en la tierra*” (CS, 559). Esto nos muestra que el conflicto no se restringiría únicamente a Israel. Por tal razón, vemos que los profetas se pusieron a profetizar también sobre otros pueblos en los cuales el Señor intervendría para hacer justicia (Jer 46; 49-51; Am 1-2, etc). Hay una ley universal de la conciencia, que está escrita en cada corazón y a la cual deberá responder todo ser humano en el día del juicio (Rom 1:32; 2:12,14-16). Dios no es Dios únicamente de su pueblo. Es el Señor de la tierra e interviene en todas sus guerras de diferentes maneras (2 Rey 5:1; 2 Crón 35:20-22), aunque no siempre se exprese sobre cómo lo hace.

“El que ríe último ríe mejor”, dice un refrán. También se aplica al papel crucial que desempeña la última generación. Allí se verá si Dios fue capaz de levantar un pueblo que se mantuviese de pie en la recta final (Apoc 6:17-18; 7:4-8), o si su plan de salvación remató en un fracaso total (véase Luc 14:28-30). La maldad del mundo y de Satanás habrán colmado entonces la paciencia divina, y esa última generación deberá beber la copa acumulada de la ira de Dios que correspondió a toda la humanidad rebelde (Apoc 16; véase Mat 23:35-36; Apoc 18:6,24).

La última versión de la simiente de la serpiente es la de Gog en tierra de Magog, pues está proyectada para cumplirse “en los últimos días” (Eze 38:16). El diablo reunirá para entonces un ejército numeroso y poderoso (v. 15), “para arrebatarse despojos y tomar presa”, contra la tierra del pueblo de Dios (Eze 38:12-13). “Dirás: ‘Subiré contra una tierra indefensa, de gente que viven tranquilos, que habitan confiados’ (v. 11), “cuando mi pueblo Israel habite seguramente” (v. 14), “sin que nadie los espante” (Eze 39:26).

Pero en ese entonces subirá también “mi airado enojo”, dice el Señor (Eze 38:18). “Yo ejecutaré juicio sobre él con plaga y sangre. Haré llover sobre él [Gog], sobre sus tropas y sobre los muchos pueblos que están con él, impetuosa lluvia, piedras de granizo, fuego y azufre. Mostraré mi grandeza y mi santidad, y me dará a conocer a muchas naciones” (v. 22-23). El apóstol Juan en el Apocalipsis proyecta esta guerra del fin a la confrontación final que se dará en la conclusión del milenio entre las dos simientes, cuando no sólo todos los impíos, sino también el mismo diablo y sus ángeles serán destruidos (Apoc 20:7-15). Indirectamente parece aplicar esta

profecía también a la última generación de este mundo que se enfrenta al Señor en su venida, pues trae a colación el mismo llamado a las aves de rapiña para saciarse de las carnes de esa gente rebelde (Eze 39:17-20; Apoc 19:17-8,21). Con su aniquilación total y final después del milenio, la paz reinará para siempre en todo el vasto espacio del orbe (Apoc 21-22).

Tengamos en cuenta que la última generación de la simiente santa, (144.000 en número simbólico), vindicará no sólo el Nombre de Dios y de su Hijo, sino también el de todos los justos que habrán muerto antes de ellos (Apoc 7:4-8; 14:1-5,12). Esa última generación recoge la bendición de todas las generaciones fieles que la precedieron, manteniendo la antorcha de la verdad en alto hasta la meta final de la carrera de este mundo. El sello de Dios consiste, en efecto, en poseer el Nombre de Dios, su Ley, en plena vindicación de sus vidas y de la Deidad. Ya que los que lo tienen dan gloria a Dios y cumplen con el propósito por el cual fueron creados, en virtud de la sangre del Cordero (2 Tes 1:10; Apoc 14:7; véase Isa 43:6-7).

El diablo sabe todo lo que se juega en la batalla final. Por eso derrama toda su ira para destruir al pueblo fiel que guarda los mandamientos de Dios y tiene la fe de Jesús (Apoc 12:17). Sabe que “la misma imagen de Dios se ha de reproducir en la humanidad”, y que “*el honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo*” (DTG, 625). El fracaso de ese último remanente, en efecto, traería deshonra a Dios. Por eso Satanás “cuenta a las multitudes del mundo entre sus súbditos”, y ve que “la pequeña compañía de los que guardan los mandamientos de Dios resiste a su pretensión a la supremacía. Si pudiese hacerlos desaparecer de la tierra, *su triunfo sería completo*” (CS, 676). Sabe perfectamente que “si los justos cayesen entonces presa de sus enemigos, [eso] sería un triunfo para el príncipe de las tinieblas” (CS, 692).

¿Por qué sigue el diablo empeñado en una guerra atroz contra el gobierno divino, si el Hijo de Dios lo derrotó al permanecer invicto contra sus ataques y tentaciones hasta dar su vida por los pecadores? Porque sabe que si logra separar a los redimidos del Redentor, como había separado a las criaturas del Creador, al punto de no dejarle sobrevivientes en la tierra que honren su Nombre, podría desprestigiar a Dios delante del universo. Entonces el mal, con toda su secuela anárquica, podría aparecer otra vez en algún lugar del cielo, y Dios no podría agarrárselas con él para destruirlo. De allí que el triunfo final del gobierno de Dios en esta guerra implica su vindicación universal sobre todas las acusaciones de Satanás. Y es por esa razón que el Señor nos levantó en esta época final a nosotros, los adventistas, para predicar el evangelio de la purificación o vindicación final del santuario o sede del gobierno divino (Dan 8:14; Apoc 4-5).

El intento supremo de Satanás hoy es el de poder decirle al Señor cuando venga, que se vuelva, ya que su muerte fue en vano. Espera que lo que logró el Hijo de Dios cuando vino a la tierra, su vida de perfección y obediencia a Dios, no lo pueda lograr en sus seguidores. Esta creación, pretende él, no le pertenece así a Dios ni por creación ya que fracasó en el Edén, ni por redención si es que fracasa en su etapa final. Nadie lo sigue aquí en la tierra. Todos se han enrolado bajo su bandera, y se unen a su gobierno rebelde. Es por tal razón que su furia final la lanza contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo (Apoc 12:17).

21. La guerra contra el santuario

Al salir a predicar el evangelio en todo el mundo, los discípulos del Señor no buscarían establecer gobiernos teocráticos como el que Dios estableció con el antiguo Israel para protegerlos. Tampoco iban a extenderse por toda la tierra respaldados por ejércitos terrenales. El mundo estaba plagado de gobiernos teocráticos paganos, por lo que el Señor les advirtió que estaba enviándolos “como ovejas en medio de lobos” (Mat 10:16). En el mundo tendrían “aflicción” (Jn 16:33), y en su contacto con los poderes del mundo padecerían persecución (2 Tim 3:12). Pero así como el Señor venció al mundo por la fe, a ellos se los dotaría de un poder espiritual equivalente para prevalecer en su predicación, y obtener la victoria.

Aquí corresponde preguntarnos de nuevo sobre las ventajas o desventajas de un gobierno teocrático. Los gobiernos teocráticos paganos y apóstatas son, claramente, una desventaja. Pero el gobierno teocrático de Israel, aunque no serviría para predicar el evangelio en todo el mundo, no por eso dejó de tener ciertas ventajas. “Primero”, dijo el apóstol Pablo, que Dios lo estableció para revelar su Palabra, dar a conocer los principios de su reino en medio de un mundo de pecado (Rom 3:1-2). Otras ventajas más tuvieron que ver con la recepción de “la adopción, la gloria, los pactos, la promulgación de la Ley, el culto y las promesas” (Rom 9:4). El contar con un templo en donde la Deidad moraba visiblemente tiene que haber sido algo grandioso.

Era una garantía contar con el Dios del cielo y de la tierra morando en medio de ellos. En un mundo revuelto y lleno de reinos ambiciosos y belicosos, corrían siempre el peligro de ser arrasados por pueblos más fuertes que viniesen a invadirlos para quedarse con la tierra que Dios les había dado. Pero mientras ese Dios tan grande que los arrancó del imperio más poderoso del mundo antiguo permaneciese con ellos, ningún otro poder terrenal podría quitarlos de allí. La permanencia de Dios en su santuario otorgaba seguridad. Porque, ¿quién podría medirse con Dios? (Isa 27:3-4). El Nombre de Dios que moraba en su templo les daba la identidad que necesitaban para proyectarse para siempre, una permanencia que los nombres de los dioses paganos no podían proyectar (Deut 12:2-5,12; 1 Rey 8:13,29).

a) El fin de los que viniesen a destruir el templo de Dios. Por eso David, en su incompreensión de las injusticias de la vida que siempre se dan, aún en el pueblo de Dios, trató infructuosamente entenderlas, hasta que entró en el santuario divino y, allí sí, pudo entender el fin de los que obran mal (Sal 73:15-17). Así como los cadáveres de las ovejas y machos cabríos que asumían el pecado del pueblo, eran quemados en el altar del patio, y sus cenizas arrojadas luego fuera del templo y del campamento de su pueblo (Lev 6:10-13); así sucedería con todos los que se rebelasen contra Dios sin pedir perdón, rechazando el sacrificio substituto. Serían expulsados y quemados fuera del campamento de los santos (Ex 21:14).

En el microcosmos del antiguo Israel, se vio el cumplimiento de esa realidad literalmente en varios relatos bíblicos (Jos 7:24-26; 1 Rey 2:28,32-34). Debía suceder también, de una manera bien significativa, cada Día de la Expiación, el día en que concluían los servicios rituales del año con la purificación del santuario (Lev 23:29). Los pecadores inconfesos eran “cortados de en medio de su pueblo”, y el mal así erradicado de entre ellos (Deut 17:5-7). Ya fuesen vivos para morir fuera del campamento (Ex 21.14), o quemados en el templo mismo para retirar sus cadáveres (Lev 10:1-5), el mensaje era claro. Ni vivos ni muertos podrían permanecer los rebeldes en el templo de Dios y en su campamento, aunque afuera pareciesen prosperar durante cierto tiempo mientras viviesen en deleites y pecados.

En el caso de las naciones blasfemas que quisiesen venir para destruir al Dios que habitaba en medio de su pueblo, el cuadro variaba algo en la forma, aunque en el fondo era la misma situación. Iba a tratarse de gente que no tendría comunión con el santuario de Israel, no estaría inscrita en el libro de la vida, ni moraría en torno al verdadero Dios. Por consiguiente, no iban los pueblos enemigos a ser expulsados de en medio del santuario y del campamento de los elegidos, sino repelidos por el poder y la gloria de Dios cuando viniesen para destruir su templo y a su pueblo. Así le pasó al rey de Asiria que vino con su ejército amenazando al pueblo y al Dios de Israel. Un ángel del Señor hirió de muerte en una noche a todo su ejército, y debió volver abatido para morir en su capital (2 Rey 19). Notemos también que, en la profecía de Amós, el juicio de Dios se da contra las naciones que rodeaban Jerusalén (Am 1:2), la ciudad donde Dios moraba más definidamente en este mundo, y revelaba su gloria. Aunque no viniesen contra su pueblo, iban a ser juzgados igualmente por el Dios de Israel.

b) Necesidad de la trascendencia divina. Dios quería dar a su pueblo la seguridad de su presencia, pero vio necesario mostrarles que su permanencia no es inmanente a objetos y personas. En este mundo de pecado, existe siempre el peligro de infatuarse y creer que con tal de formar parte de una religión ya está todo resuelto y asegurado para siempre. Es el peligro también de “dormirse en los laureles”, en los éxitos y experiencias espirituales pasadas. Porque Dios contuvo las aguas del Jordán, pensaron que iría a contener siempre los reinos enemigos. En efecto, hasta que el arca del pacto sobre el cual se asentaba la nube cubriendo la gloria divina y su trono invisible, no se movió del fondo del Jordán, las aguas no pudieron avanzar. Así también pasaría con las invasiones de todo reino que pretendiese apoderarse de la tierra de Emanuel (véase Isa 8:7-8).

Con esa misma arca rodearon la ciudad de Jericó hasta que finalmente cayeron sus murallas. Pero tendrían un traspíe abrumador cuando, tiempo después, sacasen el arca para pelear contra los filisteos. Murieron en la batalla y los filisteos se la llevaron. Aún así, Dios entabló una guerra de dioses en tierra enemiga, e hizo estragos entre los filisteos. Con eso demostró el Señor que, de ser necesario, él se bastaba solo para derrotar a todos los enemigos, sin ayuda de nadie. Los mismos filisteos debieron devolver el arca, impotentes ante la majestad del Eterno Dios de Israel. Así estuvo ese fundamento del pacto divino por siglos en medio de su pueblo, y en el templo que más tarde le construyó Salomón en la ciudad de David.

Veza tras veza vinieron ejércitos atrevidos que desafiaron a ese Dios que moraba allí, tan sólo para cavar su fosa. Sin embargo, la infidelidad y maldad de gente tan bendecida como la de Israel, aumentó a tal punto que manos piadosas decidieron esconder el arca, para nunca más hallársela. La gloria de Dios se retiró, y la ciudad

fue presa fácil de los babilonios, quienes destruyeron aún el templo (Eze 9-11). Y cuando Dios entregó la ciudad de Jerusalén y su segundo templo a los romanos para destruirla, se vio una vez más que únicamente el reino de Dios, que está en el cielo, es inmovible (Heb 12:25-29).

Como toda “ventaja” que se nos da en este mundo, las ventajas de la teocracia antigua de Israel fueron condicionales. Llegó el día en que Dios consideró que su pueblo había ido más allá de lo que podía aceptarse en los términos del pacto, y retiró su gloria del templo, haciendo cesar también su culto (2 Crón 36:14-21; véase Rom 9:4). Aún así, se apiadó de ellos y les prometió un santuario espiritual. Mediante Ezequiel sentenció: “Aunque los eché lejos entre las naciones, y los esparcí por las tierras, con todo les seré un santuario por poco tiempo en las tierras adonde lleguen” (Eze 11:16). De esa manera Dios comenzó a anticipar el Nuevo Pacto que iba a hacer con su pueblo, una vez que se completase la revelación divina y cesase la teocracia israelita (Jer 31:31-33). El Eterno formaría con la iglesia un templo espiritual que llevaría a todo el mundo la revelación divina (Jn 14:21-23; véase 4:21-23; 1 Cor 3:16; 6:19-20). Y aunque muchos santuarios vivientes cayesen cuando viniesen a destruirlos en la guerra que se entablaría entonces, la gloria de Dios se haría manifiesta en esos templos de carne como se manifestó en la vida del Hijo de Dios (Jn 1:9-14; 2 Cor 3:18).

c) La guerra contra el santuario. El propósito divino fue siempre, desde las edades eternas, hacer de sus criaturas un templo viviente en el cual morar mediante su Espíritu (*DTG*,132). Siendo que la rebelión de Lucifer se consumó con su intento de ocupar el lugar de Dios y recibir su gloria (Isa 14:12-15), y ésta se revela especialmente en su templo, terminó haciendo una guerra incansable contra todo templo viviente que honrase debidamente a Dios. Y aunque Lucifer no sea hoy admitido más en el cielo, desde aquí en la tierra espera poder destronar al Dios del cielo que mora en su templo y recibe la gloria de los ángeles de Dios. ¿Cómo? Según ya vimos, dañando su reputación delante del universo, acusándolo de toda obra mala que se da aquí en la tierra.

La guerra contra el santuario divino la anunció especialmente el Señor a través del profeta Daniel, y de Juan en el Apocalipsis. Dan 8:14 es el pasaje clave y principal de todas las visiones de Daniel, puesto que anuncia el tiempo del fin cuando el gobierno de Dios, su templo, triunfará. Aunque su templo fue destruido dos veces (por los babilonios y los romanos sucesivamente), finalmente prevalecerá por sobre todos los reinos de este mundo. Las naciones no prevalecerán contra él. La guerra contra “los santos del Altísimo” que se aferran al Dios del santuario, terminará en un total fracaso para los enemigos que viniesen con el objeto de destruirlo (Dan 8:25; 11:45; véase 2:44-45; 7:12,26). El Nombre de Dios y el de su pueblo serán vindicados, tal como lo proyectaba cada año la purificación del santuario terrenal (Lev 16:16; Dan 8:14; Heb 9:23; Apoc 11:18-19).

En el Apocalipsis se amplía el cuadro de la contienda, y se muestra también que el arca del pacto, el templo en sí y el trono de Dios que se encuentra en el templo, triunfarán junto con la Deidad que mora allí, y junto con su pueblo que lo adora allí desde la tierra (Apoc 3:12; 4-5; 6:16-17; 8:2-5; 11:1,2,19). Todos esos elementos del santuario, ligados más definidamente al lugar santísimo, están proyectados hacia el fin. No es el momento de desarrollar aquí una teología de esa vindicación final del trono de Dios y de su santuario ante los intentos demoníacos de socavar la reputación divina y el fundamento de su gobierno. Pero conviene tener en cuenta que la batalla final tendrá como foco el santuario celestial y sus decisiones sobre la tierra.

22. Lo que refleja nuestras simpatías en las guerras actuales

Los condicionamientos sociales siempre juegan un papel importante en las simpatías que la gente pueda tener con respecto a tal o cual gobernante. Con los medios de comunicación actuales, se ha aprendido también a manipular las masas con relativa facilidad, y la guerra entre algunos países, y aún la puja del poder dentro de ellos, pasa también por la imagen que se pueda proyectar de sí mismo y del otro. Nos llamaba la atención, por ejemplo, que cada vez que la popularidad del ex presidente argentino Carlos Menem subía, los gobernantes que lo sucedieron volvían enseguida a levantar la cortina de humo de los millones que habría derivado a los bancos suizos. Se hacía todo un aparato impresionante de juicio para tratar de desvirtuar su imagen. Esto lo hicieron a pesar de que los bancos suizos negaron categóricamente que hubiese algo a su nombre. Hasta hoy, aunque nunca le pudieron probar nada, esa actitud gubernamental y política hizo que un porcentaje muy alto de gente no quiera darle el beneficio de la duda.

Para algunos toda política es sucia. Los que buscan desdibujar la imagen del gobernante de turno, sufren el mismo desgaste después, demostrando las más de las veces no ser mejores de lo que criticaron del anterior. Y hasta la imagen del anterior parece reivindicarse, a veces, por el desmoronamiento de la del posterior, como se

vio en la reelección de Alan Gabriel Ludwig García Pérez en Perú, después de haber tenido que exiliarse luego de su primera presidencia.

Algo de cierto hay en eso aún en los cargos administrativos y de liderazgo de nuestra iglesia. La imagen de todo líder se desgasta. Y también es claro que la imagen internacional de los contendientes en una guerra pasa, las más de las veces, por la tendencia política que revela el país que los observa. Las corrientes de izquierda, por ejemplo, permean todo estrato del corazón de los habitantes de los países en vías de desarrollo o “tercer mundo”, de tal manera que a la hora de juzgar la acción norteamericana en sus conflictos internacionales, reaccionan más con el corazón que con la cabeza. Hasta prefieren defender a veces, a las sociedades musulmanas cerradas en las que no hay libertad de conciencia, porque interpretan la invasión norteamericana como siendo peor. Así pasó también en relación con la guerra de las Malvinas, en las reacciones colonialistas y anticolonialistas que se pudieron percibir en ambos continentes, el americano y el europeo. Hasta que la realidad de los hechos llamaron a la mesura en ambos lados, y a terminar aceptando, de buena o mala gana, que el que gana la guerra militar lleva, por redundancia, las de ganar en el juicio histórico que determina quién tuvo razón.

También juzgan muchos las guerras del Señor de una manera unilateral. Si Dios no interviene, lo acusan de irresponsable al haber presuntamente hecho un mundo así. Cuando interviene se horrorizan por la manera en que lo hace. No miran al mundo como pasó a ser después del pecado, sino que lo idealizan como creen que debería ser. Así, se vuelven utópicos como los pacifistas (que no es lo mismo que pacificadores), o intelectuales que viven en el mundo de las ideas sin bajar a la realidad humana.

Cuando el antiguo Israel se encontró en la encrucijada de los grandes imperios, muchos tuvieron la tentación de buscar refugio en una u otra parte de la contienda. Dios lo consideró pecado (2 Rey 16:2-10; 2 Crón 28:21; Jer 42-46), porque su pueblo debía buscar refugio en él, en la ventaja que la teocracia representaba para ellos (2 Rey 19; Jer 42:10-12). Aún después de haberlos liberado del imperio egipcio, hubo un partido que abogó siempre por el retorno a la tierra de la esclavitud, en abierto rechazo al liderazgo divino (Ex 16:3; 17:3; Núm 11:4-6; 14:3-4, etc). Sus representantes murieron todos en el desierto (Núm 14:26-30). No fue sino hasta que los demás pasaron el Jordán y entraron así en la tierra prometida, que Dios “quitó el oprobio de Egipto” (Jos 5:9). Así también, en la crisis final toda atracción por el mundo cesará para siempre, cuando Dios quite la afrenta de Babilonia.

Llegó el momento en que el Eterno dictaminó someterse a uno de los grandes imperios, el de Babilonia, por un corto tiempo (Jer 38:17-18), hasta que llegase el momento de destruirlo, y de liberar al remanente del pueblo de Dios. Eso no implicó abandonar las leyes divinas que siempre estarían por encima de las leyes humanas, sino no hacer guerra ni siquiera defensiva contra el más fuerte, pretendiendo mantener una paz exterior y material que no se iba a poder lograr (véase Luc 14:31-32). Así también debemos hoy como iglesia, no levantarnos contra los gobiernos de turno, ni oponernos abierta y desafiantemente a las guerras de los hombres. Dios dará sabiduría a cada cual para mantenerse fiel en toda circunstancia, y hasta dar la vida, si necesario, por mantenerse fiel a sus mandatos.

Recuerdo cuando el Pr. Benoní Cairús viajó por Europa pidiendo donaciones para ciertos proyectos en Sudamérica. Los representantes protestantes de ayuda humanitaria en Alemania, que ayudaron más de una vez a los proyectos que nuestra iglesia les presentó en más de un país latinoamericano, le espetaron que los adventistas no se levantaban contra los gobiernos militares de entonces como lo hacían los profetas en el antiguo Israel. Pero, ¿nos mandó el Señor a sublevar la población contra los gobernantes de turno? ¿Es esa la misión de la iglesia? De nuevo nos encontramos con gente que quiere hacernos entrar en una perspectiva teocrática, sin querer reconocer que la teocracia no existe más. El Señor nos mandó al mundo para advertirle sobre los juicios de Dios por sus pecados, como lo hicieron Jonás en Nínive, y otros profetas que anticiparon en Israel tales juicios divinos sobre otras naciones. Pero no nos mandó como revolucionarios, como tampoco los profetas antiguos se presentaron como revolucionarios, sino que su misión consistió siempre en llamar a la gente a volver al Dios verdadero.

En las simpatías que podamos tener, si a favor de Babilonia o de Egipto, si de USA o de Rusia, si de un mundo que da libertad de conciencia todavía, o de otro musulmán que no permite la “apostasía” de la religión del estado, a menudo podemos revelar inconscientemente de qué lado del gran conflicto estamos, o cuánto nos interesa la misión de Dios en esta época del mundo. Cuidemos de no hacernos ilusiones vanas, por ignorar las profecías de la Biblia. Los que se fueron a Egipto perdieron su vínculo con el pueblo de Dios y terminaron descubriendo que los babilonios triunfaron sobre los egipcios (Jer 42-46). De manera que vanas fueron sus ilusiones de liberación al pretender escapar hacia el antiguo lugar de esclavitud.

Esto último lo digo porque en su momento, el presidente de la Iglesia Adventista en la ex Unión Soviética presentó a los dirigentes del gobierno ruso la profecía sobre USA que tenemos como adventistas, y teorizó de que con el tiempo, muchos adventistas encontrarían refugio en Rusia. También una sociedad adventista laica que busca convertir al mundo musulmán, está yendo con interpretaciones tiradas de los pelos de la Biblia, para mostrarles a los musulmanes que en la crisis final, como en la historia antigua de la Biblia, los verdaderos fieles cristianos encontrarán refugio entre los árabes del oriente musulmanes.

Tampoco creemos en las “guerras misioneras”, porque tales guerras no traen libertad, sino esclavitud. Demasiados ejemplos tenemos sobre ello en las teocracias del cristianismo apóstata, del islamismo, y de las demás religiones paganas. En cuanto a la intervención norteamericana e inglesa en Europa, podemos decir que no tuvo nada que ver con una guerra misionera, sino con salvar ese continente de las dictaduras de derecha y de los totalitarismos de izquierda que se habían apoderado de él, no imponiendo una o algunas religiones, sino restituyendo la democracia y la libertad. Ahora los mismos socios de siempre buscan liberar las tierras musulmanas de la teocracia islámica. Si lo lograrán, no lo sé. Pero creo que en el juego y entrecruce de los intereses y pasiones humanas, Dios permitirá que el evangelio pueda ser predicado en esas sociedades.

Cuando hablamos de simpatías tampoco damos a entender que promovemos la guerra. Menos aún pretendemos estar en contradicción con nuestra misión de rescatar vidas en lugar de destruirlas cuando valoramos el heroísmo de los próceres de nuestros países que consagraron su vida por un ideal. Así como Pablo emuló a los atletas que se abstienen de todo por ganar una carrera, y lo puso como ejemplo de la carrera del cristiano (1 Cor 9:24-27); así también podemos ponderar las proezas de los héroes de nuestra patria sin por ello implicar que nosotros vamos a combatir de la misma manera para defender los principios de libertad que nos trajeron. Podemos ser tan grandes como ellos en nuestro heroísmo, como lo fue el primer objetor de conciencia en los Estados Unidos que, según ya vimos, llevó al gobierno norteamericano a galardonarlo, paradójicamente, con la medalla de oro que otorga únicamente a los héroes de la guerra. Y esto, a pesar de no haber portado armas ni haber disparado jamás un tiro.

¿Estamos interesados en la terminación de la predicación del mensaje que Dios nos da? Pablo dijo en cierto momento, a pesar de los “muchos adversarios” que se le habían levantado, que “Dios le había “abierto una puerta grande y eficaz” (1 Cor 16:9). Si estamos involucrados e imbuidos con la misión de salvar almas, tendremos la mirada puesta en toda oportunidad que Dios nos abra entre las contiendas de las naciones, para predicar el evangelio. Y aunque somos conscientes de que no habrá paz para los impíos, nuestras simpatías estarán con aquellos que garantizan nuestra libertad para predicar el evangelio. Esto no significa que concordemos en todo lo que hacen los contendientes. Pero en un cálculo empírico e intuitivo de lo que realmente conviene para nuestra misión como iglesia, nuestros corazones se volcarán a favor de los que sostienen los principios de los derechos del hombre que nos permiten operar como iglesia, sin las trabas e impedimentos políticos y judiciales que imponen las religiones estatales.

Es en esa dirección que se nos aconsejó también, como ciudadanos de nuestros países, apoyar con nuestro voto, u oponernos según el caso, a uno u otro candidato político según la posición que tenga con respecto a la libertad de conciencia. Esto siempre admitiendo que nuestra percepción acerca de lo que Dios se propone es limitada, lo que requiere estar abiertos en nuestra mente a la revelación histórica que el cielo se proponga manifestar. Nuestras oraciones cuentan en ese objetivo (2 Cor 1:8-11). ¿Oraremos para que todo continúe como está, sin poder predicar el evangelio en ciertas regiones de la tierra, simplemente porque no nos cae en gracia el país o el gobernante que Dios escogió para sacudir tales regiones?

Los discípulos del Señor no pudieron apreciar completamente la obra de Dios en sus días debido a los prejuicios nacionalísticos que compartían con sus compatriotas. Ellos también estaban bombardeados por sueños ajenos a los del Señor y de su futura iglesia (Mat 16:21-23; 20:20-28). ¡Ojalá estemos tan imbuidos de las profecías apocalípticas de la Biblia y del deseo del establecimiento del reino eterno, que tantos prejuicios ajenos que buscan infiltrarse en nuestra mirada no tengan el peso que muchas veces tienen!

Palabras finales

Los sociólogos nos dicen hoy que cuando aparece un conflicto entre los seres humanos, aparece la victimización de una de las partes con el objeto de ganar simpatías y conseguir partidarios. Así también pretendió el diablo dar vuelta a esta creación para que se una a él en su testimonio contra el gobierno divino. En la guerra de desgaste de la imagen de Dios que inició Lucifer en el cielo, pensó que al hacer caer al hombre

lograría ponerlo de su lado contra el Creador. Así lograría que la propia víctima se uniese a él para culpar al Señor por lo que pasó. Pero al ponerle Dios freno a su obra y enviar a su Hijo para que muriese como víctima por el pecado, la lucha se centró en el testimonio que los seres humanos darían, si a favor de Dios o a favor de Satanás.

El diablo acusa a Dios por la desgracia humana, y Dios reprende a Satanás por su responsabilidad en rebelar al hombre contra él (Zac 3:2). ¡Cuán importante es, por consiguiente, el testimonio que las víctimas del uno o presuntamente del otro puedan dar, vindicando a Dios o a Satanás! De allí el empeño desesperado del diablo por acallar todo testimonio que alabe al Creador y al Redentor en la crisis final de la humanidad, y el interés de Dios en contar con gente que lo glorifique por toda la tierra (Apoc 12:17; 14:7,12; 18:1).

Pero el plan de Satanás fracasará. Porque cuando el Señor venga, encontrará gente que le rinda gloria delante de sus enemigos (Apoc 14:7). En efecto, el Señor vendrá “para ser glorificado en sus santos y ser admirado por todos los que creyeron” (2 Tes 1:10). Los que se unen al príncipe rebelde en su lucha contra Dios serán destruidos (2 Tes 1:9), y en su lugar llevará el Señor a su gloria “una gran multitud” de redimidos de todas las edades, para que glorifiquen y agradezcan a Dios eternamente delante del universo, por su obra de salvación. En lugar de escucharse en el cielo los gritos de furia de la humanidad rebelde en amargas acusaciones contra el gobierno divino, se escucharán las alabanzas de los redimidos que estarán “sobre el mar de vidrio” cantando: “¡Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso! ¡Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de las naciones! ... Todas las naciones” que hubiesen sido salvas (Apoc 21:24) vendrán y te adorarán, porque tus actos de justicia han quedado manifiestos” (Apoc 15:4-5). “La salvación se debe a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero” (Apoc 7:10).

Hoy, como en la época en la que Dios despedregó la tierra de Canaán para poner allí a su pueblo, “el mundo está entregado a la sensualidad” (CS, 529). Pero Dios tiene un pueblo al que limpia con su sangre y prepara para que esté delante de su trono sin mancha y sin contaminación (Ef 5:27; Apoc 14:4-5; 19:7-8). Tenemos que saber que “el Príncipe de los cielos puso al hombre en *una posición privilegiada*. Se ha valorado su vida *al precio de la cruz del Calvario*... De las profundidades de la degradación del pecado, podemos ser *exaltados para llegar a ser herederos con Cristo, los hijos de Dios, y reyes y sacerdotes del Altísimo*” (RH, 02-28-188, 4).

“¿Quién pondrá contra mí en batalla espinos y cardos? Yo los hollaré, los quemaré a una, a no ser que se refugien en mí, y hagan conmigo paz. Sí, hagan paz conmigo”, dice el Señor, puesto que “no hay enojo en mí” (Isa 27:4-5). Proyéctémonos, pues, hacia la eternidad, cuando no haya más peleas, cuando no se levante más la espada de las naciones contra ninguna nación, ni se ensayen más para la guerra (Isa 2:2-4; Miq 4:1-4). Entonces la voz del cielo que habrá consumado el plan de salvación y dirá “hecho está”, no será más seguida por temblores y manifestaciones impresionantes del poder de Dios (Apoc 21:6; véase 16:17-21; Mat 27:50-53; Jn 19:30). “Yo hago nuevas todas las cosas”, dirá el Señor, y su morada estará otra vez con su pueblo, y para siempre (Apoc 21:3-5).

“El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas e inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor” (CS, 737).